

# VILLA de MADRID





## Sumario

*Bienvenida de Madrid.*

*Meditación sobre Madrid en el Museo del Prado,* por ENRIQUE PASTOR MATEOS.

*París fue una fiesta; Madrid es una fiesta, además de ser Madrid,* por RAMÓN FARALDO.

*Céntrico Madrid,* por ENRIQUE DE AGUI-  
NAGA.

*Poesía sobre Madrid,* por JOSÉ GARCÍA  
NIETO.

*Bécquer, figura pálida en el cuadro li-  
terario de su tiempo,* por FEDERICO  
CARLOS SAINZ DE ROBLES.

*Madrid, Bécquer, poeta, ciudad,* por  
TOMÁS BORRÁS.

*La Plaza Mayor y sus fiestas,* por AN-  
TONIO DE SOROA PINEDA.

*Amaniel, Cantarranas y Arroyo Beacos,*  
por AGUSTÍN GÓMEZ IGLESIAS.

*Transformación de la Dehesa de la  
Villa,* por MARÍA LUZ NACHÓN.

*Una misión gastronómica de la Real  
Sociedad Matritense de Amigos del  
País,* por JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS.

*El Archivo Musical de la Banda Mu-  
nicipal de Madrid,* por RODRIGO A. DE  
SANTIAGO.

*A la sombra de El Escorial. El padre  
Soler en la música española,* por EN-  
RIQUE FRANCO.

*Atenas y Madrid, ciudades hermanas.*

*Firma del pacto de amistad entre Ate-  
nas y Madrid.*

Ilustraciones de TAULER y SANCHÁ.

Fotografías de J. PASTOR, R. SUMMERS,  
LOREN, SAN ANTONIO y «AGFA» PRESS.

Depósito legal: M. 4.194-1959

PUEYO, Artes Gráficas. Luna, 27 - MADRID

# VILLA *de* MADRID

R E V I S T A   D E L   E X C M O .   A Y U N T A M I E N T O

DIRECTOR:

R U F O   G A M A Z O   R I C O

REDACCION Y ADMINISTRACION:

P L A Z A   D E   L A   V I L L A

DELEGACION DE EDUCACION

PRECIO POR EJEMPLAR: 70 pesetas.

SUSCRIPCIONES

Año: 280 pesetas

Tel. 242 62 29

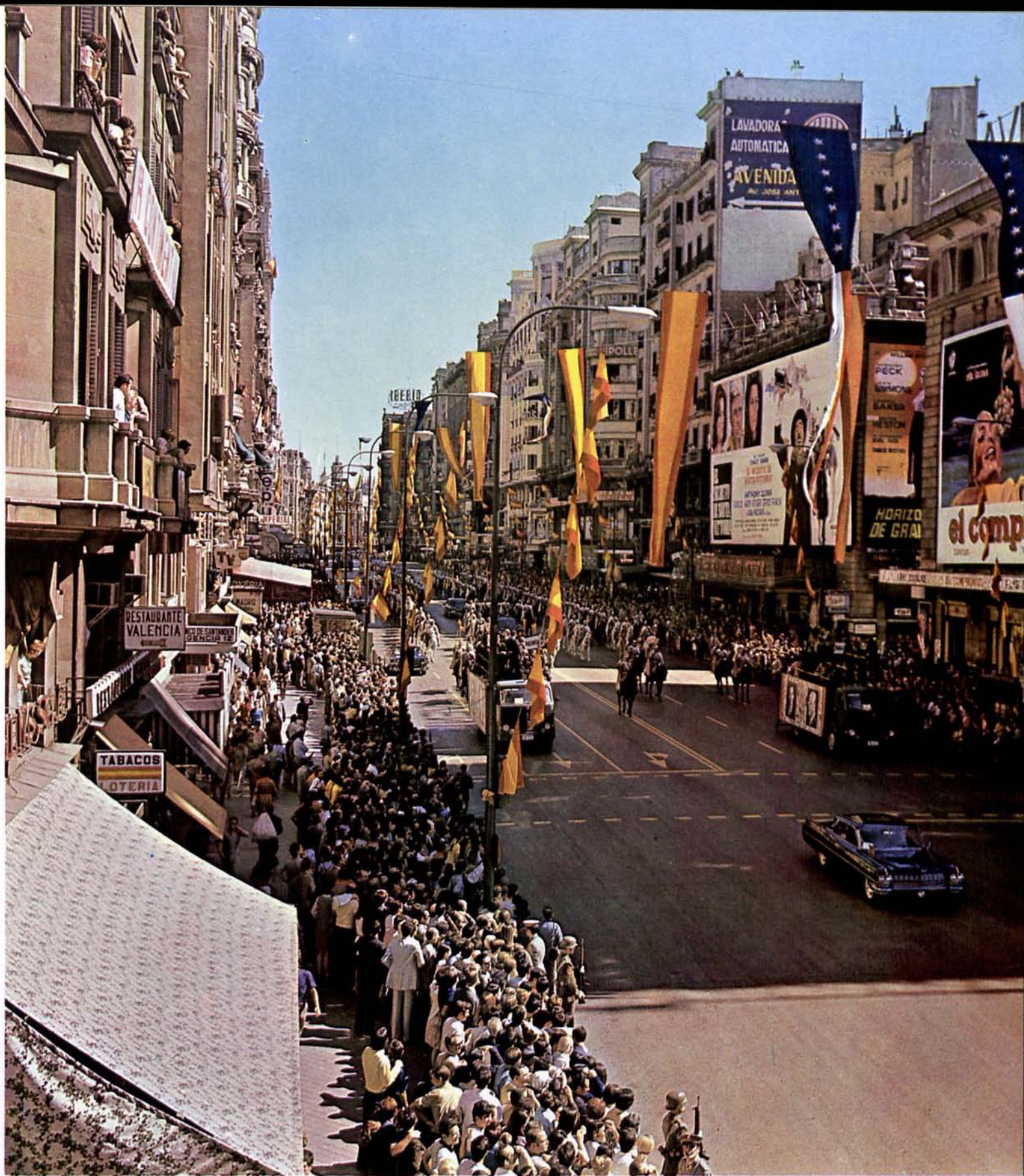
M A D R I D

AÑO VII

NUM. 30







# BIENVENIDA DE MADRID





UN portavoz autorizado de la Casa Blanca declaró a los periodistas que el Presidente Nixon, al llegar al Palacio de la Moncloa, dijo textualmente:

"Estoy contentísimo por la calurosa acogida del pueblo de Madrid. Han sido para mí unos minutos muy emocionantes y el recibimiento más impresionante por la multitud más grande que me ha acogido."

Fueron exactamente sesenta y dos minutos de emoción para Nixon, transcurridos en olor de multitudinaria bienvenida de los madrileños, quienes ofrecieron al Caudillo Franco y al Presidente de los Estados Unidos cálidos testimonios de adhesión y entusiasmo. La cordialidad del pueblo madrileño, la luminosidad del soleado día, la alegría de las calles de la villa, cruzadas por millones de banderas y gallardetes, impresionaron a Nixon y a los periodistas que le acompañaban en este su viaje por Europa.

"ABC" escribía al día siguiente: "La entusiástica acogida dispensada al Presidente Nixon recuerda la tributada también por la capital de España al Presidente Eisenhower el lunes 21 de diciembre de 1959. Escribíamos entonces que "la sensibilidad acusadísima del pueblo de Madrid para todo lo que signifique generosidad y desprendimiento, labor honrada en favor de la paz del mundo, se demostró arrolladoramente". Lo mismo decimos ahora. El entusiasmo popular ha sido sincero y







significativo. España, hoy como en aquella ocasión, está con la paz. Con el móvil fundamental de nuestras empresas históricas y de nuestra más rancia y universal filosofía política."

Ciertamente, el 2 de octubre de 1970 es un día de especial significación para la villa. Así lo expresó el alcalde, señor Arias Navarro, en sus palabras de bienvenida al Presidente Nixon en la plaza del Doctor don Gregorio Marañón:

"Este día, señor Presidente, será por siempre señalado en los anales de Madrid, capital de España. Ved en el cordial y jubiloso recibimiento que este pueblo os manifiesta la reafirmación de su afecto por la gran nación que representais y que está unida a la nuestra por la amistad y el común esfuerzo.

Para mí, como alcalde de Madrid, representa un alto e inolvidable honor el ofreceros las llaves de la villa como símbolo de gratitud por la honra que vuestra visita nos depara, expresión de nuestra satisfacción de teneros como huéspedes ilustre y ferviente deseo de una grata y feliz estancia.

Señor Presidente de los Estados Unidos de América, bienvenido a Madrid."

Nixon recogió de manos del alcalde la llave de oro de la ciudad, que en gesto de cordial espontaneidad mostró al numeroso público allí congregado, y contestó a las palabras del alcalde:







"Señor alcalde, Excelencia: La señora Nixon y yo estamos muy agradecidos al recibir esta llave en nombre del pueblo de Madrid. Esta llave es distinta de todas las otras llaves, porque una llave normalmente sólo abre una puerta, y ésta, como he tenido oportunidad de ver, abre el corazón de Madrid. Hemos visto la acogida que hemos recibido durante el viaje aquí, y comprobado que esta llave abre el corazón del pueblo de Madrid al pueblo de los Estados Unidos, por lo cual estamos muy agradecidos. Muchas gracias."

Seguidamente Nixon saludó a la Corporación madrileña, y acompañado del Jefe del Estado español subió al coche descubierto para recorrer las calles del itinerario oficial. Se ha dicho que no menos de un millón de personas se agolpaban en las aceras y plazas. Las demostraciones de adhesión y cariño tuvieron especial intensidad en las plazas de Colón y Cibeles. Ambos Jefes de Estado correspondían sonrientes a las aclamaciones, que se concretaban en gritos unánimes de: "¡Franco, Franco, Franco!" y "¡Nixon, Nixon, Nixon!"

A través de la calle de Alcalá, Gran Vía de José Antonio, Princesa y Ciudad Universitaria, fueron constantes los aplausos y vítores de la multitud, que se hicieron más intensos cuando ambos Jefes de Estado llegaron al Palacio de la Moncloa, residencia del Presidente Nixon y esposa durante su estancia en la capital de España.

(Fotografías de J. Pastor.)







# MEDITACION SOBRE MADRID EN EL MUSEO DEL PRADO

por Enrique Pastor Mateos

Director de la Biblioteca y Museo Municipales

QUE Madrid es hoy una gran ciudad, es cosa fuera de discusión. La extensión de su término municipal, el número de sus habitantes y de sus edificios, la profusión de instituciones e industrias son datos numéricos tan elocuentes como demostrativos.

Que Madrid tiene un especial encanto que capta la voluntad del forastero, que convierte a sus visitantes en partidarios, es cosa que tampoco puede ser discutida con fundamento. Basta preguntar y la encuesta resulta argumento tan sólido como la estadística. Pero quizá ambos juicios dejan al margen as-

pectos fundamentales de la verdadera grandeza de Madrid, que no está basada ni en la aglomeración llena de problemas, ni en la hospitalidad pletórica de satisfacciones.

Los turistas saben bien que hay una visita obligada, para muchos la primera y la más obligada de todas, al Museo del Prado. Los madrileños no ignoran que este Museo es algo de lo que deben enorgullecerse. Cabe, sin embargo, recordar a unos y a otros que ese afortunado Museo del Prado es tal vez el exponente más claro y revelador de la verdadera grandeza de Madrid.

Frente a la consideración tan frecuente de nuestros defectos, de lo que pudo haberse hecho y no se hizo, de lo que pudo hacerse mejor, del genio baldío y de los esfuerzos sin rastro, ahí está el Prado como gigantesca huella de un prestigioso pasado.

La visita al Museo, como a tantos otros, no deja de tener algo de agobiante. Desde que ponemos los pies en sus umbrales nos sobrecoge la cantidad, la calidad, la riqueza, la variedad, la perfección, los talentos; magnitudes que rebasan medidas habituales. No es fácil conseguir una impresión de conjunto.





No se trata ahora, sin embargo, de valorar un artista o una obra, ni siquiera una escuela ni de ensamblar en un todo esas valoraciones parciales. Se trata de captar el significado profundo de esta colosal empresa madrileña.

Tampoco es el momento de analizar el contenido señalando fallos y lagunas, defectos de organización y exposición, sino de sintetizar y trascender, de definir e interpretar.

Por el contrario, a través de esa visión general, hemos meditado so-

bre Madrid a propósito del Museo del Prado, pensando que por ser su dimensión más considerable podría decirse también la más profunda

El Museo se alberga en un noble, bello incluso, edificio. En torno a él se agolpa la historia local. No lejos discurrieron las alegres romerías al venerado Santuario de la Virgen de Atocha; más cerca, la sombra del Monasterio de San Jerónimo albergó a los frailes predilectos de los reyes castellanos, en parte sabios y ascetas, muchas veces







*El Museo del Prado es uno de los más importantes del mundo. Como pinacoteca, la más amplia y representativa.*

*Con iguales reservas podemos hacer otra afirmación asimismo tajante. El Museo del Prado es lo más importante de Madrid.*

*Está alojado en un bello edificio construido, bajo los auspicios de nuestro gran monarca Carlos III, por el arquitecto Juan de Villanueva.*

*Formaba parte de un vasto plan de hermoejamento de la zona suroeste del Madrid de entonces. Su destino primitivo fue el de Gabinete de Historia Natural y su construcción duró varios años.*

*La primera idea parece ser que data de 1785; las obras se iniciaron en 1787. Al comenzar la Guerra de la Independencia en 1808 estaba ya casi terminado. Villanueva, muerto en 1811, no llegó a verlo, sin embargo, totalmente concluido.*

*La Guerra de la Independencia había supuesto un cambio profundo de mentalidad y el abandono de los antiguos proyectos. Una idea feliz, que no carecía de antecedentes y cuya resurrección no sabríamos bien a quién atribuir: al Rey, a la Reina o a un Consejero aúlico, nos lleva en 1818 a la creación de un Museo que no sin vacilaciones vino a ser instalado en el edificio que Villanueva había construido con bastante diferente destino.*

*No es fácil ponderar suficientemente las afortunadas circunstancias que llevaron a la más notable de las colecciones artísticas españolas, a uno de los más bellos edificios madrileños.*

*El continuo crecimiento del Museo y la consiguiente necesidad de mayor espacio, han obligado a continuas reformas, algunas de ellas importantes, que han desvirtuado las trazas primitivas, pero todavía puede admirarse la belleza, la elegancia y el exquisito gusto de esta obra ejemplar de la arquitectura madrileña.*

*El Museo, creado en 1818, estaba formado exclusivamente con las obras que los Reyes españoles habían ido coleccionando a lo largo de los siglos.*

*No eran éstas muchas al principio del siglo XVI, pero a partir del Emperador Carlos V, la colección se fue incrementando incesantemente; los Reyes dieron prueba a la vez de poderío, riqueza y gusto. Los más grandes maestros fueron sus pintores de cámara, se hicieron encargos a artistas eminentes y en muchas ocasiones se comisionó a expertos para que adquirieran obras de arte de gran valía para alhajar aposentos y dar, de esta forma, claro testimonio de interés por el Arte.*

*En el año infausto de 1734 con motivo del incendio del Alcázar quedaba destruida una tercera parte de las pinturas que contenía la regia mansión. Si asusta la cifra de lo perdido, nada menos que 537 pinturas, asombra que las salvadas fueran más del millar.*

*No era sólo la cantidad lo que daba realce a la colección pictórica de los Reyes de España. Figuraban en ella algunas de las grandes obras maestras y estaban representadas ampliamente varias de las más grandes figuras del arte pictórico.*

*La historia del Museo del Prado, no sin baches ni lunares, es la de un continuo esfuerzo de superación, de enriquecimiento de la colección y de conservación de los fondos y de su más adecuada exposición.*

*Hace ahora un siglo, a causa de los cambios ocurridos en España tras la revolución de 1868, se produjo el cambio jurídico más notable en la historia de este Museo. De Real pasó a ser Nacional y en esta consideración se ha mantenido hasta nuestros días.*

*El nuevo Museo Nacional de Pintura y Escultura englobó además al Museo de la Trinidad, que había sido creado en 1836 con objeto de recoger en él las obras procedentes de la desamortización eclesiástica expuestas a perderse o deteriorarse tras el desmantelamiento de las casas religiosas.*

*Desgraciadamente, la medida no llegó a tener la efectividad deseada; desapareció lamentablemente el Museo de la Trinidad y aunque sus obras pasaron de derecho al Prado, de hecho se dispersaron en gran medida sin que se haya conseguido en ningún momento conocer con exactitud, ni menos valorar, el desacierto de estas medidas. Sea como quiera, el Museo del Prado quedó enriquecido con unas cuantas obras estimables.*

*Aún hay un tercer capítulo en la formación de los fondos del Museo que no podemos pasar en silencio: los abundantes donativos y las importantes adquisiciones realizadas en todas las épocas de su existencia.*

*El Museo del Prado, ha recogido, pues, esfuerzos seculares. A las creaciones del Arte y al aliento de la Historia los ha arropado en todo momento el celo de una serie de instituciones que podemos considerar, las más representativas de Madrid. El Museo del Prado es Madrid en la misma medida que es España.*









pulidos cortesanos; al fondo se vislumbra la fronda del Buen Retiro, cifra de esplendores y decadencias, memorial de las melancolías del último Austria y del primer Borbón, gran teatro del mundo en la época dorada. Más acá se dibuja el Salón del Prado, creación neoclásica y escenario romántico.

Frontero al Museo está el barrio que pudiéramos llamar literario de Madrid. Poco queda en pie. Casi no conservamos más que los nombres evocadores de sus calles, síntesis de nuestras letras, muy especialmente de nuestro Siglo de Oro.

No es corriente preparar el espíritu con tales evocaciones, antes bien lo disipa la turba abigarrada de los turistas con la diversidad de sus atuendos, sus lenguas discordes, sus actitudes estereotipadas.

Para penetrar en el Museo hay que ponerse en fila, haciéndose uno

más entre gente tan diversa. Junto a ellos hemos de discurrir por sus numerosas salas y con ellos cruzar nuestras miradas cuando contemplemos las numerosas e interesantes obras de arte allí expuestas. Ordinariamente se da en el Museo el doble espectáculo del pasado aleccionador y el presente sometido en grado indeterminado, pero eficaz, a los efectos de la lección.

La bella teoría de talentos encerrada en El Prado encaja y resalta dentro de ese Madrid a que antes aludíamos. Un Madrid en donde hay también esa extraña mezcla de apreturas, ruido y prisa y el sereno contrapunto de las tradiciones y los recuerdos.

El rápido crecimiento no ha podido borrar la ejecutoria de sus servicios, del mismo modo que en el Prado se conjuga y equilibra el hacinamiento de los visitantes con

los esplendores del arte. Madrid, misceláneo, tremendamente actual, luce la herencia de siglos de esplendor con la misma naturalidad con que el viejo Prado sufre el asedio de sus pacíficos asaltantes.

En este Museo sopla un viento universal. He utilizado de intento esta vieja palabra, evitando la expresión de nuestro siglo, mundial, y el término decimonónico, cosmopolita. No se trata de contrastes superficiales ni de series completas e indiscriminadas; existe en el fondo, sin embargo, la más amplia diversidad, un profundo esfuerzo de asimilación, de entendimiento.

Las obras de arte que contemplamos nos evocan mundos fugaces, expansivos, que se desarrollan ante nuestra vista en el doble juego de crecer y alejarse. El espíritu se dispersa con la variedad de temas, de tipos, de climas, de ambientes, de





intenciones, de servidumbres, de rebeldías.

Pero hay en esta imagen una profunda armonía; los artistas no han sido rigurosamente coterráneos. No sólo han alimentado su fuego creador con paisajes de muy diversas tonalidades, no sólo ese fuego ha consumido contornos de muy variadas aristas, sus temperamentos diferentes han señalado sus vidas del mismo modo que sus obras.

Y, sin embargo, parece que desde una patria común se proyectan hacia una cita eterna en donde el único testimonio será el de haber logrado un tipo superior de humanidad, superior en sensibilidad y en comprensión.

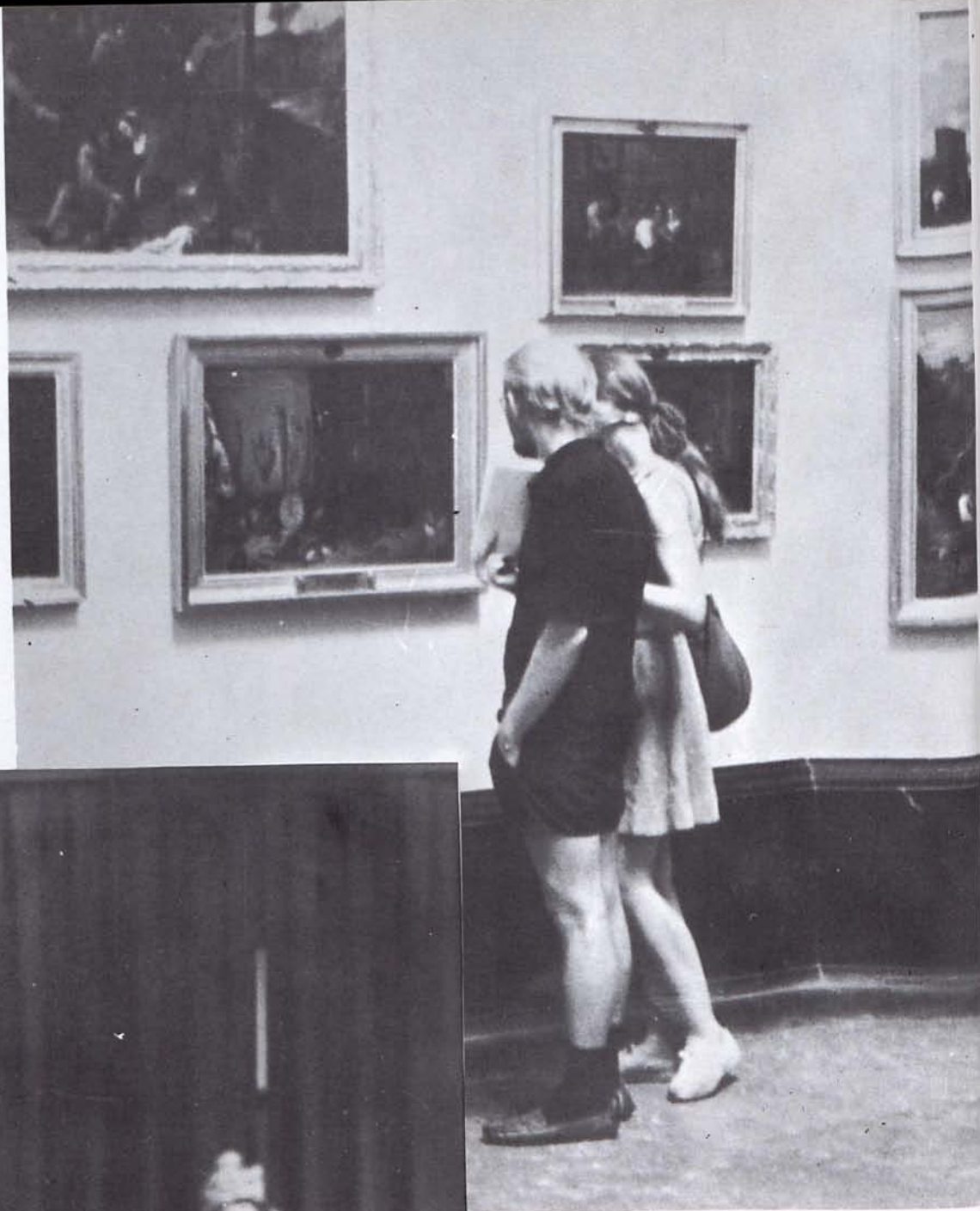
Madrid tiene también algo de universal, más universal cuanto menos cosmopolita. Cosmopolita es París, la ciudad que desde el siglo IV ha luchado por ser el centro umbilical del mundo civilizado, hasta conseguirlo en el XIX. Punto de cita de todas las ingenuidades, feria perpetua de talentos, escaparates abigarrado de extravagancias. Todo el mundo, el mundo que cuenta, se ha asomado a París en ese siglo a decir su frase o a perpetuar su pirueta como en un gran escenario, el mejor, el más amplio, el más vistoso. Pero en la gran ciudad, mundos diferentes de color, de atuendo, de humor y de propósitos han perma-

necido ajenos, sin otra relación que el contraste.

Madrid se ha desarrollado por otros caminos. Diríamos hacia dentro. Hizo a fines de ese siglo un gran esfuerzo por salvar sus particularismos. Falto de tipismo, llegó a inventarlo, pero el esfuerzo fue inútil. Madrid se convertía, poco a poco, en una ciudad universal, más universal cuanto más dramática era su peripecia y más trágico su destino.

A Madrid lo hicieron hombres nuevos, sin otro aporte que una humanidad limpia y sin sofisticar. Hombres que hicieron olvidar a Madrid su tradición pueblerina y que lo confirmaron en una capitalidad





que pasó a ser lo mejor de su tradición y de su casta.

Cuando se dice que Madrid es acogedor quiere decirse algo más: que es integrador porque es universal. Es una empresa de todos, a la que cualquiera, por leve que sea su paso, por tenue que sea su voz, puede contribuir.

Volvamos al Museo del Prado. Recorramos de nuevo sus salas. Hay entre tanta ostentación un punto de sobriedad. Punto de sobriedad que posiblemente está basado en el equilibrio. Ni la espiritualidad atormentada de El Greco, ni la alegría de vivir de los flamencos, ni los delirios de El Bosco, ni la explosión colorista de los venecianos, ni los convencionalismos de los pintores









cortesanos o piadosos, dan el tono a esta amplia y numerosa colección de tendencias y criterios.

Si bien puede pensarse que cuadros tan diversos han venido a reunirse por motivos circunstanciales, no es del todo el azar quien haya guiado sus pasos.

Pero esta lógica del acaso es más patente en los dos pintores entre los cuales se diría que circula todo el Museo, alfa y omega del arte del Prado.

No podemos rastrear qué ocultos designios hicieron que el uno abandonase las cálidas tierras del Guadalquivir y el otro las broncas riberas del Ebro, para culminar ambos su carrera en plena meseta.

Se puede adivinar la disparidad

de sus humores, se pueden atribuir las diferencias a que ambos contemplasen el mismo imperio, el uno en su cénit, el otro en su ocaso. Pero hay algo en lo que ambos coinciden: su feroz realismo, su indisputada sinceridad, la contenida plenitud de su mensaje.

Pesa sobre su obra el ambiente físico y moral de Madrid, el aire y los hombres; quizá en Velázquez es más acusado el influjo del paisaje; en Goya se revelan con mayor vigor hábitos y talentos. Pero en la obra de ambos, en lo principal de su obra, palpita un rabioso afán de alcanzar la verdad a través del despojo.

Así es también Madrid. Situada en el centro de la Península, abier-

ta a todas las influencias. Tiene de la vieja Castilla un fondo de timidez y orgullo mezclado e incluso desvirtuado por un afán meridional de vivir y de gozar, herencia de viejas dominaciones y una ponderación en sus juicios, a la que han venido a unirse penetración y claridad.

A lo largo de su historia en Madrid se ha visto de todo, pero todo se ha visto con ojos despiertos; ni la ha deslumbrado la gloria, ni la ha abatido el fracaso. No le ha faltado la dignidad; sin embargo, la naturalidad le ha salvado del ridículo. Si desechamos lo mucho que de adjetivo y periférico envuelve su sustancia, nos encontraremos con algo íntimo, humano y trascendente.



Al culminar la visita del Museo del Prado es lógico que predomine en nosotros la admiración por encima del cansancio. Ha sido mucho, ciertamente, lo que hemos visto, pero más aún lo que nos hemos deleitado. Si recapitulamos estas sensaciones nos sorprende tanta riqueza artística, que si hoy para el visitante puede considerarse desmedida, es sólo una muestra más patente que las glorias literarias, por cuanto más visible y apreciable en la magnitud de su conjunto, de una gran empresa cultural.

La inspiración y la originalidad han sido dotes personales, han po-

dido manifestarse gracias a un cauce apto para que por él discurrieran. Ha existido una sociedad que las ha comprendido y valorado, y con su pasiva actitud de aplauso ha contribuido de forma decisiva a esa gran labor creadora.

Los artistas de otras tierras, un Ticiano, un Rubens, un Mengs, han venido a desembocar en este mar luminoso y acogedor.

En el Prado se remansa la historia, una historia tal vez olvidada por la desidia y la prisa, pero una historia elocuente, que se centra y gravita sobre nuestra capital.

Entre el viejo Madrid medieval y

el Madrid del futuro, la capital de España ha vivido una aventura prodigiosa. Se han sucedido las generaciones, que han edificado real y metafóricamente en los mismos solares, siempre apresuradas en su pretendido atraso, más suficientes que respetuosas, con más imaginación que cálculo. Tiene por eso Madrid cierto aire de improvisación, de proyecto; sin embargo, ahí está el Prado para desmentirlo, para dar a unos conciencia y a otros noticia de la obra realizada en el más noble de los terrenos por esta ciudad, siempre inquieta y renovada en su espíritu.



Ayuntamiento de Madrid



# PARIS FUE UNA FIESTA: MADRID ES UNA FIESTA, ADEMAS DE SER MADRID

Por RAMON FARALDO



*Pancho Cossio. "Bodegón"*

Pensando que el arte está hecho por alguien y para alguien, el proceso del asunto artístico localizado en Madrid, quizás se caracterice, estos últimos años, por la creciente participación del público en el curso de Bellas Artes. Es decir: por sensibilización general de un público hasta ahora excluido, impávido o desinteresado ante movimientos plásticos, artistas, valoraciones y estilos desde el punto de vista cultural y, por supuesto, desde el punto de vista comercial. Era raro encontrar un apasionado o un curioso de cuestiones artísticas. En cuanto a encontrar un temerario que aceptase, calculase o, simplemente, soñase en la posibilidad de hacer suyo un cuadro, una cerámica, una litografía o incluso una reproducción digna de un original digno, no era raro: era casi un caso de milagro o un caso de extravagancia mental.

Esta insolidaridad de la gente y el autor plástico, explicable quizás en otras latitudes, dormía inaudita en una capital como la nuestra, que posee un Museo incomparable, algunos otros ilustres, la tradición residencial de genios seculares, la convivencia vecinal con talentos y vocaciones de artistas que nacidos bajo el cielo capitalicio, o acogidos a él como bandera de es-





María Antonia Sánchez Escalona. "Barquitos de papel"

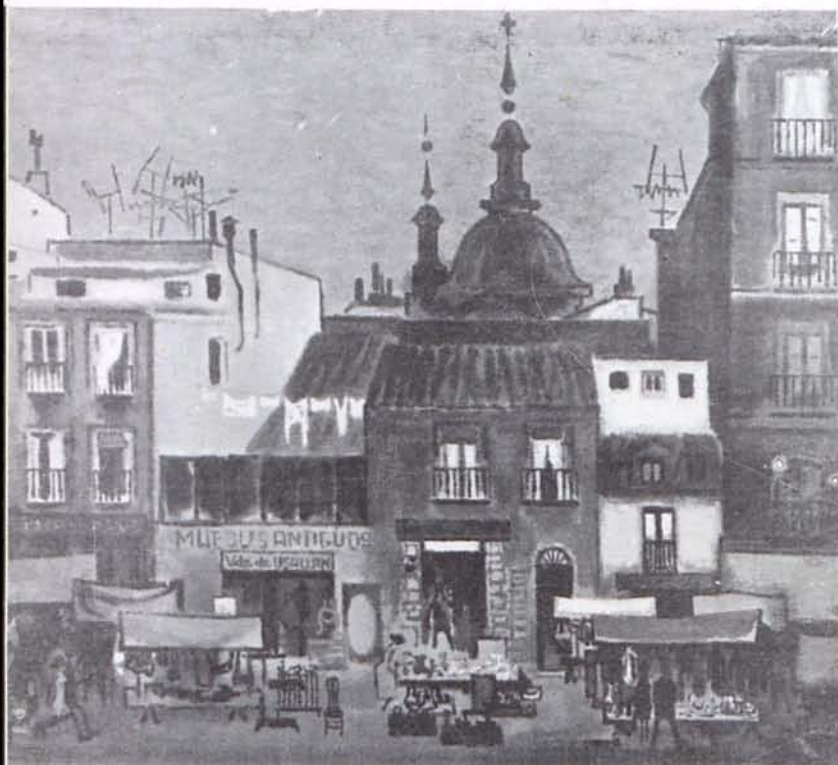
Pelayo. "L'agression"



peranza, de tutela, o, al menos, de convivencia profesional. Aquí los artistas, durante largas etapas que empiezan con el ocaso de la pintura aúlica, dañan el XVIII siglo, hieren de muerte románticos, impresionistas, *belle-époque*, cubismo y estilos de pre-guerra, sobreviven como pueden, comen orgullo y ceniza, se sienten olvidados, pero no se sienten solos. La condición común de réprobos les hace buscarse y encontrarse en determinados apartaderos, a veces en torno al cobijo de cafés bohemios, en torno a veladores de mármol tan fríos, tan duros como su destino. Pero, incluyendo esto, los artistas plásticos nacen aquí o acuden aquí como a la Tierra prometida. Sí, en Madrid no siempre ha sobrado de todo, en cuanto a voluntariado artístico siempre ha tenido para abastecimiento propio y para abastecimiento central de otros centros urbanos.

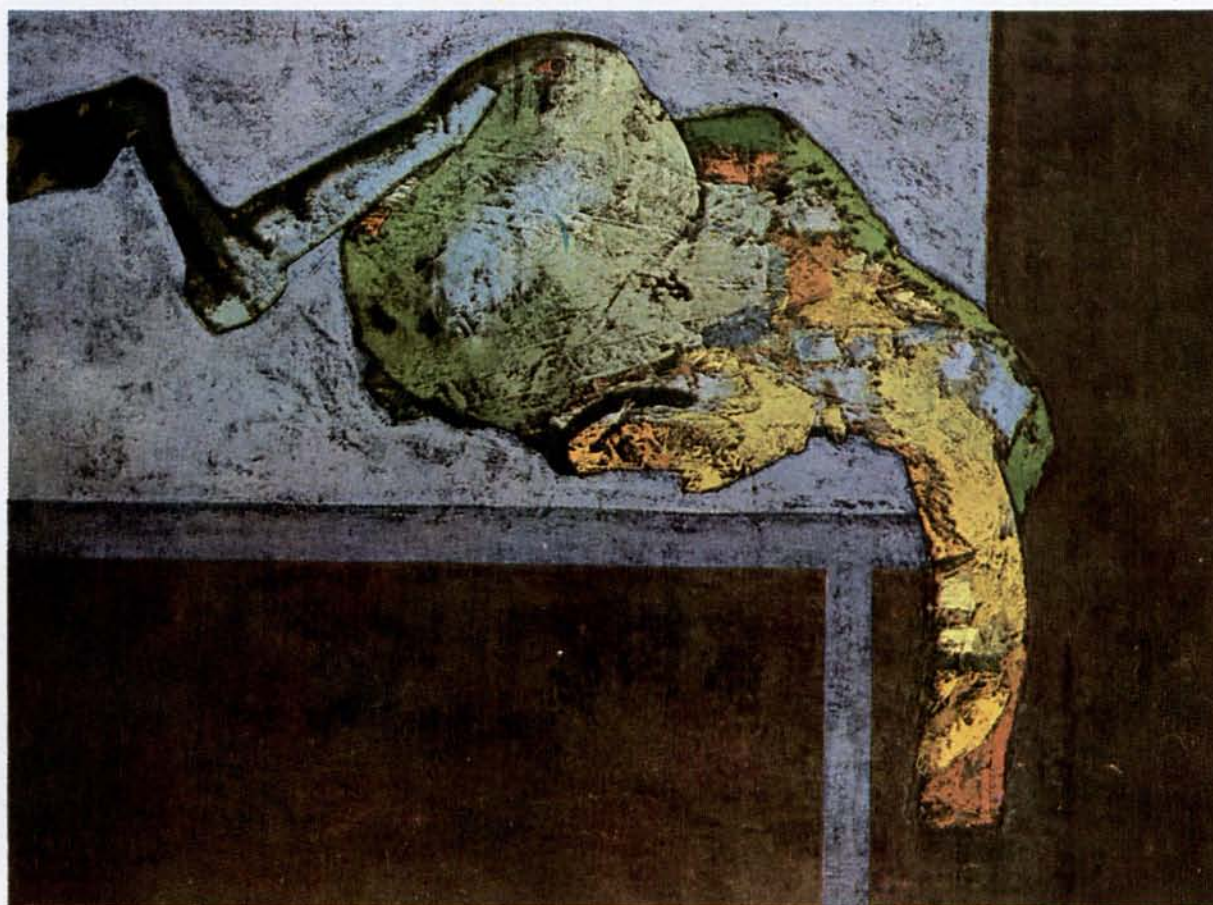
Pero si en cuanto a huestes plásticas los efectivos eran inagotables, la demanda de sus productos era exigüa. El censo civil de Madrid, en cuanto al elemento burgués concretamente, existía al margen del arte. Aparte de las visitas escolares al Prado y los calendarios de ciertas manufacturas, sus contactos con la grey de Velázquez eran como los de ciertos profesionales de





José María Sancha. "El Rastro"

Antonio Quirós. "Bodegón del Gallo"



la escena y el circo con los incurables y de hospital, en días de Navidad concretamente. Al final, los profesionales debían cambiar el arte por el cartel industrial, la copia de obras maestras o la RENFE, rumbo a la frontera pirenaica y a la aventura de Montmartre, donde al cabo del tiempo volvíamos a saber de algunos glorificados, y nada de otros con los que la gloria o la suerte no se mostraba benévola.

Esto es, precisamente, lo que ha cambiado estos últimos años, hasta alcanzar en la actualidad un apogeo de la casta plástica respecto a demanda y fortuna. Madrid debe ser hoy una de las ciudades europeas con más locales de exposición, particulares y oficiales. Ello no se hubiese producido sin una seria demanda cultural y comercial en productos de arte. Este, en cuanto formulación espiritual, suscita controversias, coloquios, posturas arriesgadas o prudentes, que son tratadas por la prensa, no todavía a la dimensión del fútbol o los toros, pero a unas dimensiones honorables. En cuanto a tráfico y transacción comercial, las cotizaciones de artistas contemporáneos o precursores suben casi vertiginosamente, originando fenómenos como el de ciertas subastas de cuadros, donde lo que costó poco más que un traje hace diez años, cuesta hoy bastante más que un vehículo no de los utilitarios, y, en casos cada vez más frecuentes, sólo un poco menos que un piso en las avenidas centrales o barriadas de lujo.

Esto, naturalmente, no ocurriría si no existiese una demanda importante de arte a escala mayoritaria o a escala de consumo. Como consecuencia, las nuevas residencias, domicilios o departamentos donde antaño imperaban las litografías de fruteros con aquella manzana que nunca acababa de caer o aquel pajarillo que



Serny. "El café"



nunca acababa de fastidiar, presentan paredes con obra de mayor o menor entidad, pero original y generalmente discreta. Aquel absurdo de ciertas casas lujosas, amuebladas de caoba y platería, pero, en cuanto a cuadros, o bien desmanteladas o bien vestidas de marinas y paisajes adquiridos en tiendas de muebles, como accesorios del mobiliario, ha desaparecido por el momento, al menos entre las amistades más bien modestas de uno.

No hay estilo, época, firma, obra o boceto que no pueda alcanzar una cotización inesperada. Se valora todo, se compra casi todo, se puján cuadros y mármoles con índices más elevados que en las subastas de la Sontheby o la Carnegie. El artista que se moría de hambre hace un medio siglo o vegetaba hace un cuarto de siglo, puede ser hoy cuarentañista internacional o invitado de honor en centros de arte neoyorquinos o londinenses. París disminuye respecto a su arte en la medida que Madrid asciende. Los que emigraron antaño de nuestra capital por razones de supervivencia, regresan ahora a la misma por razones de convicción.

No puede, sin embargo, hablarse de un apogeo de calidad en cuanto a la producción de arte vivo. Después del arte abstracto, cundió una suerte de estupor y de inmovilización, del que se va saliendo penosamente, sin un orden preciso, sin una orientación señalable, sino haciendo cada cual lo que sueña, imagina, decide afirmar o negar. Aquí mantienen fuera de artista noble firmas como Palencia, Quirós, Ortega Muñoz, Grandio, Ricardo Serny, Angel Medina, Cristino de Vera Viola, Antoñito López, Quesada, Palacios Thardez, Cuni, Mateos, Alvaro Delgado, Redondela, Mascarrón, Ubeda, M. A. Dans, M. Ruibal, José Caballero, Colmeiro, Dalí, Tapias, Santos Viana, Sancha, Peláez, De Pablo, Pacheco... Nombres casi irreconciliables, casi incompatibles, pero que cuentan con una clientela, con un eco y con un prestigio.

Es difícil conjeturar hasta dónde llegará esta euforización del asunto plástico: quizás a un gran renacimiento, quizás a una gran almoneda. Pero lo cierto es que ha llegado, y que, como un día París-arte, Madrid-arte, en el día de hoy, no deja de ser una fiesta.

Alvaro Delgado.  
"Retrato de Luis González Robles"

R. F.





# CENTRICO MADRID <sup>(1)</sup>

por Enrique de Aguinaga

Cronista de la Villa

Buenas tardes, madrileños de toda España:

Con palabras de Eugenio D'Ors, «manos amigas me hicieron señal» para concurrir a esta fiesta de inteligente comercio. calificación redundante ya que, en cuanto convenio o entendimiento, ¿qué es el comercio, si no inteligencia?

He sido requerido como Cronista Oficial de la Villa, título que mucho me complace y cuya discutible justicia, naturalmente, no voy a discutir.

Por Cronista Oficial de la Villa, tal como me lo vengo proponiendo desde hace ya veinte años, debo aplicar la poca autoridad que tenga el análisis del singular fenómeno urbano de Madrid, «desmedido centro de las Castillas», en intuitiva expresión del hondo poeta y ancho hermano que es Manuel Alcántara («Arriba», 18 de septiembre.)

A fuerza de saberlo, conviene recordar que el nombre de Madrid ampara a una ciudad y a una provincia. Aun arriesgándome a las interpretaciones literales y, por lo tanto, temibles, yo diría aún más: que el nombre de Madrid sirve a la vez a una provincia sin capital y a una capital sin provincia.

Desde tal diferencia quiero participar en la regional asamblea de homenajes de esta Casa, ya que, si la provincia de Madrid (de Somosierra a Aranjuez y de San Lorenzo del Escorial a Alcalá de Henares) tiene una fiel castellanía, la ciudad de Madrid se caracteriza esencialmente por todo lo contrario. Y a esta idea voy a ceñir mi céntrico y urbano Madrid.

(1) Texto de la conferencia pronunciada por don Enrique de Aguinaga, Cronista Oficial de la Villa, en el ciclo «Septiembre, mes homenaje a Castilla».







*Cibeles, una diosa frigia, es decir, lo más extraño a cualquier localismo madrileño, representa el centro del centro. Aquí está, efectivamente, un centro de la ciudad actual en el que se registra la mayor densidad circulatoria y su precio: el mayor índice de contaminación atmosférica.*

Todo le viene a Madrid de su condición capital. El proceso histórico de la capitalidad de Madrid es un proceso de descastellanización. Podría decirse, con un remedo resonante, que Madrid está en Castilla sin estar en ella, que Madrid vive sin vivir en sí.

Cuando Madrid vive en sí (es decir, cuando se *ensimisma*), pierde su verdadera sustancia, su verdadera consistencia.

Esto ya lo vio el gran madrileño Ortega y Gasset en su teoría del *ensimismamiento* o *tibetización* de Ma-

drid, que explica las épocas de decadencia, las pérdidas de sentido de esta ciudad.

Cuando Madrid se *ensimisma*, cuando Madrid se hace localista, abandona su propio ser, aunque paradójicamente se siga presentando como imagen de lo madrileño (ese madrileñismo de dejes y menudencias) lo que, desde un punto de vista esencial, es la negación de Madrid en su vocación universalizadora.

Está bien documentada la peripecia que, hace cuarenta años, puso en peligro la histórica personalidad de

Madrid. Ocurrió en el transcurso de los debates sobre la Constitución de la II República.

El más autorizado comentarista de aquella Constitución, don Nicolás Pérez Serrano, ha dejado explicado que entonces se pensó no sólo que las Cortes Constituyentes se trasladasen fuera de Madrid, sino también que se trasladase la capital de la República y Madrid quedase simplemente como capital de la supuesta Región Autónoma de Castilla.

Es evidente que tales intenciones no prosperaron porque finalmente el artículo 5.º de la Constitución declaró a Madrid capital de la República, frente a la idea de establecer una capital federal que, al estilo de Washington, no perteneciera a ninguno de los núcleos políticos regionales, situando la capital de España en un lugar neutralizado como si no estuviera en parte alguna.

Es muy posible que, de un modo expreso o elíptico, en el ánimo de los redactores de la Constitución republicana pesara la estimación de que la idea de la capitalidad exenta ya había sido asumida sustancialmente por Madrid a lo largo de un proceso histórico de casi cuatro siglos.

Tal proceso, legalmente formalizado, sólo necesitaba una potenciación real, una excitación de la conciencia nacional, una prueba decisiva.

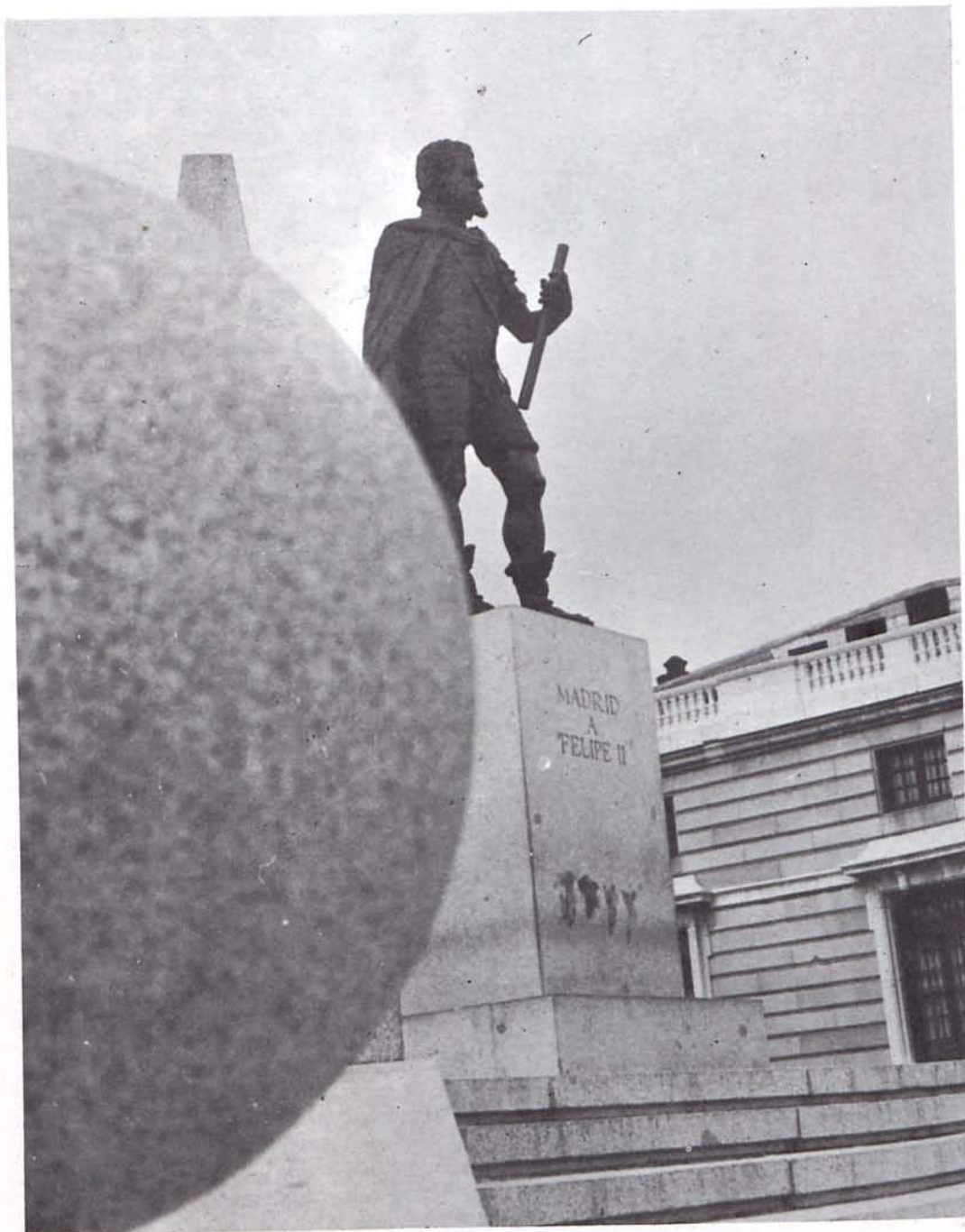
Terriblemente, esta prueba vino a ser una prueba de fuego, la prueba de la guerra, que ya ha dejado un sedimento arquitectónico (la nueva magnitud de la ciudad) y un sedimento jurídico (la Ley Especial, que en su artículo primero proclama a Madrid capital del Reino).

Las proclamaciones e intuiciones históricas sobre la condición universalizadora de Madrid en cuanto capital se han consolidado en la presente faz de la ciudad creada por todos los españoles y obligada, por su propia naturaleza, a ser la ciudad menos localista de España.

Madrid está en el centro de un modo enfático, en la posición teórica del medio centro, como dicen los locutores del fútbol, porque lo céntrico no sólo es un modo de concurrencia, sino también un modo de equidistancia, de equilibrio y equidad.

Para que el centro cumpla su función de equilibrio de tensiones tie-





*"Madrid a Felipe II". Con este laconismo y el bronce de Pompeyo Leoni, la ciudad, al cabo de cuatrocientos años, ha plasmado su homenaje al inventor de la céntrica capitalidad. Simbólicamente, austeramente, el monarca de la estatua es un monarca peatón.*

ne que despersonalizarse, de modo que su personalidad sea la resultante del conjunto de las que lo determinan. El centro, que por sí mismo no es nada, que por sí solo es un punto ideal, resulta ser una creación de aquello que está centrando.

Seguramente, por la aplicación de los ordenadores electrónicos y a partir del censo de 1970, la estadística municipal estará en condiciones de ofrecer, por vez primera, el cómputo de los habitantes de Madrid con

arreglo a sus procedencias geográficas.

Pero, sin necesidad de esperar a la rígida prueba de los números, está claro que el auténtico y actual carácter madrileño es el producto de la integración de todos los caracteres españoles, y que en el momento que Madrid traiciona ese destino integrador está dejando de ser leal a sí mismo.

¿Qué duda cabe de que esta función inteligente y difícil tiene sus

quebras? Tradicionalmente Madrid ha provocado exageradas alabanzas, como la clásica «De Madrid al cielo», atribuida a Quiñones de Benavente, y exagerados vituperios, como la respuesta recogida en el Diccionario de Vergara: «Desde Madrid al cielo/porque es notorio/que va al cielo quien sale/del purgatorio».

Hay quienes atribuyen a Madrid todas las gracias, virtudes y excelencias (una muestra son los *Elogios clásicos de Madrid*, reunidos por Jo-





Ayuntamiento de Madrid





*En el desplazamiento dinámico del centro de Madrid (Plaza Mayor, Puerta del Sol; Plaza de Cibeles), la Plaza de Colón se presenta ya como el futuro gran centro de Madrid. La demolición de la Casa de la Moneda y la ordenación de aquel espacio, signo de la Alcaldía de Carlos Arias, preparan el nuevo y amplio corazón de la ciudad.*

sé Simón Díaz), y hay quienes consideran que lo más prudente es trasladar Madrid a cien kilómetros de donde está (*Madrid*, 11 de enero de 1967).

Lo notable es que, como he dicho al principio, todos estos apasionamientos, para bien o para mal, le vienen a Madrid de su condición de capitalidad; es decir, tanto desde un punto de vista político como desde un punto de vista geométrico, de su condición céntrica.

Madrid ciudad y Madrid capital son conceptos que se superponen y se mezclan, pero que no siempre dan lugar al resultado íntegro de Madrid ciudad capital, sino también a otros resultados polémicos que a veces llegan a ser irracionales y, por lo tanto, los más impropios para un ente de razón.

Racionalmente, Madrid equivale a capitalidad, y, por consiguiente, con la perspectiva de hoy, no es un disparate decir que Madrid se trasla-

dó aquí desde fuera o que el madrileño es un producto histórico de la integración de los inmigrantes.

En cuanto capitalidad, Madrid es un fenómeno que se ha ido produciendo de fuera a dentro, y no, como a veces se quiere presentar, un fenómeno producido de dentro a fuera, desde Madrid al contorno nacional, como una imposición, como un dominio.

Esta última idea es la que fomenta la descabellada pugna entre Ma-



drid y las provincias, como si fueran poderes o situaciones contrapuestas, cuando en realidad constitucionalmente son elementos solidarios y recíprocos de un solo poder, de una sola situación.

Aún no hace mucho (1968) se planteó una encuesta periodística, que circuló por las provincias, con esta pregunta: «¿De qué acusa a Madrid, capital de España?» La encuesta, a mi modo de ver no sólo era un impertinente apriorismo, sino también un modo de fomentar la absurda dualidad Madrid-provincias.

Madrid, como todas las situaciones capitales, tienen sino de la acusación. Primero se acusó a Madrid de ser una ciudad de burócratas y holgazanes; eso, sí, simpática y acogedora. Luego, andando el tiempo, se ha acusado a Madrid de ser indebidamente una ciudad industrial y enorme a costa de ser menos simpática y más incómoda. Primero se le proponían como ejemplos las grandes metrópolis, y luego, cuando ya no hay remedio, las discretas ciudades «a la medida del hombre».

Parece lógico que la ciudad capital se haga a la medida del país. En todos los órdenes, lo que rige es una consecuencia de lo regido. No cabe considerar a la cabeza con independencia del cuerpo, ni mucho menos a ambos como antagónicos. Los acusadores de Madrid desde tan descoyuntada posición se están acusando a sí mismos.

La etimología fuerza la comparación de las funciones de una ciudad *capital* con las funciones de la *cabeza* en el organismo humano. Así la establece el doctor Laín Entralgo: «Si la cabeza pone al hombre en relación con el mundo; si la cabeza traba, en interna, mutua y armoniosa relación, todos los órganos y partes del cuerpo a que pertenece; si la cabeza, en fin, muestra expresivamente al mundo lo que dentro del individuo ocurre, es fácil concluir que la triple función de la ciudad capital es la de poner a su país en relación con el mundo, la de integrar armoniosamente las diversas partes del país y la de ser hacia fuera el rostro de la vida interna de ese mismo país.

De otro modo, en el supuesto de una utópica autonomía, la ciudad capital sería como la cabeza parlante de las ferias, que es lo que ocurre cuando, en un pueril juego de rivalidades y comparaciones, se consi-



*¿Qué mejor símbolo para la ciudad como fábrica de cultura que el Museo del Prado, sede de una permanente y universal asamblea cultural?*

dera a Madrid con olvido de su condición capital, que le justifica y obliga.

Claro está que el egregio concepto de capitalidad se involucra con el antipático concepto del centralismo. En este caso es necesario distinguir entre la crítica de la Administración y la crítica de la capital en la que la Administración reside. La Administración no es un reducito de la capital sino un producto del país.

Desde este punto de vista, hay

que considerar que las acusaciones a Madrid, capital de España, ya están sustanciadas de un modo histórico e irreversible y que son otro tipo de acusaciones las que confunden la imprescindible función de la capitalidad con modos del poder administrativo que no son inherentes a la ciudad desde la que ese poder se ejerce.

Madrid no es sujeto, sino plataforma de aquellas operaciones. Madrid es precisamente lo que es en función de España. Sería absurdo





*El Palacio del Consejo Nacional, la llamada Cámara Alta, puede representar la suma de funciones políticas que en la capital tienen su asiento.*

acusar a Madrid de estar en el centro de España cuando ésa es, cabalmente, su misión.

En la euforia de la descentralización puede haber alguien que diga que nado contra la corriente; pero si un cronista oficial de la Villa no se pone de parte de Madrid, no sé quién se va a poner.

Lo fácil y en cierto modo lo tradicional es acusar a Madrid. Pompeyo Gener llegó a afirmar que la altitud geográfica de Madrid impedía discurrir adecuadamente a los madrileños. Vamos, que por el he-

cho de vivir aquí estábamos atontados.

No sólo porque el Fuero de los Españoles nos otorga a todos la libertad de establecer nuestra residencia, sino también porque las cuestiones no se deben sacar de quicio, me considero obligado en la defensa de Madrid, a la que aportó mi condición no ya de provinciano, sino mi condición de pueblerino.

Dos son las cuestiones tópicas contra Madrid: una, de índole local, que consiste en subrayar obsesivamente todos los defectos de Madrid

en cuanto organización urbana; otra, de índole nacional, que consiste en proclamar los pecados de centralismo de la capital.

A poco que se analicen, ambas acusaciones son contradictorias, porque si Madrid es tan deleznable ciudad como dicen sus detractores, no se ve, a escala urbana, cuál es el provecho del centralismo. Mas bien se podría decir y aun demostrar que Madrid es víctima preferida de tal centralismo.

¿Cuál ha sido el provecho material y centralista de Castilla? La pregunta podría hacerse con alguna pretensión de respuesta si Castilla, entre las regiones españolas, fuera una región opulenta. Aquí cabría darle la vuelta al chiste y decir por las buenas: «Más viajar y menos leer los periódicos».

Los periódicos hablan ahora de regionalismo, término que los cautelosos matizan con la nueva idea de la regionalización. También los periódicos hablan de centralismo, término que podría matizarse con la idea, ni nueva ni vieja, de centrismo.

La palabra centrismo no tiene siempre buen son; pero lo que a Madrid le ocurre necesariamente es que está en el centro de España. En el centro geográfico, y, hablando más poéticamente, en eso que los flamencos llaman «los centros», es decir, las entrañas. De donde resulta que este céntrico Madrid es una ciudad verdaderamente entrañable.

Los espontáneos del Derecho Político o del Derecho Administrativo podrán decir lo que quieran a propósito del centralismo. Lo que yo digo es que achacar a Madrid el centralismo es confundir el vestido con el cuerpo o, ya que estamos en anatomía, acusar de centralista al corazón.

Fácilmente se podría poner el ejemplo de ciudades marcadamente centralistas sin mencionar a Madrid, que es una ciudad por dejación, que es una ciudad cuya constante histórica consiste en renunciar a todo localismo para convertirse en la ciudad de todos, en la ciudad donde el título de madrileño de nacimiento para lo más que sirve es para ocupar el cargo de alcalde, ocupación de hombres beneméritos a quienes nadie les arrienda la ganancia.

En la reciente trayectoria a que ya me he referido hemos pasado del





*La gastronomía, que ha creado la concurrencia integradora de sabores del cocido madrileño, también tiene aquí todo género de representaciones regionales.*



vituperio de ciudad parásita y raquítica al vituperio de ciudad trepidante y monstruosa, necesitada urgentemente de la medicina de la descentralización. ¿En qué quedamos?

Quedamos, mis queridos amigos, en el centro, que esta ha sido y es la virtud de Madrid, donde nos encontramos todos los españoles, porque tendría gracia que el gallego de Galicia, o el murciano de Murcia, o el catalán de Cataluña, o el extremeño de Extremadura se enfurruñasen con el gallego, o el murciano, o el catalán, o el extremeño de Madrid.

Aquí y ahora, los de una y otra procedencia, *todos*, sabemos que la ciudad no es castillo, sino plaza; que la ciudad no es defensa, sino encuentro. Esta es la maternidad de Madrid, a la cual estamos afiliados porque sí o porque no, por la raza o por la razón; pero, en cualquier caso, partícipes de la sustancia madrileña y viva respuesta a la pregunta: ¿En qué consiste Madrid?

Toda ciudad, grande o pequeña, hermosa o vulgar, tiene una consistencia que perdura por encima de la vida de sus pobladores de cada época, una consistencia a la que necesariamente se incorporan los nuevos habitantes, una consistencia que a veces incluso se mantiene a pesar de los desvíos de sus ciudadanos.

Cuando se dice que «la ciudad es su gente», se quiere decir que el carácter urbano está determinado, más que por la arquitectura o por el urbanismo, más que por la entidad física de la ciudad, por el genio de sus ciudadanos. Sin embargo, resulta casi evidente que, más allá de la simple composición humana o más allá de la simple composición material, la ciudad tiene un espíritu propio, una consistencia particular.

En las geografías de mi infancia está escrito que Madrid tenía novecientas mil almas. Era un modo espiritual de hacer el censo de la población. Pero el alma de Madrid, como el alma de cualquier ciudad, no es la suma aritmética de las almas de sus habitantes, sino un alma propia única y superior, que, por lo pronto y en cualquier parte del mundo, hace que el adicto a una ciudad considere a esta ciudad como la mejor, como *su ciudad*, con la misma simultaneidad que todos consi-



deramos la mejor a nuestra propia madre o a nuestra propia inteligencia.

Madre e inteligencia es Madrid. Así lo han visto los poetas, que todo lo ven. Así lo vio Tirso de Molina con cuatro versos en los que se proclama poéticamente, quizá por vez primera, la idea del céntrico Madrid:

¡Oh madre de gente extraña,  
madre, *punto* y excelencia  
de la real *circunferencia*  
con que te corona España!

En el lenguaje poético de los clásicos se repite la idea materna de Madrid. «Madre de todas las ciencias», dice Lope de Vega; «Madre de todo el orbe», dice Salas Barbadillo; «Madre de los nacidos», di-

ce Francisco Santos, y «Madre benigna del mundo», dice el mismo Tirso.

Más fieles a la música que a la gramática, los poetas resolvían por corazonada la etimología de Madrid. Madrid: Madre.

De esta ciudad materna ya dijo Calderón:

... patria de todos,  
pues en su mundo pequeño  
son hijos de igual cariño  
naturales y extranjeros...

Tanta maternidad es más notable aún, al ver que la gramática de la Academia pone el nombre de Madrid junto con los de Calatayud y Jerez, como ejemplo de los sustantivos de población que por sus terminaciones pudieran corresponder a

los dos géneros y por lo regular son masculinos.

La masculina maternidad de Madrid es lo que se llama poder de integración, que desde hace cuatro siglos, exactamente desde que Felipe II determinó el establecimiento de la capitalidad, es la consistencia madrileña: aquello en lo que Madrid consiste.

Madrid se hace maternal al hacerse capital, cabeza, inteligencia. Si una ciudad no es inteligencia, si una ciudad no es entendimiento, quiere decirse que no tiene consistencia, que no tiene espíritu.

En los últimos tiempos se han acuñado los títulos de «Morir en Madrid» y «Vivir en Madrid»; pero lo verdaderamente importante es entenderse en Madrid, que Madrid sea la inteligencia de España y el centro de todos los españoles.



En tanto que el emblema del viejo localismo, la verbena, está en decadencia, el poder de integración de Madrid fomenta de un modo natural el baile de la sardana en El Retiro, la "mascletá" en la Plaza Mayor, el "tablao" flamenco o el restaurante vasco.





José Samra

# POESIA SOBRE MADRID

Por JOSE GARCIA NIETO

ALGUNA vez lo hemos dicho. No ha sido Madrid afortunado en la palabra de los poetas. Y nos referimos, naturalmente, a la palabra en verso, a lo que entendemos actualmente por poesía, sin aproximaciones, sin sustituciones bastardas. Hoy por hoy sabemos, o creemos saber, de manera casi definitiva, que una cosa es poesía y otra

bastante distinta, prosa en verso o literatura rimada. Esa última intensidad, independencia, entidad creada en el poema, que tiene la palabra poética, y que le dan peculiaridad y sustantividad inconfundibles, hacen perfectamente separable lo que es poesía y lo que no lo es.

La propia concreción a un tema

—la temática es algo que importa de manera muy secundaria en un verdadero poema— supone ya determinada dificultad para impedir que el poema derive por sendas de codificada literatura, que se pierda un tanto en apoyaturas «oídas», en datos excesivamente literarios que nos apartan, queramos o no, de la absoluta libertad creadora en que



tiene que desenvolverse un poema. Por eso el poeta ante un tema, un aliciente, una ocasión o un sentimiento, de índole tan «afectada», como los que nos propone una ciudad, tendrá siempre que luchar contra todos los demonios de la facilidad, contra todos los tópicos de útil aprovechamiento. Lo que no quiere decir que dentro de la poesía lírica —a la que nos estamos limitando— no existan piezas importantes, de la más exigente y pura poesía, que han arrancado de la motivación ciudadana.

Pero Madrid ofrece para el poema que perseguimos otras dificultades. La primera de todas es su propia fuerza ciudadana, su categoría de ciudad-ciudad, como se precisa ahora para subrayar un término que se escapa a determinadas definiciones de explicación convincente. Está un tanto fuera de lo que da a otras ciudades posibilidad de expresión lírica usual: contacto con la naturaleza, monumentalidad extraordinaria, realidades históricas de acuciante presencia. Y, sobre todo, que su propia categoría y desarrollo de gran ciudad impiden que el poeta «intime» con sus más verdaderas y positivas sustancias. Esta es una conquista que todavía no han logrado los poetas. Digamos, provisionalmente, que dinamismo y poesía se oponen; que todo poema es un punto de sosiego, un parón del mundo, un detenimiento de lo que quiere trepitar y correr sobre la atención de nuestra alma. Pocos poemas han sido los que han «corrido» con la aceleración de los tiempos. Todo, o casi todo lo cantado, tomando como motivo el «detalle exacto» —ese que Stendhal defendía— de nuestro alrededor, ha sido transformado en el subjetivo taller del poeta en materia no huidiza, en tiempo detenido, en forma de eternidad.

De todo esto puede deducirse, que la gran poesía que Madrid debería tener, se ha convertido en la sucesión de los tiempos, en poesía costumbrista, en canción colorista, accidental y en reflejo consecuente de «lo que está ocurriendo», no de «lo que es». Y tendríamos que arrancar del propio Lope para llegar a nuestros poetas actuales de estirpe más madrileñista o sainetera. Ocurre así que mucha de la poesía escrita sobre Madrid no







José Samra



es válida ni merece apenas estimación porque la «postura» del poeta ante el tema ha sido absolutamente externa, copiadora, caracterizadora de lo ya «caracterizado», no íntimamente sentida, no originalmente motivada.

Esto no quiere decir que cuantas veces mi modesta indagación ha discurrido por estos caminos para encontrar la verdadera poesía sobre Madrid, no se haya dado con versos y con autores muy estimables, lo que nos hace pensar siempre en la necesidad de que exista una amplia recopilación de poemas en la que se pueda estudiar con detenimiento, y comparativamente el tratamiento de una motivación tan interesante.

Pero es preciso que al lado de los Casero y de los Répide y de los Carrere, tratemos de encontrar aquellas voces que han intentado ir un poco más allá de todo uso y abuso de madrileñismo tópico y tantas veces falso y urgentemente acomodaticio. Se diría que, por no poder componer el cuadro se acude al cartel, cuando no a la caricatura. Y Madrid es algo más que una colección de tipos y de situaciones callejeras y costumbristas, pasadas de mano en mano, hasta que el desgaste ha hecho perder fisonomía al cuño de la moneda.

Habríamos querido concretar nuestras cuartillas a la pesquisa de la poesía que «hoy» se había escrito sobre Madrid, y este hoy, que es la poesía contemporánea, arranca del siglo, queramos o no, y vivos están, hasta físicamente, algunos de los maestros de todos, que siguen escribiendo, y que influyen en los más jóvenes, dejándose también enseñar por ellos. Así habría que partir de los del «98» para ver cómo Madrid ha estado en la obra de los que son principio de las letras contemporáneas. Pero el poeta de Madrid ha sido, a lo sumo, un prosista: Azorín. Y sobre la poesía —naturalmente, en prosa— de Azorín habría que hablar mucho y no es de este lugar. Quede su nombre como certero blanco en muchos aspectos del Madrid que supo vivir y sentir durante muchos años, digamos medio siglo.

Después, entre ellos, Antonio Machado, el del «Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente» es

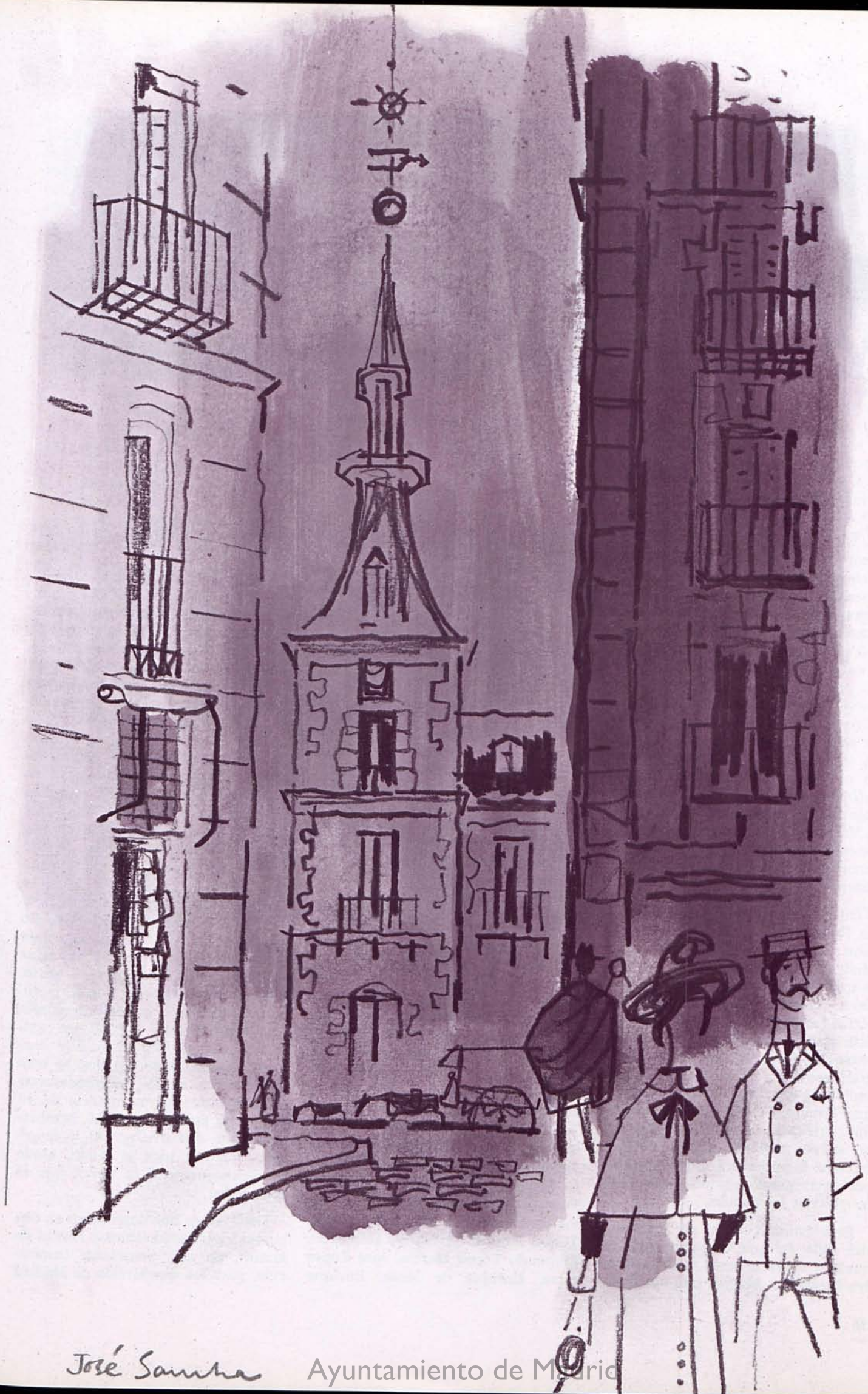
quien nos da una pauta para la mejor poesía que Madrid ha podido ofrecer hasta hoy; es el sentimiento lírico del que, desde Madrid, aleja sus ojos a múltiples paisajes que le rodean, a mil escapadas que parecen ofrecer su distancia, sin perder el pie amoroso de la ciudad. Recordemos aquellos versos:

¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo,  
la sierra gris y blanca,  
la sierra de mis tardes madrileñas  
que yo veía en el azul pintada?...

La postura del poeta es bien clara. Mira a lo lejos. Es madrileña su actitud, y madrileña su mirada; pero huye hacia el paisaje. Algo hay de velazqueño en esta actitud, escapándose siempre por las ventanas de algún palacio para descansar los ojos en la sierra que le serviría de fondo al ademán ciudadano, palatino, cortesano de sus personajes. Sólo otro genio, paralelo al suyo, al de Goya, pudo crear un Madrid donde el paisaje se quedara muy por debajo del personaje, donde un Madrid vivo, un enjambre humano caracterizador y caracterizado, podía saltar sobre la ironía y la caricatura. Pero estamos en el drama, y queremos hablar de la lírica. Claro que Goya resulta lírico muchas veces, pero lo es como a su pesar, porque su planteamiento es siempre otro. Y esto es lo que tenemos que buscar muy delicadamente en los poetas que han escrito «sobre» Madrid; la esencia lírica que han conseguido en caminos que no siempre han sido cubiertos con la andadura que el poema exige y con los sacrificios que impone.

Poco Madrid encontramos en Manuel Machado, tan madrileño en sí, tan buen andador de sus calles, tan buen conocedor de su historia, tan fino catador de su estilo. Lo que no quiere decir que Madrid no le haya dado una incomparable luz y una indiscutible elegancia, que pasan a su poesía, pero que son difíciles de aprender, sosteniéndose, estrechándose en una temática. Y cuando Pío Baroja pone en solfa a sus personajes madrileños, ya sabemos que tenemos unos cuantos capítulos de «otra» novela, o de la misma, rica y fragante, que escribió sucesiva, ininterrumpidamente. El poco Madrid

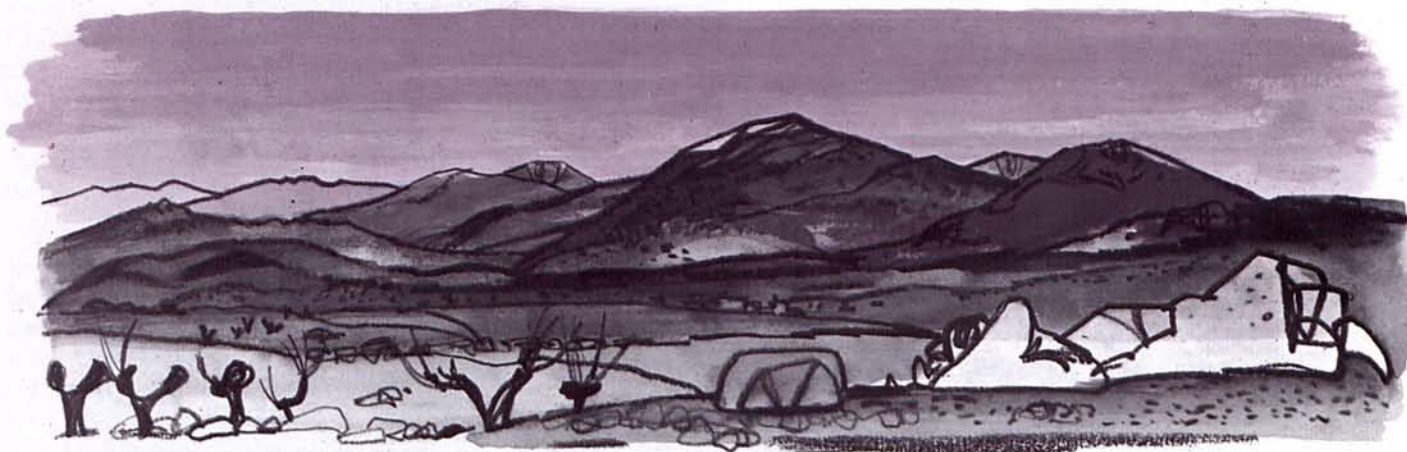




José Samra

Ayuntamiento de México





*José Saura*

de Valle Inclán —también humanamente aclimatadísimo a la villa y corte— habría que buscarlo en el cartelón de feria que cultivó con tanta agudeza como poca trascendencia:

Pasan los tranvías,  
con algarabías,  
para Tetuán.  
Y una vieja tuerta  
azota en su puerta  
el ruedo del can.

Unamuno es otro que se va al paisaje cuando puede. Y no le ha dado a Madrid, ni por asomos, una sola de estas incomparables estrofas que le debe Salamanca, su amante «florón de literatura».

Otro poeta en prosa tiene Madrid en Ramón Gómez de la Serna. Ramón es quizá el primer poeta de Madrid. Pero toda su poesía —y esta sí que lo es— se ha roto en la proteica y fecunda catarata de su metafórica facundia creadora. Ramón podría haber sido el gran poeta «en verso» de Madrid, como supo ser su gran poeta en prosa. Están por estudiar las portentosas antenas líricas que Ramón Gómez de la Serna tenía para que, dejando a un lado su no menos poderoso lastre prosaico, hubiera logrado una obra lírica importante, acaso más decantada que la que nos ha dejado.

Pero estamos ya en ese momento del siglo en que dos corrientes se vuelcan sobre el gran mar de nuestra literatura. Madrid cae, sin duda,

del lado de la peor. Es la obra de aquellos escritores que paran los caballos mágicos de la verdadera creación y viven de la herencia más superficial y perecedera de los inmediatamente anteriores. Pero estas líneas no quieren ser una acusación, sino una salvación honrada de lo mejor. Y, como casi siempre, son los poetas los que de una manera más limpia intentan salvar lo que se pueda de los naufragios. En el lado de los mejores es verdad que Madrid —repitamos, como tema fundamental y sustentador— cae pocas veces, y siempre como fondo secundario. Bien es verdad que se anuncian unos tiempos en que la «pureza» de la poesía no se avenía con la circunstancia más concreta o inmediata.

Hay que buscar en esa época, entre estos nombres, algunos aciertos indudables, algunos versos sobre Madrid que, sin poder escaparse muchas veces del costumbrismo literaturizado, cobran personalidad y vuelvo nada desdeñables. La nómina está por hacer; pero podemos iniciarla. Pensemos en la obra difusa, poco frecuentada, por lo general, de Emilio Carrere, Antonio Casero, Pedro de Répide, Andrés González Blanco, Juan José Llovet, José Pérez Bojart, Marciano Zurita, Emiliano Ramírez Angel, Alfonso Camín, Alberto Vale-ro Martín, Luis Fernández Ardavin, Pedro Luis de Gálvez, Federico Romero, Guillermo Fernández Shaw, Tomás Morales, Armando Buscarini, Fernando López Martín, José López Silva, Enrique de Mesa, Enrique

Díez-Canedo, Francisco Ramos de Castro, Mariano Tomás, Francisco Serrano Anguita, José Rincón Lazcano, Manuel de Góngora...

Y hago aquí un alto para subrayar la provisionalidad de esta relación. Aquí faltan algunos nombres, pero estamos todavía en el tiempo en que Madrid es motivo literario y aparentemente poético; no olvidemos la diferencia. Los poetas que entonces alzaban la antorcha de la nueva y más exigente poesía no escribían versos que se apoyaran en motivaciones madrileñas. Y sabemos bien que muchos estaban aquí, que vivían y «se hacían» en Madrid, que habían adoptado o se habían dejado adoptar por la ciudad como querida y futura patria chica, pero que no se movían en la interpretación estricta de su posible sentido lírico. Ejemplo muy importante es el que nos deja Juan Ramón Jiménez, «el andaluz universal», que nunca deja de serlo, y en el que se puede buscar y encontrar Andalucía por cualquier cala que se intente. Su Madrid, en cambio, es menos fundamental y concreto. Cuando sabemos que se está refiriendo a él, lo trasciende muy alejadamente. No es materia de su poesía, es sustentación del hombre-poeta que discurre por él, y de alguna manera toca el suelo, alude misteriosamente a la tierra que le acompaña.

Tendríamos que detenernos en dos poetas «muy madrileños». Poetas de humor, de muy semejante inspiración, para los que la vida de Madrid



es tema de nuevas significaciones. Paco Vighi y Manuel Fernández Sanz, «el Pollero», son dos voces auténticamente madrileñas, y la caricatura en ellos cobra ternura, y emoción, y sentido de la dramática cotidianidad. Una pequeña joya es aquella canción navideña de Manolito «el Pollero»:

Menudo y cernido nieva;  
el copo a las lomas lleva  
su candor.  
Desnudo, recién nacido,  
yace entre paja, aterido,  
el Señor.  
Mirad, fundida en el suelo,  
la estrella de caramelo  
de David.  
Mirad la corte escarchada,  
pastores de la cañada  
de Madrid,  
que, aniñando la ciudad,  
¡ha venido Navidad!

Este es un poema serio. Pero, como Francisco Vighi, es en la musa festiva madrileña donde, con algún otro poeta, como Juan Pérez Creus, nos levantan una nueva caricatura, un nuevo humor de profundidad verdaderamente interesante.

Saltamos un poco en el tiempo; o mejor, mezclamos un poco los tiempos, para ser, por otra parte, fieles a esta unión de generaciones, porque vivimos una hora literaria y sobre todo poética, ya lo apuntamos líneas antes, en que las edades se juntan, los talentos conviven, y no hay separación extrema si se mide desde las edades. Pero se acerca otro grupo importante de poetas que han escrito sobre Madrid, en

Madrid o desde Madrid, y se les puede sujetar por ese aire: Federico Carlos Sáinz de Robles, Fernando González, Lope Mateo, Juan José Domenchina, Francisco Escrivá de Romaní —viniendo de otros feudos, Gerardo Diego, Dámaso Alonso o Mauricio Bacarisse—, César González Ruano, Agustín de Foxá, Rafael Duyos, Juan Antonio Ochaita, Alfredo Marquerie, Xandro Valerio, Martínez Remis, Carmen Conde...

De entre todos ellos, y aun contando con muchos de los anteriores, es Agustín de Foxá el que mayor espacio ocuparía en una antología de poemas, digamos madrileños. En él sí ha habido un sentido muy primario y lírico del Madrid que le tocó vivir. Esa gran fuente de inspiración que es la infancia, le ha suministrado materiales de muy fina enjundia, vivencias que han llegado al poema con una fuerza de primera mano, con una vitalidad propia y sin falsilla. Bien es verdad que otros poetas, entre los citados, no se han «comprometido» como él con Madrid, y de esto se favorece la obra, y por ello cobra distinta dimensión. Federico C. Sáinz de Robles, por ejemplo, ha sido en la prosa donde ha logrado su más profunda y valedera identificación madrileña.

Al llegar a los últimos, hay que «permanecer» con Gerardo Diego, que en los altos de su magisterio ha logrado bellísimos poemas sobre Madrid, y, con él, Luis López Anglada, Federico Muelas, Rafael Montesinos, Gloria Fuertes, Manuel Alcántara, Carlos Murciano, José Gerardo Manrique de Lara y algunos

otros, sin dejar de pensar en otro poeta en prosa, Camilo José Cela, de quien leemos algunas de sus «Nuevas escenas matritenses» y nos hacen añorar el poema que podría haber escrito sobre Madrid, el Madrid que tan bien ha vivido y tanto conoce, y para el que esa prosa suya, de acendrado encantamiento, es suficiente, pero está ya en la antecámara del verso. Y, por Dios, no tratamos de hacer distingos jerárquicos.

Ultimamente se ha convocado con insistencia a los poetas. Justas y Certámenes han llamado a sus puertas para que cantaran a Madrid y a sus gracias, a sus figuras y a sus tradiciones, a sus costumbres y a sus partidos, a «sus santos y a sus cantos». Se han conseguido aciertos aislados, poemas más o menos buenos, de elaboración provocada, de motivación impuesta.

Y la poesía tiene que llegar más bien —decimos más bien— por otros caminos. No pueden los poetas ser sensibles solamente a lo que de bullicioso y fugacísimo tiene nuestra ciudad. Tiempos nuevos requieren voces nuevas. No nos cansamos de decir —y de oír— que la poesía está en todo, y que todo tiene su poesía. ¿Por qué no se nos da el poeta contemporáneo de Madrid? Viene a mi memoria un hermoso título. Fue el que puso precisamente Manolito «El Pollero» a su único y póstumo libro: «Silva, grillera y cigarral». Acaso Madrid es todo eso. Al lado de su grillera, canta su cigarra, se ordena musicalmente su silva. Los poetas tienen que oír, tienen que decir.

J. G. N.



Madrid: 1854-1870

## BECQUER, FIGURA PALIDA EN EL CUADRO LITERARIO DE SU TIEMPO

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

Los que fueron amigos fraternales de Gustavo Adolfo, y sus primeros incondicionales panegiristas —Julio Nombela, Narciso Campillo, Augusto Ferrán, Ramón Rodríguez Correa, Luis García Luna...—, los historiadores y críticos literarios que desde 1871 estudiaron y elogiaron unánimes la creciente fama universal del primero de los líricos españoles del siglo XIX, obsesivos, casi airados, insisten en el desdén con que Madrid trató a tan sensible criatura. Enojo que me parece absolutamente tonto. Porque en la explosión de las famas póstumas los más sorprendidos son quienes estando al lado de ellas no tuvieron por qué adivinarlas en vida de sus protagonistas. La más asombrosa de estas famas póstumas fue la de Jesús, porque, naturalmente, los judíos ignoraron que mataban a Dios Hijo. Al propio Madrid se le murió anónimamente un tal Cervantes, resultando que este muerto urbano de quinta clase fue, nada menos, que el don Miguel de Cervantes Saavedra, genio universal a título póstumo. Podría poner cientos de ejemplos semejantes. El caso Lope de Vega, glorificado en vida, adorado y declarado genio impar en el mundo cuando aún peinaba primeras canas y donjuaneaba con amores escandalosos, es una excepción.



A Madrid no le cabe la menor culpa en la triste, en la aperreada existencia madrileña de Gustavo Adolfo. Cuando éste llegó a la capital de España era un don nadie. Cuando en la capital de España murió dieciséis años después seguía siendo muy conocido... de su media docena de entrañables amigos, excelentes sabuesos de su inmortalidad. Pero insistamos en el hecho. Bésquer llegó a Madrid el 1 de noviembre de

1854, cuando contaba dieciocho años y algunos meses de edad. ¿Cuál era su bagaje literario, equivalente a esas cartas credenciales que hay que presentar para reconocimiento de una jerarquía respetable? Bien exiguo y pobretón. Hagamos inventario de él. Una *Oda a la señorita Leonora en su partida*, acaso su primer sobresalto amoroso en plena adolescencia, fechada el 17 de diciembre de 1852 y en Sevilla. Un poemilla

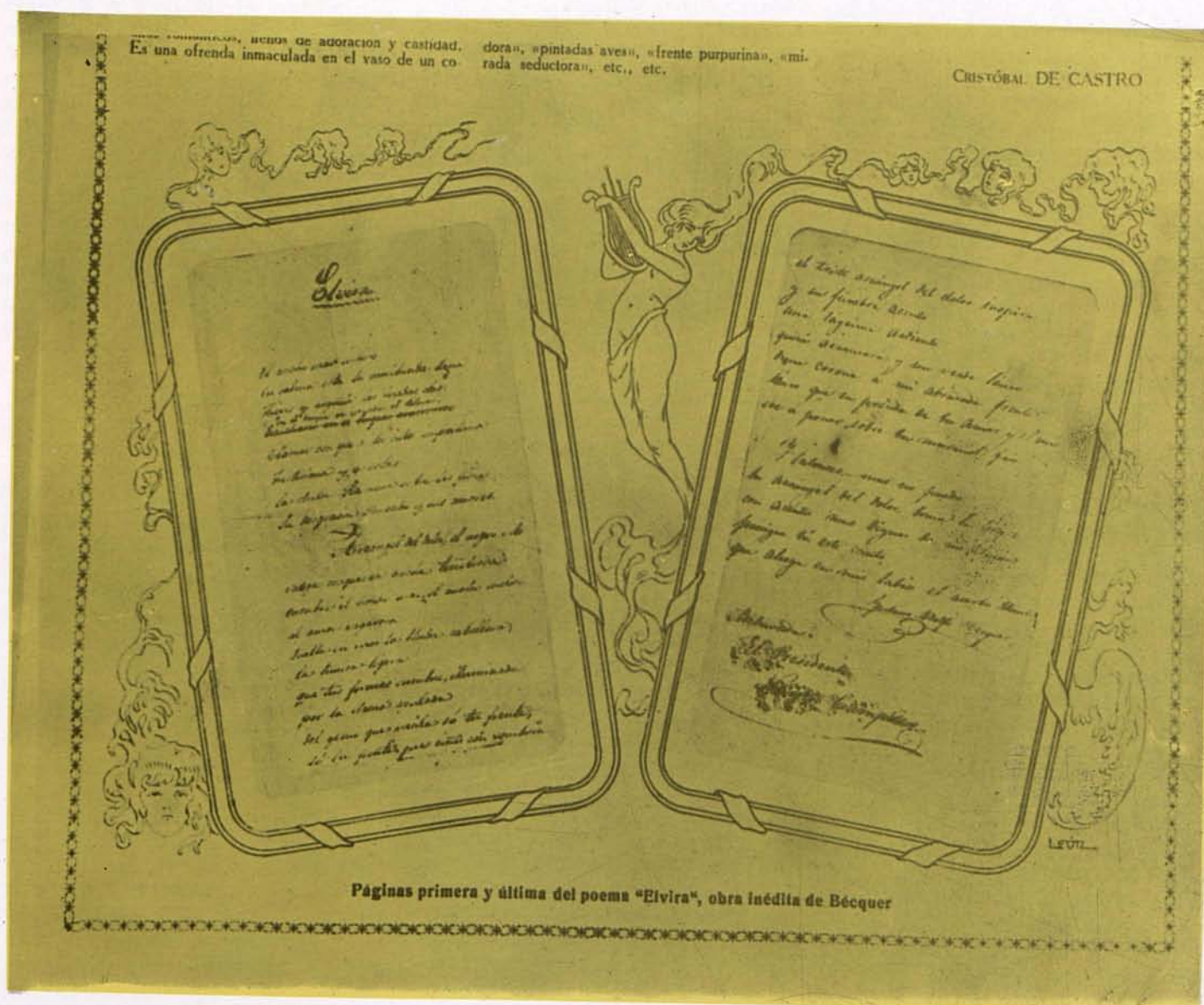


titulado *Elvira*. Otra *Oda a la muerte de don Alberto Lista*, 1848, no mejor que la muy mediana anterior. Las páginas, pocas, de un *Diario* puerilmente emotivo. Algunos poemas escritos en un libro de cuentas de su padre, y pocos de ellos publicados en el periódico local *La Aurora*. Un arca manual en la que se guardaban varias poesías de Gustavo Adolfo y de sus amigos García Luna y Campillo; poesías destinadas a ser publicadas en Madrid, procurándoles fama y provecho. ¿Nada más? Nada más... que yo sepa. ¿Quién se atreverá a jurar que todo ello era algo siquiera de relativo valor para cotizarse en la bolsa escandalosa de las letras cortesanas? Por supuesto, Bécquer, como todos los escritores

que vivían en provincias, creían a pie juntillas que sólo en Madrid se acuñaba y ponía en circulación obligatoria la áurea moneda de la gloria personal. En un trabajo suyo muy posterior, *La fe salva*, el poeta recuerda... «Yo aún no había llegado a Madrid. Ya empezaba a preparar el viaje, y mis carpetas y cuartillas, como llaves que me abrían las puertas de la inmortalidad, esperaban resignadas en el fondo de mi vieja maleta de cuero. Por las tardes, paseando con Narciso Campillo por las pintorescas afueras de nuestra Sevilla, hacíamos proyectos para la lucha que empezaríamos en breve. Madrid se presentaba ante nuestras inquietas fantasías como una bella mujer cuyo amor fuese so-

lamente posible a los elegidos que supieron conquistarla con el oro de su inteligencia.»

No nos rasguemos las vestiduras porque Madrid ni se enterase de la llegada del poeta. Ni de su muerte el 22 de diciembre de 1870. En verdad, la labor literaria de Gustavo Adolfo entre 1854 y 1870 no fue para conmover las esferas. Varias traducciones o adaptaciones al teatro de obras extranjeras (la primera, titulada *Esmeralda*, síntesis de la gran novela de Víctor Hugo *Nuestra Señora de París*). Tres o cuatro zarzuelas estrenadas sin éxito o con éxito discreto, escritas en colaboración con García Luna, y firmadas con el pseudónimo «Adolfo García», nombre el menos usado del gran lírico y apellido el



Uno de los poemas becquerianos menos conocido: la "Oda a Elvira". Que, en verdad, es de los menos felices. Su mayor interés está en esa "orden de archivarla" firmado por Narciso Campillo, amigo fraternal de Gustavo Adolfo.



más vulgar del modesto colaborador. O con el de «Adolfo Rodríguez», cuando su cirineo literario fue Ramón Rodríguez Correa. Espaciadas colaboraciones en el *Correo de la Moda*, *La España Musical y Literaria*, *El Mundo*, *El Porvenir*, *El Museo Universal*, *El Contemporáneo*, *El Entreacto*, *La Ilustración de Madrid*... Porque aun cuando sus *Cartas literarias*, algunas de sus *Leyendas*, partes de su *Historia de los templos de España*, obras ya en verdad de mérito, pero para minorías selectas, habían sido publicadas en algunos de dichos periódicos, la raíz de su fama universal, sus *Rimas*, reunidas en el *Libro de los gorriónes*, manuscrito, perdiéronse, y Bécquer hubo de rehacerlas, de memoria, con este título provisional: *Poesías que recuerdo del libro perdido*, y que no fueron impresas hasta después de su muerte. El manuscrito de las *Rimas* desapareció en septiembre de 1868, al ser saqueado el domicilio de González Bravo, quien los tenía porque se había comprometido a prologarlo y publicarlo a sus expensas.

Por su parte, Bécquer jamás se sintió a gusto en Madrid, fábrica de penas y miserias para él, y hasta le odió en sus últimos años. En su cuento *Memorias de un pavo* —publicado en 1865, en *El Museo Universal*—, Bécquer confiesa: «Ya estamos en la Corte. He necesitado que me lo digan y me lo repitan cien veces para creerlo. ¿Es esto Madrid? ¿Es éste el paraíso que yo soñé en mi aldea? ¡Dios mío! ¡Qué desencanto tan horrible! El sol llega trabajosamente al fondo de sus calles, cuyas casas parecen castillos; ni un mal jaramago crece entre las descarnadas junturas de las piedras...» (Personalmente juro que las casas madrileñas de la época de Bécquer se parecen a castillos como un galápago al lucero del alba. El rencor obnubilaba la razón del vate sevillano.) Bécquer amó apasionadamente Sevilla, Toledo, Soria, el monasterio de Veruela, escenografías muy adecuadas a sus ensoñaciones.

Además... ¡bueno estaba Madrid entre 1854 y 1870 para fijarse ni de refilón en poetas pálidos y sin blanca, en criaturas sin redaños para colocarse delante de la batería escénica! Porque la capital, durante aquellos años fue protagonista, casi monologuador, de sucesos tremendos con los que se iba haciendo historia para el futuro. ¡Y qué historia, cielo santo, marimorena diaria

de sobresaltos y pasmos, emboscadas y barricadas, conspiraciones de gran guiñol, subversiones y revoluciones a diferentes escalas! Como enseguida comprobaremos. 1854: pronunciamiento del general Dulce al frente de la Caballería, algarada de tiros y sablazos, llamada la *Vicalvarada*; las turbas prenden fuego en el palacio de la reina doña Cristina y bloquean el de la reina doña Isabel; nuevo Ministerio el del general Córdoba, que ha pasado a la historia con estimulante título de *Ministerio de las cuarenta horas*; gran regocijo callejero con la lectura, en volanderas octavillas, del *Manifiesto del Manzanares*, salido del cacumen malagueño de Cánovas del Castillo; nuevo Ministerio del duque de Rivas (el *Ministerio de las barricadas*); nuevo Ministerio de Espartero con el general O'Donnell en el Ministerio de la Guerra. 1856: nueva juerga revolucionaria callejera durante los días 14 y 15 de julio, con luchas entre las tropas y las milicias, siendo ametralladas y disueltas las Cortes Constitucionales, y huyendo furtivo hacia Logroño el bravucón de Espartero; nuevo restablecimiento de la Constitución de 1845 y de su Acta Adicional; el presidente del Gobierno, general O'Donnell plantea la llamada *crisis del rigodón*, al haber sido desairado por la reina doña Isabel, con la que el general pretendía marcarse un rigodón, sin la menor intención frívola. 1858: Madrid empieza a poder bañarse a diario y a lucir fuentes y fuentesillas públicas gracias a la llegada a la capital de las aguas del Lozoya, traídas casi de la mano, con mucho mimo, por Bravo Murillo. 1859: conmoción general: España declara la guerra al Imperio marroquí. 1860: Madrid colecciona victoriosas acciones en Marruecos: los Castillejos, Tetuán, Wad-Ras; entrada triunfal en la Villa y Corte de los ejércitos victoriosos, con derroche de cohetes y de palomas y de balcones engalanados y de pasodobles marciales. 1861: el bizarro general Prim marcha a Méjico al frente de una expedición bélica. 1862, 1863, 1864... Se suceden los Ministerios con rapidez, síntomas y desenlaces estridentes en las calles y en la Prensa: el de O'Donnell, el del marqués de Miraflores, el de Arrazola, el de Mon, el de Narváez. 1865: la famosa trapatiesta estudiantil durante la noche de *San Daniel*, motivada por el artículo de Castelar *El*

*rasgo*, en el que se dejaba poco menos que en cueros la moralidad... crematística de doña Isabelita, ya metida sin pudor en las castañuelas y pandereta de su reinado; fuerte invasión del cólera morbo en el mes de octubre, con diarias y estentóreas y públicas rogativas ilustradas con imágenes y pendones, escapularios y cirios, 1866: pronunciamiento de don Juan Prim en Villarejo de Salvanés. Pronunciamiento del Cuartel de San Gil. 1868: más Ministerios relámpagos: González Bravo, marqués de La Habana... En Madrid se comentan hasta la congestión las noticias de la batalla de Alcolea entre las tropas gubernamentales del marqués de Novaliches y las revolucionarias del duque de la Torre. En Madrid forman una Junta Revolucionaria Madoz, Nicolás María Rivero, Romero Robledo, Figuerola, Estanislao Figueras, marqués de la Vega de Armijo... Doña Isabel II, que veranea en San Sebastián, huye a Francia... Gobierno provisional presidido por el duque de la Torre... 1869: Cortes Constituyentes y promulgación de la Constitución. Regencia del duque de la Torre. Ministerio de Prim. 1870: la corona de España se pone en subasta. Prim defiende en las Cortes la candidatura al trono de España de don Amadeo de Saboya, quien queda elegido el 16 de noviembre...

La anterior enumeración de tan tremebundos sucesos, acaecidos en Madrid entre 1854 y 1870, convencerán sin más a mis lectores de que, como aseguré, no estaba la Villa y Corte para dedicarse a buscar con candil a una criatura pálida, melancólica, sevillana, llamada Gustavo Adolfo Bécquer, cuyas obras y acciones no podían ser menos llamativas. Más gráfica aún la noticia: que el horno histórico a máxima presión no estaba para bollitos nutridos de sentimentalismos y vacilos de Koch. En tan trepidante período de dieciséis años, cuando sólo preocupaban la política y las manifestaciones sociales, Madrid no tuvo tiempo ni humor sino para una efemérides literaria que tenía algo de apoteosis escénica: la coronación de laureles en el Senado y por doña Isabel II, de la ya decrepita y todavía noble figura de don Manuel José Quintana, símbolo del arruinado neoclasicismo. Y vuelvo a preguntar: ¿Se comprende que entre 1854 y 1870 Bécquer fuera menos que una sombra, apenas esbozada en el cuadro pano-



rámico y tecnicolor de un Madrid abigarrado de cuarteladas y pucherazos electorales, crisis parlamentarias desvergonzadas, y conjuras de Gabinetes gubernamentales y de camarillas palatinas?

Si como ciudadano Gustavo Adolfo fue en el Madrid de su tiempo simple guarismo en una nómina de población flotante, como prosista y poeta apenas fue una figura pálida; esa figura apenas esbozada que se deja esquinera en el gran lienzo. Entre 1854 y 1870 el cotarro literario—con fuertes raíces de Ateneo, Teatro Español, botillerías y tertulias—estaba mangoneado tiránicamente por los representantes «oficialmente diplomados» del primer Romanticismo: duque de Rivas, Hartzenbusch, Zorrilla, García Gutiérrez, Patricio de la Escosura, marqués de Molins... Un romanticismo derivado del violento y gritón Víctor Hugo y del ayeante y delirante Byron, y al que se había sumado ya la primera hornada del melodramatismo: López de Ayala, Núñez de Arce, Campoamor. Pero conviene advertir que a estos escritores les mantenía en actualidad y jerarquía no sus obras, sino *los matices políticos* a los que cada uno de ellos se habían alapado cucamente, pues que algunos de ellos fueron ministros, diputados, senadores, altos je-

fes de la Administración, profesionales todas ellas carentes de romanticismo. La atormentada y tormentosa España isabelina no dio para más en sus letras: una docena de santones y otra docena de acólitos. Todos los demás: bultos, pobreza y miserias errantes por la Villa y Corte.

Pero Bécquer y sus amigos no pertenecieron al tal primer Romanticismo literario, estridente, sino a un segundo Romanticismo derivado de Heine; romanticismo suspirante, ayeante, muy apegado a la soledad, huidizo del énfasis y jamás sometido a la «áurea prosa» de la política de altura en ejercicio. Este segundo romanticismo entrañable nació y murió en la indigencia y sólo tuvo escenarios propios en casas de huéspedes de diez reales, en tabernas y hospitales, redacciones de periódicos muertos apenas nacidos. Resulta inútil rastrear entre 1854 y 1870 en la vida literaria madrileña las huellas de Bécquer y sus amigos más afines. No bullen en ninguna de las secciones y veladas del Ateneo; acaso ni pusieron los pies en él. No figuran en las plantillas de periódicos de alguna importancia. No asisten, ni por excepción, a las tertulias literarias más afamadas: duque de Frías, duque de Vistahermosa, marqués de Molins, Gertrudis

Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado. Resulta no menos difícil hallar en la prensa de Madrid algún elogio para Bécquer firmado por crítico o comentarista de prestigio: Castro Serrano, Manuel de la Revilla, Manuel Cañete, Manuel del Palacio, Pedro José Pidal, Ferrer del Río, Leopoldo Augusto Cueto, Mesónero Romanos, Fernández de los Ríos, Miguel de los Santos Alvarez, Adolfo de Castro, Fernández Espino... Ni siquiera cuando Bécquer trabajó con asiduidad en *El Contemporáneo*, dirigido por José Luis Albareda, logró arrancar entusiasta elogio de algunos de sus compañeros de redacción: Castelar, Lorenzana, Pérez Galdós, Asenjo Barbieri, Tassara, Núñez de Arce, Fernández y González...

No comparecen tampoco en el saloncillo del Teatro Español, lugar obligatorio para el catecumenado del género escénico, y no olvidemos los pinitos teatrales de Gustavo Adolfo. Bécquer y sus amigos fueron como unos muy modestos francotiradores literarios; menos aún: como unos cazadores furtivos de piezas menores de pelo y pluma por las afueras de Madrid. Y del amical grupo, fue Gustavo Adolfo el más retraído, el más insolidario y tímido, acaso obligado por su tuberculosis y sus ensueños. ¿Cómo

Posiblemente entre las "Leyendas" de Bécquer es la más conocida ésta de "El Caudillo de las manos rojas", la cual, publicada en folletín, permitió almorzar durante una semana a los "cuatro inseparables": Campillo, Nombela, García Luna y el autor.

## FOLLETIN.

EL CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS.

TRABAJOS EN LA

por don Gustavo Adolfo Bécquer.

(Continúa.)

VII.

No cuando el viejo mercader de Kattak abandonó su aldea para adueñarse en su dominio al soberbio león de la montaña, sino cuando el león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

Y venir a buscar la vida? Imposible. La vida es el imperio de la conciencia.

VIII.

El sol toca a la mitad de su viaje, y Polo a su término. El sol, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

IX.

El último de estos sucesos, que recordados en amor por la divinidad, han conagrado su día a su memoria, es el momento en que el león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

las serpientes danzaban a su vez, que los esclavos le traían su alimento, y que el grito de aquellas voces, a quien daba la inmutabilidad, le reveló los arcanos futuros. Otros aseguran que el mismo es otra cosa que un espíritu bajo las formas de un hombre.

X.

¿Quién es? ¿De dónde vino y qué hace? Se ignora; pero se sabe que no es un hombre, sino un espíritu, que, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XI.

Polo llega a través de las zarzas que crecen como un feto los bordes del terreno, hasta a entrada de la gruta. Allí, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XII.

Consultarte.—Hable.—Yo he cometido un crimen, un crimen horrendo, cuyo recuerdo ahuyenta mi alma como una pesadilla eterna; en vano recurro a las alabanzas de Bécquer; las penitencias que me imponen han sido inútiles; el remordimiento vive en mi corazón; el fantasma de la víctima me sigue a todas partes, se ha hecho la sombra de mi cuerpo, el rumor de mis pasos. Tú, a quien los dioses se dignan revelar, tú, que llevas el poder en la mano y en las arenas que arrojan los vientos, ¿podrás librarme de este fantasma? ¿Podrás librarme de este crimen? Cuando la sangre que mancha los...

en todo me oculta, hay desahogado, me llama el terrible Bécquer lanzando una mirada de indignación al príncipe, que permanece aterrado ante aquella gruta de la sabiduría del silencio.

XIII.

—¿Me conoces? pregonaba Polo al fin saliendo de su estúpido.—No lo conozco; pero se quién eres.—¿Quién soy?—El príncipe de Tíbet. El príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XIV.

—Ahora bien, pues conoces mi delito, dime la manera de hacer que desaparezcan de mis manos esas terribles manchas. El Bécquer permaneció en silencio y el príncipe prosiguió.—¿Qué me amanece todo, no puedo borrar esas manchas?—Lo ignora; pero se quién eres.—¿Quién soy?—El príncipe de Tíbet. El príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XV.

Lo que pasó en aquel recinto se ignora: la tradición guarda una eterna calma, y el príncipe por quien se supo había vagado de arroyos montañas y aldeas que se precipitan en las ondas del torrente, para...

XVI.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XVII.

Las palabras del día se guardan y son estas: A veces marcado por Schiwen con un sello de eterna infamia, voy a dar mis consejos para que puedas escapar tu crimen; pero por las orillas del Ganges y a través de los pueblos feroces que habitan sus orillas hasta encontrar sus fuentes. El príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XVIII.

¿Quién es ese peregrino que se acerca en un gremio extraño de júbilo, y que en la sala compaña de una mujer hermosa pero humilde y atada, sale por una de las puertas del Kattak al mismo tiempo que la luna se levanta sobre los rayos del astro del día? El príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XIX.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XX.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXI.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XXII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXIII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XXIV.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXV.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XXVI.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXVII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XXVIII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXIX.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XXX.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXXI.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XXXII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXXIII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XXXIV.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXXV.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XXXVI.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXXVII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XXXVIII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XXXIX.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XL.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XLI.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XLII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XLIII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XLIV.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XLV.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XLVI.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XLVII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

XLVIII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

XLIX.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

L.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LI.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LIII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LIV.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LV.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LVI.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LVII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LVIII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LIX.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LI.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LIII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LIV.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LV.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LVI.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LVII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LVIII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LIX.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LI.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas llamas de Nepal; ya son visto a Bécquer, el príncipe de Tíbet, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león. El león, al salir de su cueva, se encontró con el viejo mercader, que, al salir de su cueva, se encontró con el león.

LII.

También han pasado el tiempo a la sombra de los incensarios pillos de Tíbet, cuando se paraba a la puerta de la gruta, presentando una frente de miel y flores al príncipe protector de Alah-shed, real que daba su nombre...

LIII.

Los peregrinos tocan al término de su viaje, ya han dejado a su espalda las feroces y tempestuosas ll





HISTORIA DEL PAVO.

Aun no clara la natura custodió un gallo, compañero de corral, me anuncia que es la hora de salir al campo a procurarme la comida.

Entrebro los sedientos ojos, sacudo las plumas y léteme aquí calzado y vestido.

Los primeros rayos del sol lojan resbalando por la falda de las montañas, danzan el viento que sube en azules espirales de los rios chimeas del lugar, brillan-

tan las gotas de rocío escondidas entre el césped y resplandecen con un inquieto punto de luz en los pequeños cascotes de vidrio y loza, de platos y pucheros rotos que diseminados acá y allá en el montón de estiércol y basuras a que se dirigen mis pasos; lingen, ó la distancia, una brillante constelación de estrellas.

Allí, ora distraído en la persecución de un insecto que huye se esconde y torna a aparecer; ora revolviendo

con el pico la tierra húmeda, entre cuyos terrones aparece de cuando en cuando una apetitosa lombriz, dejo trascorrir todo el espacio de tiempo que media entre el alba y la tarde. Cuando llega ésta, un matoso ruido de aguas corrientes me llama al borde del arroyo próxima donde al compás de la música del aire, del agua y de las hojas de los álamos, sibilan el chanco de mis oscuras plumas, hago rula sibilan la inocente pava, señora de

Uno de los pocos cuentos de Bécquer es éste: "Historia del pavo", escrito para "El Museo Universal" y por el que recibió Gustavo Adolfo veinte reales... y un pavo "vivito y coleando"



de tarde y noche,  
o.

de esta corte y de  
puestas dificultades  
dicen surgir para  
matrimonio civil,  
ate: 1.º en que los  
pedir las certifi-  
presentar los inte-  
municipal ó exi-  
s indebidos; y 2.º  
canónicamente la  
rados de parente-  
tia ó no impedi-  
ontraer matrimo-  
ra del cuarto gra-  
emos que dichas  
orias, porque ia  
en el artículo 25  
arreglo al que se  
la obligación de  
las 24 horas si-

Se ha concedido la gracia de guardia  
marina con uso de uniforme á D. Ma-  
nuel Sibat y Llopar y á D. Benigno Do-  
menech y Amell.

Hoy á las diez de la mañana ha falle-  
cido en esta corte el distinguido y esti-  
mable escritor D. Gustavo Becker, bien  
conocido en la república de las letras.  
Hace mañana tres meses que murió su  
hermano el apreciable pintor D. Vale-  
riano. La pérdida de ambos es bien  
sensible. Mañana á las once será el en-  
tierre, saliendo el cadáver de la calle de  
Claudio Coello, barrio de Salamanca.  
Sirva este aviso para sus amigos, pues  
no se reparten esquelas.

Esta tarde se hacian comentarios en  
el Congreso porque el Sr. Moret no ha-  
bia ocupado su asiento en toda la tarde,  
y la verdad es que el Sr. Moret ha esta-  
do muy ocupado en asuntos de su mi-

*Los eruditos becquerianos afirman fue el diario de mayor circulación en Madrid: "La Correspondencia de España" no dio la noticia de la muerte de Gustavo Adolfo. Una vez más dan en la herradura los eruditos. La tarde del 22 de diciembre de 1870, la popular "Corres" dio la noticia: aquí está...*

podía concebirse en aquellos años a un literato de pro que no diera algún escandalazo amoroso, el mejor procedimiento y el de más pronta y fácil absolución social de la publicidad literaria de entonces? ¿Alguien duda aún de que Dolores Armijo y Teresa Mancha contribuyeron decisivamente a la fama literaria de Larra y Espronceda? Pues bien, Gustavo Adolfo ni supo dar el escandalazo amoroso. A la que pasa aún por ser su amor inspirador supremo, Julia Espín, parece ser que no quiso ni que se la presentaran. La «misteriosa dama de Valladolid», a quien se supone hoy musa y encanto becquerianos, aún está por identificar. Elisa Guillén, otra musa del poeta, es apenas silueta sin rasgos determinados. Con Casta Esteban Navarro, criatura anodina, caprichosa, altanera, se casó casi de tapadillo, en Madrid, el 19 de marzo de 1861. Y se separó de ella también a la chita callando, dejándola descompuesta y con dos hijos: Gustavo Adolfo Gregorio y Jorge Luis Isidoro, en algún rincón

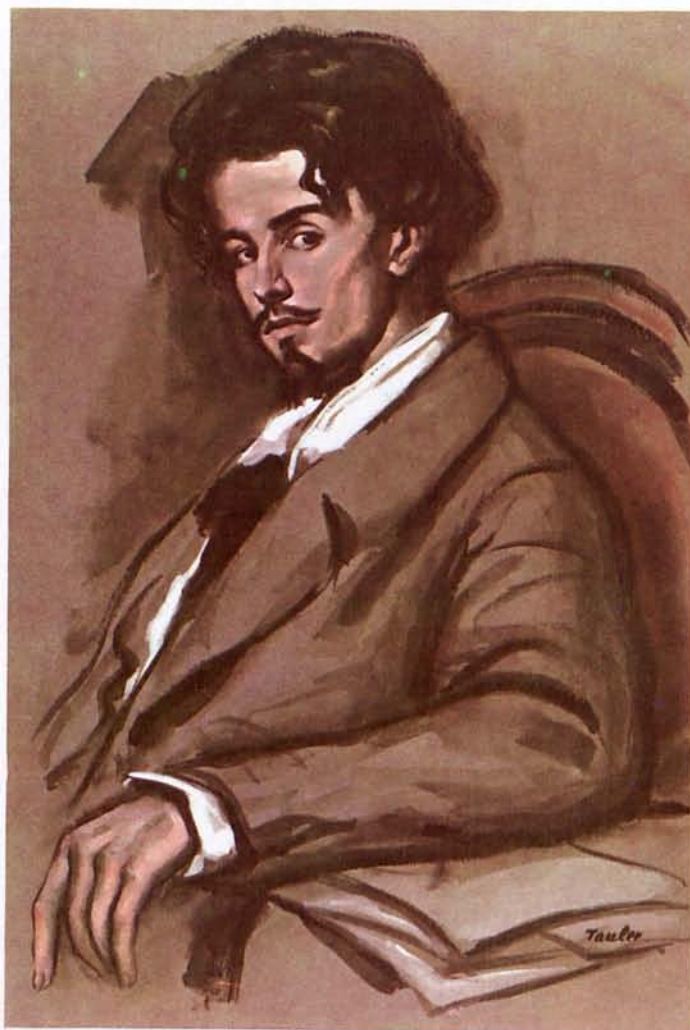
soriano; que romper el vínculo matrimonial, tan respetable en aquella época, sin escandalazo sólo podía hacerse en rincones como aquél o en otros semejantes de Teruel o Huesca, pongo por provincias sin el menor eco en el Madrid del siglo XIX. ¡Pésimo propagandista de su fama Bécquer! Quien, de pensión en pensión, a cual más modesta, y de calleja en plazuela, de ¡ay! en sollozo, de abatimiento en desistimiento, vivió en Madrid dieciséis años como una confusa sombra, como una furtiva silueta. Y desapareció de Madrid tal que sombra que se desvanece.

Exacto. Bécquer, sin fama, falleció en Madrid poco menos que anónimo. Y digo «poco menos» pues que algunos periódicos dieron escueta y fría la noticia del óbito. Pero resulta raro que un erudito como Pageard, en su artículo «La mort de Bécquer dans la presse de son temps» — aparecido en el *Bulletin Hispanique* de octubre de 1957—, afirme que *La Correspondencia de España*, el diario madrileño de ma-

yor circulación, ni siquiera insertara la noticia. Y más raro aún que no le rectifique otro erudito, José Pedro Díaz, de quien tomo la anterior nota, y autor de un excelente estudio sobre Bécquer — 1964, Madrid—, quien, declara él, se apoya en un texto de Nombela. Porque la verdad es que *La Correspondencia de España*, en la noche del 22 de diciembre de 1870, publicó en la página tercera, columna quinta, la siguiente referencia: «Hoy, a las diez de la mañana, ha fallecido en esta corte el distinguido y estimable escritor don Gustavo Bécquer (*sic*), bien conocido en la República de las Letras. (Se iniciaba, apostillo, la fama póstuma, que empezaba por distinguida y estimable.) Hace tres meses que murió su hermano, el apreciable pintor don Valeriano. La pérdida de ambos es bien sensible. Mañana, a las once, será el entierro, saliendo el cadáver de la calle de Claudio Coello, barrio de Salamanca. Sirva este aviso para sus amigos, pues no se reparten esquelas»



# MADRID, BECQUER, POETA, CIUDAD



POR TOMÁS BORRÁS

Debemos explicarnos de una vez para los años, cariñosa, razonadamente. Tú tienes leyenda—¡desgraciado el que figure en la lista de los célebres y carezca de esa aureola!—; va en detrimento de la mía. Aclaremos los hechos. Si te parezco picajoso, recuerda que para leyendas, pero negras, la de Madrid, salvo la mayor, que tizna a Felipe el Segundo.

Por lo cual deseo sacudirme la tacha: Bécquer padeció en Madrid, pasó hasta hambre; Madrid no supo de él, fue como el peor padrastro. Tú sabes la verdad. Permíteme que desarrolle mis títulos de verdad ante todos y los que sigan.

Llegaste, te desilusionaste de mí. Eso les ha sucedido a cuantos ingenios y aun a los topos. Los muchos que subieron por la cuesta de San Vicente, apenas el tren les depositaba en mis orillas, y los que se apeaban en Atocha o en los ferrocarrilitos menores, sen-

tían la basca de Madrid. ¿Y esto era lo que habían soñado? Tú lo habías soñado y te desoñaste porque te repelí. Quiénes dicen que yo sabía a agrio (en su hora madrileña primera), quién que era el villorrio, no la villa, el otro que sólo carretas, guardillas, lavanderas y mozos de cuerda; el más leído y escrito recordaba la frase de Teófilo Gautier: «Empedrado con bocas de perro que muerden.» Tu fecha de empadronamiento, 1854.

O sea Isabel la Segunda, Amadeo en seguida, un desnivel muy marcado, casas angostas, calles costanilleras, vidas más estrechas aún. Arriba el señorío, la Corte, la ostentación, el palacio. Si pópulo manolesco, molinero y raez, pueblo padecedor, también enlevitado pueblo, el de sombrero de copa alta y berlina o landó. Romerías aldeanas, pero noches del Real, plazuelas con aguadores alrededor de fuente churriquerosa, más ora-



dores demostenianos en las Cortes, la taberna, pero el Ateneo. Cuidado con equivocarse, querido hijo, Gustavo Adolfo.

Por algo te he llamado hijo, como llamo padre a Galdós, uno de los que me han hecho, y por mí adorado. Este cuando llegó no dijo que Madrid era rezago de los parises y londones. Supo sacar de mi meollo la sustancia para lanzar desde la sustancia la forma, sin imitar formas ni médula de allá. Sabía que acá podíase manejar bastante materia para componer la estatua. A ti no te reprocho que te inhibieras de mí. Que sólo yo pusiera y tú sacaras, Gustavo Adolfo. No, ni se lo reprocho a los que a ello vienen. Madrid, cantera explotada; Madrid, contento de dar de su alma. Lo que quiero dejar fijo es que cada cual fuimos por nuestro lado. (El tuyo fue Toledo, Avila, el camino romántico.) Pero que, no obstante tu disgusto empachado de mi insignificante palurdez, aquí te quedaste. Como todos los que de mí murmuran y sacan: ninguno me deja.

¿Qué sucedió después de tu poco amistosa llegada? Venías de la deslumbrante Sevilla. ¿Se podía rivalizar con ella entonces? Sevilla, la maravilla. Madrid, la Babel de una desordenada casa de huéspedes nacionales. Tenías que añorar Sevilla. (Te confieso que a mí que me han dado parte cuantiosa de mi carácter los andaluces, también añoro abrazarla. Pero estoy atado a mi Manchuela; porque has de saber que hay Mancha y Manchuela; yo soy de la pequeñaca.)

Sucedió—recobro el hilo—que de una fuiste el sanchesco Domínguez; de otra, el alado ensoñador Bécquer. Tu registro me dice que te llamabas, por familia legítima, Gustavo Adolfo Domínguez Bastida y Bécquer. Mira, hijo, te voy a descubrir el severo secreto, la metafísica lección que yo, Madrid, cedo a los que se me acogen: cada hombre está escindido en dos. El cuerpo exige lo que le conviene, es el subsistir; el alma ansía lo que la perfecciona y comunica: es el pervivir. Subsistir y pervivir dicen dos modos de vida. No se puede anular ninguna de ellas. Si el hombre abandona su propio existir, cae en aquello que en tus tiempos—como míos—denominábamos bohemia. Si por desánimo—des-animado, sin ánima—se entrega tan sólo a la faena, monótona, pero eficaz, de subsistir, el alma se apaga, él se desalma. Gentes hay, tú las has visto, que parecen de obtusa, sorda, densa pana. O de sordo, denso, obtuso corcho. Hanse dejado el alma repateada por mis calles suntuosas, han cebado el cuerpo, están en sopor del que no saldrán. Lo ultrafísico—quiero decir mimar lo físico—es un modo de evasión de la pesadumbre y acedía del vivir. Por el contrario, si sólo la alada psiquis, la mágica mariposa vaga como llamita encendida, ingrávida, sin cuerpo, de luz en luz, de ilusión en hechizo; si se es alma tan sólo pura y musarañera, cae, se anega, y pronto, en el mar de la aniquilación fisiológica y perece por no haber alimentado el soporte, el cuerpo mortal. ¿Comprendes?

Yo he sido y soy ciudad de abusos de esos extremos. Cuento a los que descuidaron su mitad carnal, porque se sentían tan sublimes que aceptar esa subsidiaridad de lo cosabido, la función biológica, le parecía traición a la idealidad sublimada. Yo te inculqué—no a ti precisamente, Bécquer, sino a Domínguez Bastida—el acatamiento a lo mortal, a la parte que

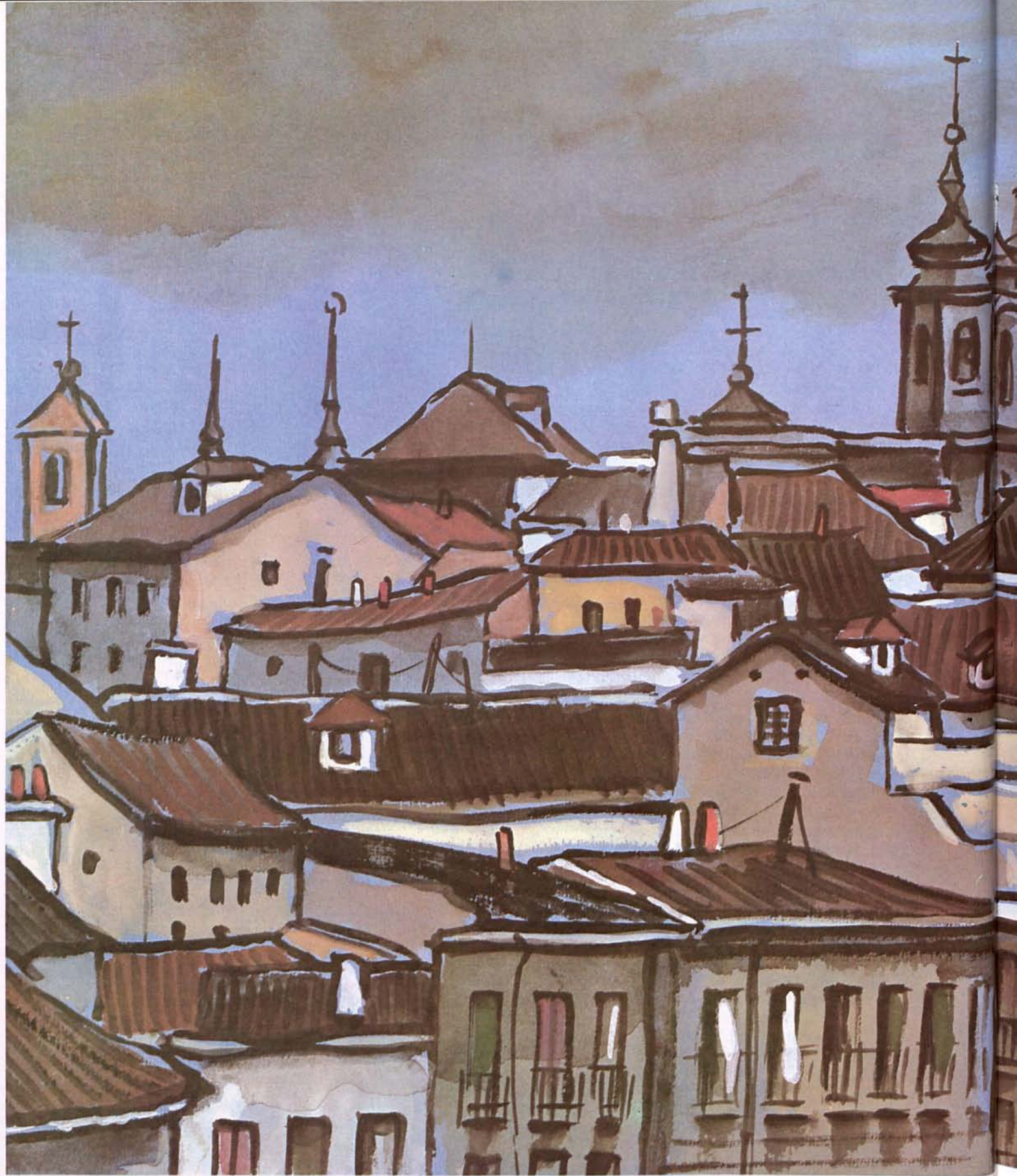
aquélos calificaban de bruta. Como Domínguez Bastida te coloqué en covachuelas que producían lo bastante para el cocido prosaico, aceite que mantenía encendida la lámpara invisible. Después te hice censor de novelas, contra tu natura. Más tarde te incliné sobre los pupitres de las redacciones, glosando la cotidiana noticia, repugnada por los ínclitos espirituales de antipoética. Domínguez Bastida me obedeció, y de ello la existencia de Bécquer, que aspiraba a éteres sin volumen, evasiones líricas, evanescencias sensitivas, fantasías extrahumanas, vuelos entre neblinosas transparencias.

¿Qué hubiera sido de ti, Bécquer, si yo no sujeto a disciplina humilde a Domínguez Bastida, tu mitad? Otro Pedro Marquina, con su desgarrado despecho:

*Con genio y sin un nombre, oscurecido,  
y con la luz del arte el alma llena,  
cayó tras lucha estéril en la arena  
como el robusto gladiador herido.  
Ni un triste aplauso acarició su oído,  
aunque dio grandes obras a la escena,  
vivió y pasó del mundo inadvertido,  
lleno de angustia, de dolor y pena...*







Ese hubiera sido el resultado si yo, Madrid, no te infundo la idea y te obligo al hecho de abatir, por algunas horas, las alas de la divagación para laborar a lo hormiga terrena, y saciar las apetencias del cuerpo, el pobre, pero honrado, que podría llamarle un Cervantes. Si yo, en vez de ciudad sensata, dura en competencia y abatedelirios, fuera ciudad de floreo tan sólo, versificación del día y coqueteos con la realidad,

huyéndola—la ruda realidad que pesa, pero sostiene—tú, hijo Gustavo Adolfo, no hubieras nacido.

Pues pudiste nacer al amparo de los logros, comodidades y seguridad que te proporcionaba Domínguez Bastida, arrastrado al trabajo manual y pedestre por mi imposición. Cuando llegabas a tu nido, en la calle de Claudio Coello, o al último, aquel con jardín del





Barrio Peninsular, empezabas a ser tú porque antes habías sido tú Domínguez. Desdoblado, como te sentencié, la parte del músico de la rima y del descubridor de cielos de polvillo de mariposa, sin otra preocupación que la melodiosa exactitud transcrita en canto, dejaba ir el mirar al azul y lo divino que lleváis escondido los hombres hacia la estrella que sólo tú veías. ¿No era compensación? ¿No era beneficio? ¿No aca-

tamiento a la ley de vivir y cultivo del fresco huerto milagroso, después de haber desgastado la fuerza en la cantera?

Esa fue mi obra, Gustavo Adolfo. Esa y enseñarte cómo la mejor musa es la de carne y hueso, que después enunciaría en proverbio retórico otro poeta como tú. Casta, Julia... Cualquiera de las dos, pero una bas-



tante a satisfacer tu hambre de otra alma, que las almas viven unas de otras. Bajo la sombra de la musa de carne y hueso pudiste proseguir tiempo mayor, Gustavo Adolfo. Ahí no tenía yo imperio. Obedecía solamente a tu llave de oro. Y fuiste desgraciado por no dejar acceder a Domínguez al arca cerrada de tus amores. Hiciste de lo corpóreo lo iluso, amabas dentro de ti, el amor estaba dentro de ti; no podías aceptarlo de la mujer. Curioso que el sentimiento de Bécquer sólo se nutra de sí mismo. La Mujer era tu letra mayúscula; una mujer, otra mujer, no eran «la» que tú habías entrañado, coloreado. Madrid, en ese trance de crisis de verdad y anhelo, no podía decirte nada. Sólo mirarte ir a la desesperación.

En fin, y como beneficio último, si tú desparramaste como un aleluya del gozo la tristeza, tus versos frágiles—tan frágiles que serán eternos—quien los recogió, buscó, halló, coleccionó, popularizó, fue, Madrid tuyo, el que lo cumpliera en favor de su hijo—pues que formó su alma y dirigió su vivir—, y Madrid y sus madrileños no permitieron, Gustavo Adolfo, que murieras, y así, vives y vivirás. Y ahora mismo, en el centenario de tú quedarte solo, ¡Dios mío qué solo, como

todos los muertos!, cada día, a toda hora, una muchachita delicada, un hombre con aladares de nieve, un adolescente crédulo, los que procuran sufrir de amor, entran en mis librerías y preguntan con timidez: «¿Bécquer?» Salen con un librito muy pequeño en la mano; de una de las infinitas ediciones que se lanzan mes a mes de tus hojuelas de árbol quemado, recogidas al pie de tu tumba por madrileños.

Gustavo Adolfo, esta lección tuya y mía es para los demás. Todo es lección, y principal la de la desventura: Madrid, yo, recuérdalo en los Elíseos, asegura, centra, acendra, aploma, endurece, pero consiente, afina, eleva, immortaliza.

\* \* \*

*Esto es lo que pudiera haberle dicho Madrid a Bécquer en 1971, si se uniesen alguna vez el Alfa y el Omega, el Cenit con el Nadir para comprenderse en la unidad de Úrania.*

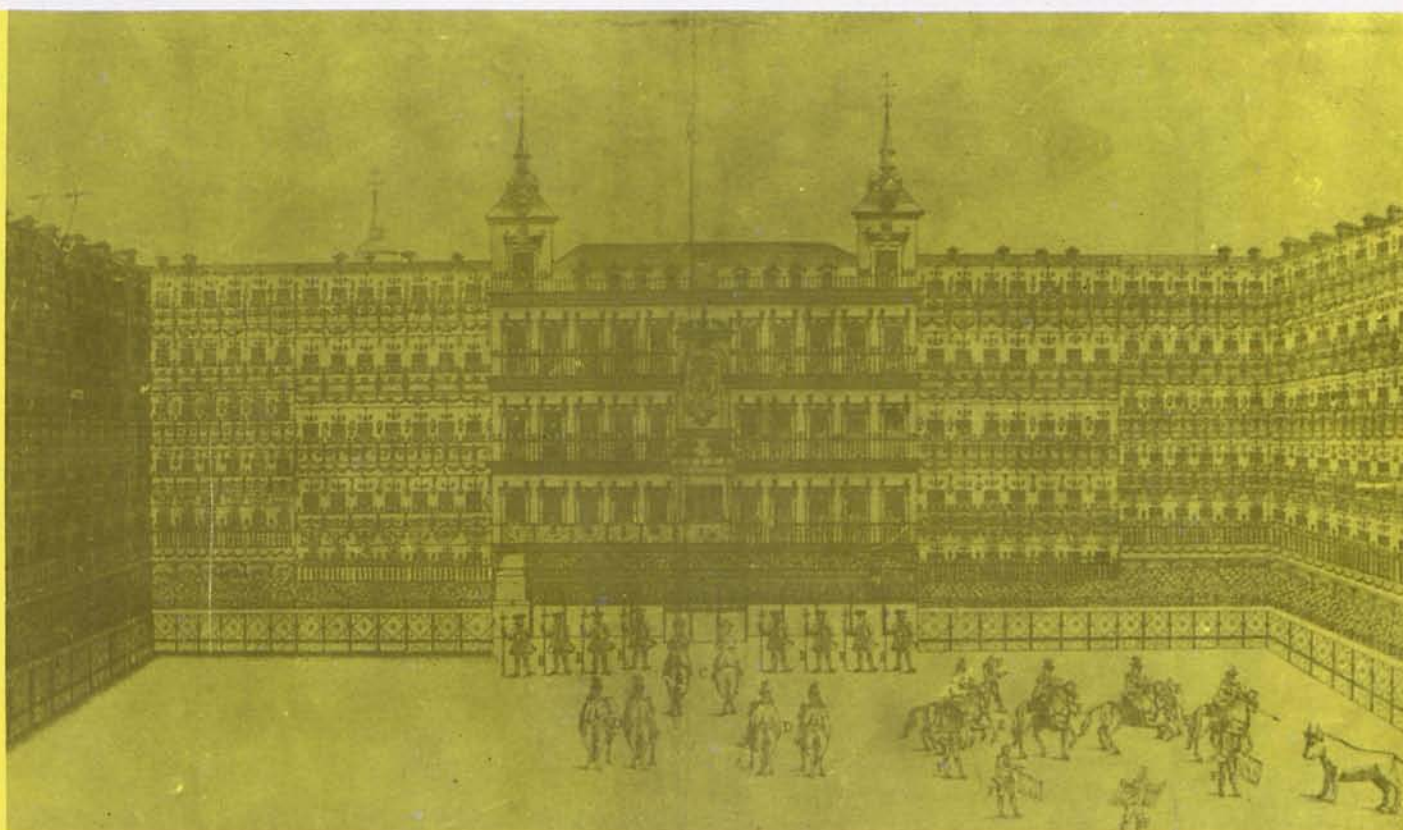
T. B.





# LA PLAZA MAYOR Y SUS FIESTAS

ANTONIO DE SOROA PINEDA

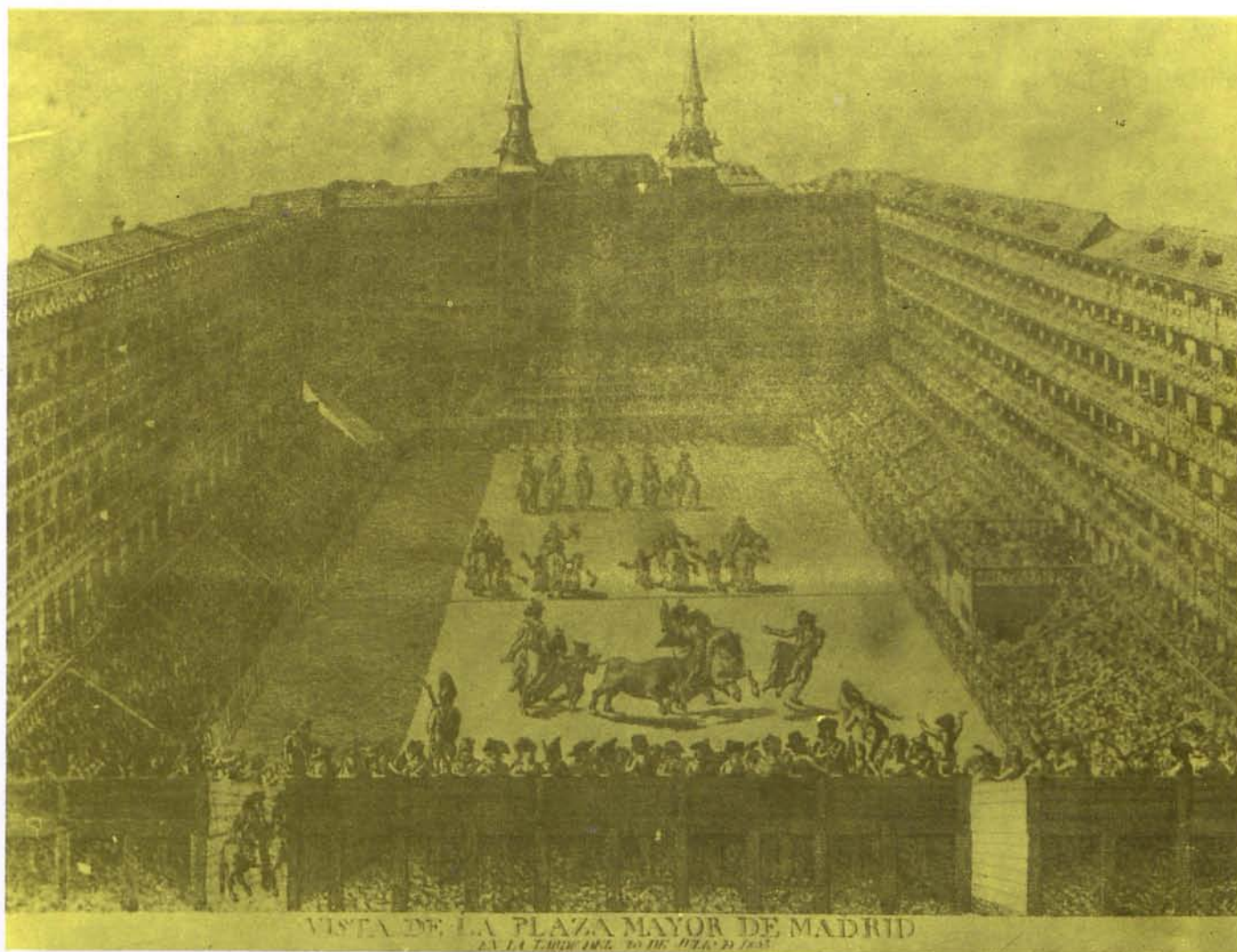


En el último día de la pasada primavera dieron su fin las magníficas fiestas medievales que en el histórico recinto de nuestra Plaza Mayor se han celebrado. Los aficionados a leer episodios antañones de nuestra Villa y Corte habrán gozado viendo los festejos que organizó el Círculo de Bellas Artes, en estrecha colaboración con nuestro Ayuntamiento. El escenario era maravilloso.

Cuantos conocen las viejas crónicas, la interesante historia del pueblo madrileño, sobre todo en la época de los Felipe III y IV y sus inmediatos sucesores en

el trono, se habrán dado buena cuenta de que en aquellas Cortes no se regateaba ningún regocijo y siempre que era posible se hacía partícipe al pueblo de cualesquiera fiesta que se inventase, salvo, como es natural, las reservadas en regias posesiones, concretamente en el Real Palacio del Buen Retiro. Y teatro de tales fiestas sin cuento, de todo estilo, alegres y téticas, protocolarias para recibir futuras soberanas y embajadores, motivos de religiosidad hasta extremos fanáticos, mascaradas, justas y torneos, toros y cañas, tuvieron por escenario la grandiosa Plaza Mayor, con





el aval en sus hechos de interesante y curiosa historia, referida por nuestros más ilustres cronistas con prolijidad de detalles.

Los vaivenes de la política hicieron reiteradas veces que el nombre de esta plaza fuese variado en ocasiones diversas. Vaya por delante que este gran recinto es una de las joyas urbanas que Madrid puede mostrar a la vista de forasteros y aun de sus propios habitantes. Plaza admirablemente trazada, en tiempos de Felipe III, rey madrileño, pero que se llevó la Corte a Valladolid, siendo los artistas de la obra Sillero y Gómez de Mora, maestros alarifes del Concejo, obras que se iniciaron en 1617 y concluyeron en 1619. Es de advertir que el gran artífice Gómez de Mora fue quien hizo el actual Ayuntamiento (1638-1656), planeó el Real Palacio de El Pardo, luego restaurado por Sabatini; el del duque de Uceda, en la calle Mayor, que luego adquirió el Estado para sede de los Consejos de Ordenes Militares, Hacienda, etc., y hoy lo es del Consejo de Estado y de la Capitanía General; edificó igualmente el Monasterio de la Encarnación, que fundó la reina Margarita de Austria (1611-1616), y así otras muchas obras que engrandecieron nuestra capital.

La Plaza Mayor ha sufrido en el transcurso de su

larga existencia por lo menos tres importantes incendios, que la dejaron medio destruida en sus Casas de la Carnicería o de la Panadería. El primero de ellos fue en julio de 1631, luego en agosto de 1672 y, finalmente, en el mismo mes de 1790, tras el cual su conjunto fue restaurado por el arquitecto madrileño Juan de Villanueva, quien tuvo la iniciativa de cerrar con arcos de medio punto las entradas de sus diez calles: Arco de Cuchilleros, Toledo, Botoneras, Gerona, Zaragoza, Sal, Felipe III, Arco de Triunfo, Siete de Julio y Ciudad Rodrigo. Consta, además de esos nuevos arcos, de otros noventa y ocho formando un bonito paseo de soportales en los cuatro frentes de la plaza. Antiguamente, en aquella época de los Austrias a la que me he referido, los cortejos para las fiestas procedentes del Buen Retiro seguían por la calle de Alcalá, Puerta del Sol y calle Mayor hasta la de Ciudad Rodrigo, para entrar por ésta a la Plaza Mayor. El regreso se efectuaba saliendo por la de Gerona, Atocha, Carretas y Carrera de San Jerónimo. Era esta gran plaza el lugar más amplio, más apropiado y bello para todos los festejos de Madrid, y aun hoy mismo sigue siéndolo.

Como decía anteriormente, esta plaza se conoció en



sus primeros tiempos con el nombre del Arrabal por estar extramuros de las murallas y Puerta de Guadalupe, cercana a Santa Cruz. Cambió de nombre unas ocho o diez veces, llamándose alternativamente de la Constitución (1812, 1820, 1835, 1874), Real (1814 y 1823), de la República o República Federal (1873) y Mayor, que es la más conocida, es decir, conforme al matiz político de los gobiernos.

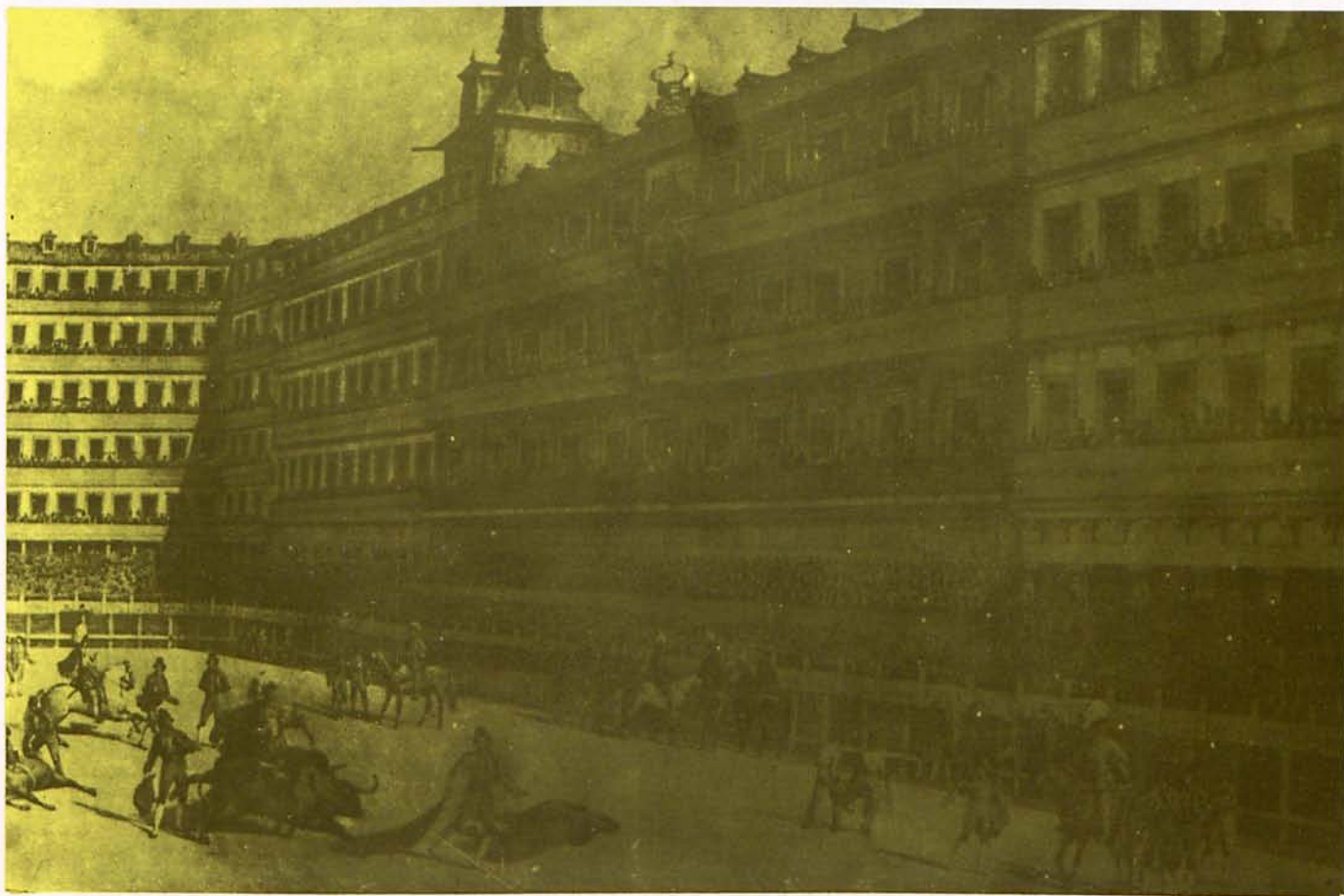
En viejas y curiosas estampas que se conservan en el Museo Municipal (actualmente en nuevo ordenamiento y bajo la inteligente y celosa vigilancia de su director, señor Delgado) se recuerdan los diversos incidentes, que han quedado consignados, y en la adjunta reproducción se ve cómo fue invadida por las llamas la Casa de Carnicería.

Puede decirse que gran parte de la historia madrileña de la época de los reyes de la Casa de Austria, e incluso de los primeros Borbones, pudiera testificarla nuestra Plaza Mayor, pues fue teatro de sucesos memorables. Muchos de ellos están perfectamente referidos en una interesante obra de Deleito Piñuela sobre la vida de Felipe IV—al que critica posiblemente con excesiva severidad—, sobre todo en el volumen titulado «El rey se divierte». Pero sin llegar a ínfimos detalles, todos interesantísimos, incluso los de carácter simplemente anecdótico, relatados por mano tan maestra, diremos que todas las guías históricas de Madrid hacen amplia relación de cuanto vio la Plaza Mayor en toda clase de sus festejos.

Y como brevísimo resumen, para no hacer interminable este artículo, se consignará que en 15 de mayo de 1620, recién estrenada la plaza, se celebraron las

primeras fiestas para la beatificación del que luego sería San Isidro, Patrono de Madrid. Hubo procesiones y danzas, máscaras y encamisados, fuegos artificiales y otros recreos. Entonces ya se tasaron los balcones para presenciar esos espectáculos. En 2 de mayo de 1621 se levantaron aquí pendones por Felipe IV. En octubre que siguió degollaron a Rodrigo Calderón, que no mostró tanto orgullo como la gente supone. En 1622 hubo luminarias, altares, procesiones, comedias y otras fiestas más o menos místicas con motivo de la canonización de San Isidro, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri. En 1623, para celebrar la llegada del Príncipe de Gales—luego Carlos I de Inglaterra—, hubo corridas de toros en esta plaza, y también procesiones de penitentes y disciplinantes con sogas, cruces, coronas de espinas y algo más que exagera en sus tendenciosos relatos Fernández de los Ríos. En 1624, la Santa Inquisición celebró aquí sus autos de fe para juzgar a ser quemado vivo un falso sacerdote; después se celebraron otros actos análogos y espeluznantes, a los que asistía la familia real y el pueblo... En muy diversas ocasiones se celebraron toros y cañas, estafermos y bohordos, alanceos y justas, fuegos de artificio, danzas y toda clase de distracciones, y no faltaron concursos y justas literarias con representaciones teatrales, remedo muchas de ellas de las que se celebraban en el teatro que tenía Felipe IV en el Buen Retiro.

Haciendo la salvedad de que todas esas fiestas, empalmadas casi unas con otras, era cierto que ellas desviaban a los monarcas—sobre todo al cuarto Felipe—





del recto cuidado que debiera dedicar a salvaguardar los mayores intereses del reino, y que ese mismo soberano, fanático ante toda clase de diversiones, causó graves descalabros con pérdidas territoriales, en tanto que lograba, sin freno, toda clase de apetencias mundanas y satisfacciones a su sexo. Pero lo cierto fue que las fiestas que se celebraban en Madrid pasaron por las más famosas por su derroche de lujo y gastos fabulosos, entre todas las que tenían lugar en otras cortes europeas.

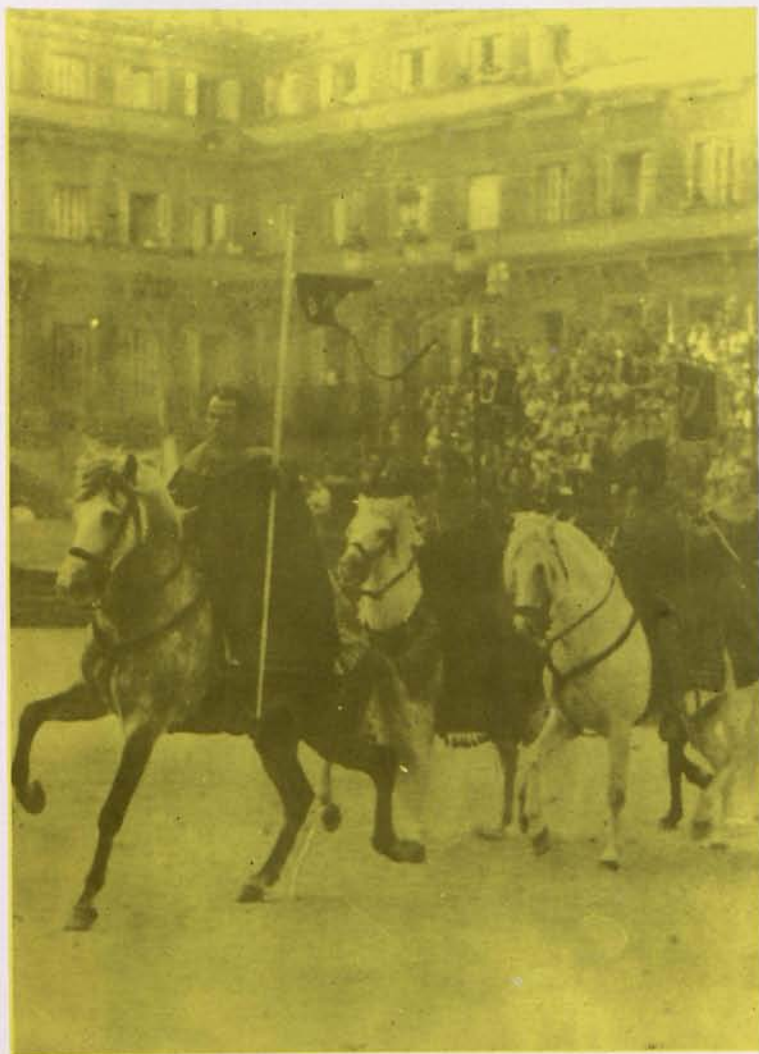
Ese teatro de sucesos, la Plaza Mayor, es, hoy como ayer y como siempre, un lugar espléndido, quizá la más bellísima plaza de toda España. Sin embargo, y con personalísima opinión, que ya sé no es compartida por muchas personalidades y críticos, diré que la estatua ecuestre del rey Felipe III desentonaba en este lugar, y veo la plaza mucho más bonita sin ese caballo tan alabado por otros, pero no por mí. En cambio, la parte escultórica del monarca, ésa sí que es estupenda y dejo de ella el detalle en una fotografía de primer plano. La estatua no fue regalo ni del Ayuntamiento de la época—regidor y corregidores—, ni siquiera del pueblo. Fue un capricho del propio monarca para ornato de su palacio en la Casa de Campo, donde estuvo colocada durante muchos años. Creo que podía estar situada en otro lugar, en algún parque moderno o antiguo, o incluso, como alguien pro-

puso, en el patio del Príncipe del Real Palacio de Oriente o en los jardines del Campo del Moro. La reina Isabel II la concedió a mediados del siglo pasado para colocarla en la Plaza Mayor, pero manifestó que *era propiedad de la Real Casa* y no del pueblo madrileño. Además, Felipe III se llevó la corte fuera de Madrid... En caso de poner una estatua en esta plaza, creo más justo que fuese la de su autor, Gómez de Mora. ¡Y que perdonen los que no opinen como el firmante, pero la sinceridad me inclina a dar mi opinión, la cual también es compartida por mucha gente!

En el tablado que se levantó ante el palco presidencial fue representada una función del teatro medieval, «La lozana Aldonza», obra inspirada en la gran picaresca de Francisco Delicado, en la que se resumía la vida épica de una aventurera española, con más sentido pagano que cristiano, llegando «la lozana» a Madrid, donde siguió su jornada celestinesca, pero cerró en la severa corte de los Austrias su vida de casquivanas peripecias. Allí desfilaron numerosos personajes, damas de corte, enanos, heraldos y mendigos, bufones y frailes, perfectamente caracterizados al estilo de la época. Resultó una función de gran interés, que fue seguida por el público, quien puso el colofón con grandes aplausos.

También se vieron guerreros en briosos corceles que corrieron por la plaza en luchas y competiciones de gran vistosidad, como quedó indicado. Producían gran emoción en el público las espectaculares caídas de los caballos y sus jinetes, pero se sabía de antemano que estaban bien acostumbrados a tales caídas por tratarse de hombres bien duchos en esas escenas cinematográficas, es decir, caídas fuertes, pero perfectamente estudiadas...

Lindas damas con atuendos harto conocidos en su época de los Austrias presenciaban el espectáculo al fondo del tablado, en precioso conjunto y colorido. Hay que advertir, como lo hace Criado del Val—reconstructor y asesor de estos temas antiguos—, que el llamado «teatro medieval» es no tan sólo un espectáculo que simplemente se desliza ante los ojos del espectador, ya que sus escenas subyugan y penetran desde todos sus ángulos. Y a sus comentarios añade: «A esos conjuros vuelven a revivir las viejas palabras dormidas y los mitos eternos del Carnaval y la Cuaresma, de la Muerte y el Amor, de la Fatalidad y el Destino. Y de tal forma ríen y danzan llevados por la mano experta de los juglares, Trotaconventos, Doncellas, Bufones, Brujas, Espectros y Caballeros...» Por eso estas funciones en nuestra Plaza Mayor evocan un período muy interesante de nuestra historia, manteniendo aquellas vivencias que en la mayoría de los países se perdieron en el olvido. Esos temas medievales pudiera decirse que tienen su origen en el «Buen amor», del Arcipreste de Hita, y broten con «La Celestina» y «El Corbacho», del siglo XV, de cuya época data la historia de «La lozana Aldonza», que se representó en nuestro vetusto escenario, quizá como para quitar el amargor de aquellos autos de la Inquisición, que sólo al recordarlos abochornan a muchos en la actualidad. Por eso y deliberadamente no hemos querido traer a estas líneas aquellos macabros recuerdos, considerando que todas sus escenas fueron aprovechadas en vandálico sadismo, tanto por la real familia y sus cortesanos, incluso los prelados, como por millones

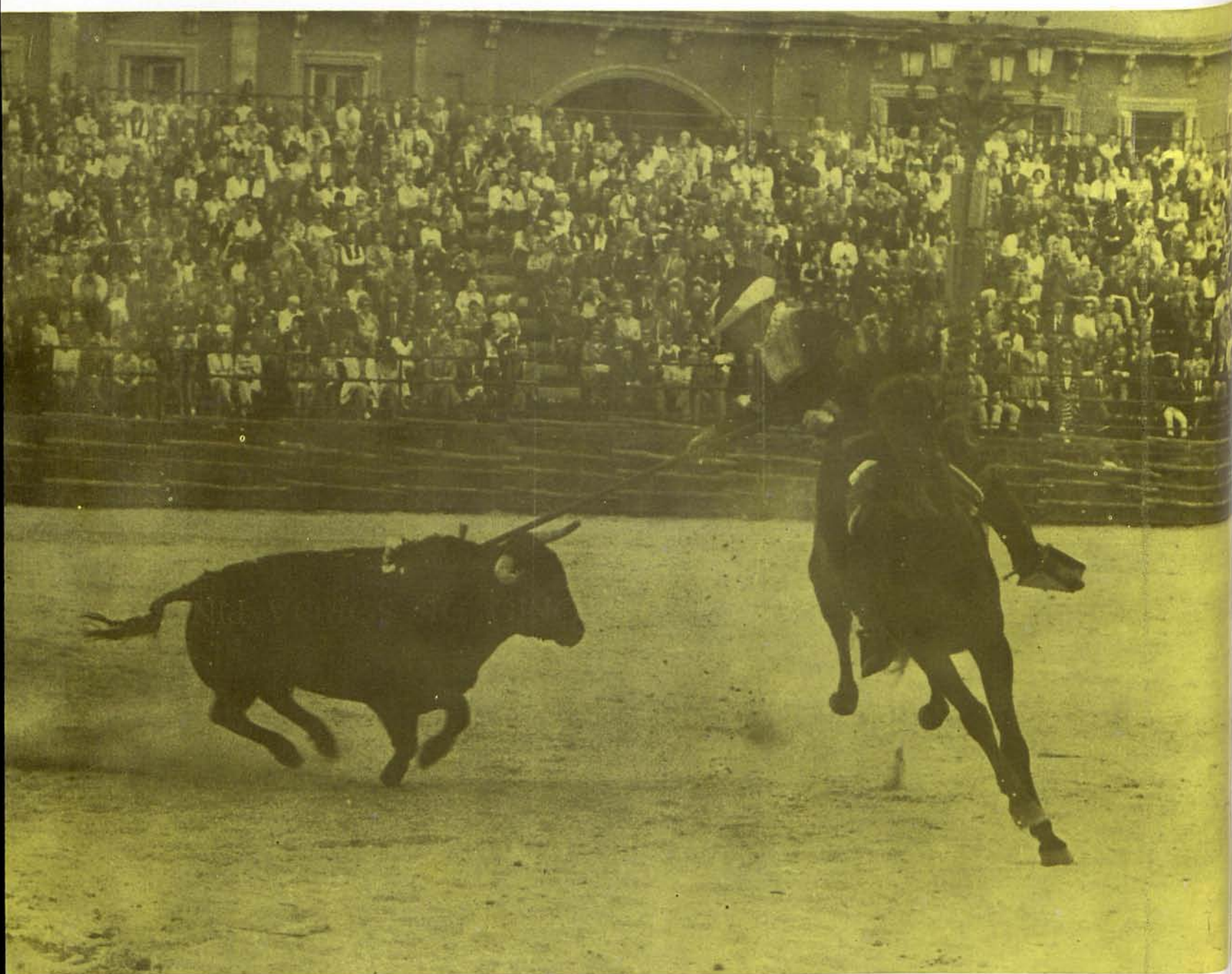






Ayuntamiento de Madrid





de personas, para darse el gusto de ver cumplir una justicia en actos que en todo caso debieron ser privados y no tener que soportar horas y horas la lectura de los procesos y subsiguientes ejecuciones en la misma plaza, convertida en cadalso, como también ocurrió en otros lugares de la capital. Es, desde luego, más sano el espectáculo que el Círculo de Bellas Artes nos ha ofrecido con la indispensable y muy valiosa colaboración de nuestro Municipio.

Otra de las tardes se ofreció al público el espectáculo antañón de la fiesta de toros, pero en su modalidad del toreo a caballo y rejoneo, que estuvo a cargo de los hermanos Peralta, bien conocidos por la afición taurina. Aun cuando los toros salieron directamente de los cajones transportados en camiones, al principio no mostraron bravura, pero luego acometieron de firme,

y ambos rejoneadores se lucieron y cortaron orejas, siendo muy aplaudidos. Sus caballos se arrodillaron sobre la res muerta después de saltar en carrera lanzada sobre el cuerpo del cornúpeto.

\* \* \*

He de prologar algo esta información, ya que la fiesta presenciada se presta a añoranzas que hace más de un siglo no se veían en Madrid. En años venideros, ya se ha tomado buena nota por los organizadores para subsanar alguna falta, de poca monta, que ahora pudiera haberse deslizado. Algún crítico se lamentaba de que en estas fiestas los actores fuesen escasos y también que las tribunas presidenciales no



hubieran sido precisamente los balcones de la Casa de la Panadería, como antiguamente se hizo alguna vez. Los tiempos han cambiado, son totalmente distintos, y en Madrid no hay Corte ni personas reales. El ambiente político es distinto en absoluto, y en cuanto a su presencia en los festejos, todo ha variado.

Es cierto que por los antiguos grabados que pueden verse en el Museo Municipal, entonces se daba gran importancia al boato, a los lidiadores y caballistas, que eran los más destacados miembros de la nobleza e incluso los grandes de España. Esto es algo que las costumbres han borrado, así como la presencia de carrozas de los magnates, la formación de la Guardia Real, los balcones reservados para escaramuzas y expansión al libertinaje de próceres o egregias figuras.

Solamente y a título de curiosa memoria de la decoración de la Plaza Mayor en cuanto a tal lujo, es interesante dejar el recuerdo de aquellas fiestas antañonas, como continuación de lo que se citó al principio de este artículo. Hay una vieja estampa de la época fernandina, aquí reproducida, alusiva a «Vista de la Plaza Mayor, de Madrid, en el día de la Corrida Real de Toros, mirada de frente al balcón donde estaban SS. MM.». En efecto, se ve bajo el gran escudo que hay sobre el balcón central, *al Rey, nuestro señor, y a la Reina, su esposa*. En los cinco que les siguen, a su derecha: el príncipe de Asturias, las infantas, el infante don Antonio y la infanta María Josefa. El sexto balcón estaba destinado al Consejo Supremo de Castilla, y seguidamente a éste, todos los demás Consejos por su orden. Ya en los tendidos levantados, el de debajo de la real familia estaba reservado para los magnates de palacio y sus familiares. Para la presentación del acto y ya en tierra, formaba en fila la Guardia de Alabarderos con uniforme de gala. Dos alguaciles de caballerizas se presentaban a los soberanos, teniendo hacia atrás a cuatro de corte a caballo. Hacia la derecha, según se ve el grabado, hay cuatro caballeros con sus rejonos, y ante ellos, al quite, como hoy se diría, diversos toreros a pie para citar al toro con sus capotes. Naturalmente que esta formación resulta inverosímil estando también allí el toro, que no se quedaría mirando tranquilamente el espectáculo en que él sería el reo, mientras esos personajes sobre sus caballos y los alabarderos permanecían en correcta formación como otros tantos tancredos. La fantasía del dibujante no debió tener otra idea que la de presentar una estampa «disciplinadamente bonita». Y tras esas curiosas referencias al pie del grabado, vienen otras que también lo son; se dice en ellas que los cuatro caballeros de los rejoncillos fueron presentados —después de despejar— por sus padrinos en carrozas, que fueron los excelentísimos señores duque de Arión, Osuna y Santiestevan, marqués de Cogolludo, advirtiéndose que éste apadrinó a dos. Después de retirados con su tren de volantes y lacayos, salieron cien volantes más, lujosamente vestidos a la romana, color encarnado, y a continuación, el caballero en caballo con los toreros al lado. Luego, otros cien volantes a la española antigua, color azul, y seguía otro caballero en la misma disposición que el anterior. Después, otros cien volantes a la usara, color verde, y otro más, como los anteriores, seguido de otros cien volantes de moro, color pajizo, más el caballero de dicha disposición. Todos se dirigían al balcón real, y después de las ceremonias protocolarias acostumbradas y



paseo de plaza, hubieron de retirarse los cuatrocientos volantes, quedando los caballeros en los sitios en que debían poner los rejoncillos. Dicha plaza se compone de setecientos balcones y en dicha función se acomodan hasta cincuenta y dos mil personas.

Como se ve por la anterior descripción (copiada casi literalmente del original pie de la estampa), el número de actores era enorme, lo que evidentemente contrasta con la escasez que tomó en muy sagaz consideración, un crítico de prensa, discrepando por ello de la gran opinión que juzgó la fiesta como un éxito colosal.

\* \* \*

He de terminar estos comentarios e información, felicitando efusivamente al presidente del Círculo de Bellas Artes, mi viejo amigo Joaquín Calvo Sotelo, a la Comisión Organizadora y asesores del festejo y muy especialmente a nuestro Ayuntamiento siempre dispuesto a dar vida a lo que es historia de nuestro pasado como esas fiestas de nuestra estupenda Plaza Mayor.

Y aquel que haya gozado forjando en su fantasía la reconstrucción de pretéritos festejos, tras haberlos leído en múltiples autores de aquellos tiempos, indudablemente habrá sentido revivir el ambiente no tan medieval, pero sí bastante antiguo para presenciar con



gusto los mismos festejos que desde el tiempo de Isabel II—cuando aún era Princesa de Asturias—, no se habían vuelto a celebrar. Hay una estampa antigua en nuestro Museo Municipal, interesante documento de la corrida de toros que se celebró con motivo de la jura de Isabel como princesa heredera de la Corona.

Pues bien, lector; todo lo anterior, que me parece un recuerdo ameno sobre los lejanos festejos de la Plaza Mayor, hoy, gracias al celo y buen gusto de la Junta Directiva del Círculo de Bellas Artes, se ha podido revivir aquel pasado, ya más que secular, tras la última función referida. La Plaza Mayor ha contemplado todo ello con ese regusto que su belleza invita a recrear la mirada, resucitado, repito, en lo posible por ese puñado de geniales artistas que han asesorado y dirigido estas fiestas. La prensa, en general, ha tratado con bastante elogio los actos celebrados, aun cuando los mismos miembros que la dirigieran se hayan dado cuenta de algunos fallos que en años sucesivos han de subsanarse. Solamente un periódico mostró su disconformidad llegando a criticar la organización, los caballistas, las antiguas funciones teatrales allí representadas, e incluso a los toros, los altavoces y la misma arena... ¡Hay quien goza en quitar mérito a las cosas cuando ellos no las inventaron o idearon! Discrepo totalmente del juicio de tal prensa; ni considero que lo

que diga un crítico puede ser dogma para calificar todo con notoria injusticia y aun discrepando de la mayoría de los asistentes a esas funciones que fueron aplaudidas con frenesí. El asesoramiento histórico y artístico por personas muy competentes, fue buena garantía del triunfo.

En los festejos actuales, los de junio de este año, ofrecieron un conjunto soberbio en el marco de la Plaza Mayor. Colgaduras en todos los balcones, pendones y banderolas en las barandas de sus balconadas y por las alturas, junto a los tejados. Numerosas autoridades en el palco presidencial con nuestro alcalde, ministros y público selectísimo que llenaba todos los graderíos, pese al elevado precio de las localidades.

No será nuestra pretensión describir detalles de la fiesta; tan sólo ha de dar fe de ellas esas fotos que valen por toda otra descripción. Artistas perfectamente caracterizados, desde el heraldo que anunciaba el orden del festejo, la Banda de Cornetas que la formaban, ataviados a la antigua usanza, los guardias municipales; los arcabuceros con su traje de cota de malla, caballeros que corrieron sobre briosos corceles para batirse rompiendo sus lanzas o para herir al estafermo; cañas y sortijas, grupo de moros del Tremecén que triunfaron en las justas... ¡Todos cuantos intervinieron lo hicieron maravillosamente!



Ayuntamiento de Madrid



# AMANIEL, CANTARRANAS Y ARROYO BEACOS

Por AGUSTIN GOMEZ IGLESIAS

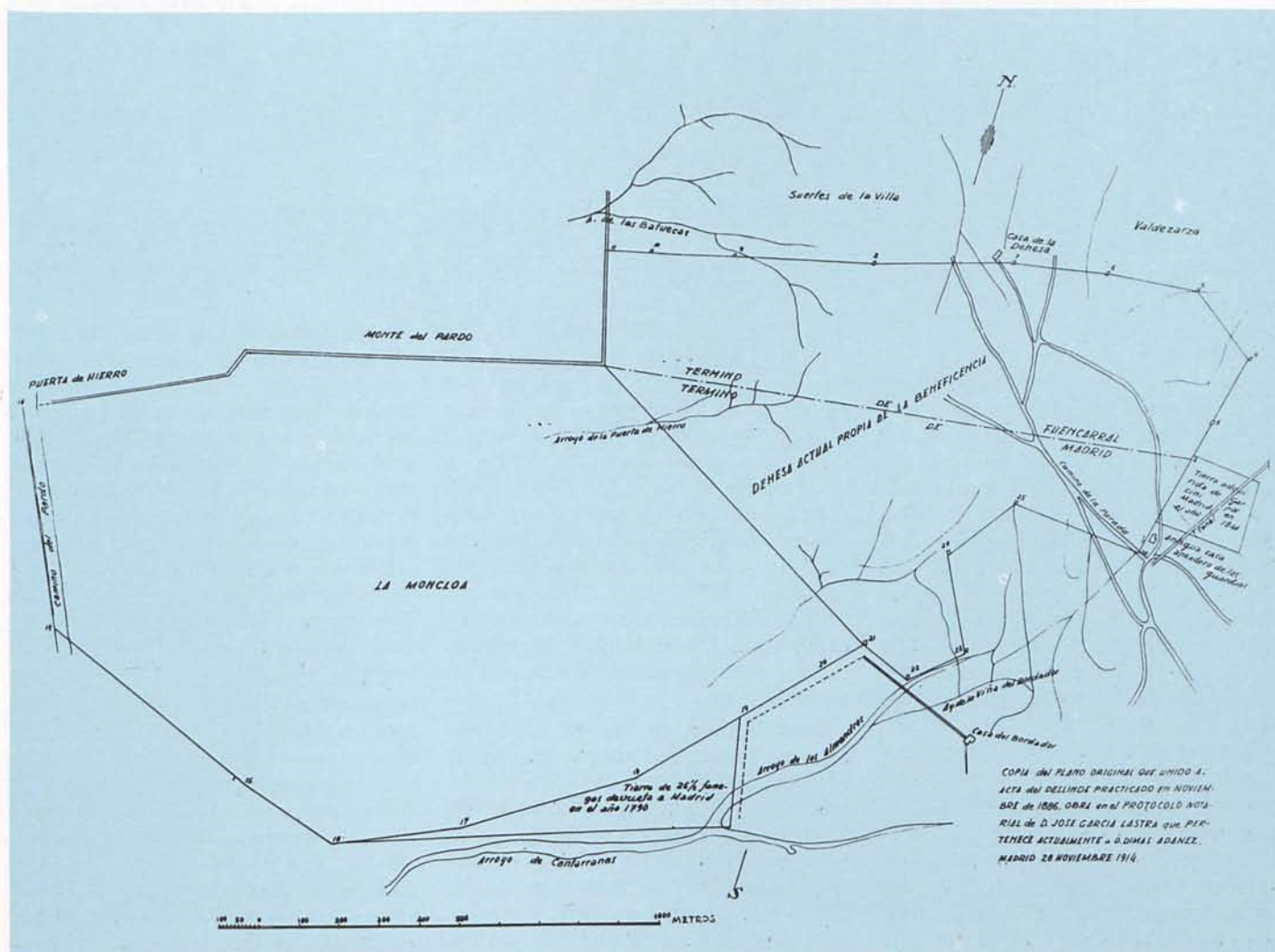
No mucho ha, tracé la evolución histórica de este predio rústico madrileño desde sus orígenes, documentados a partir del primer tercio del siglo XV, hasta la época actual. Fue un trabajo denso, copioso en datos inéditos, e incluido en el tomo II de los *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Una parte de tales noticias, las más sobresalientes y esclarecedoras, utilizo en el art. presente, a fin de ofrecer al gran público un bosquejo histórico, breve, pero fidedigno, de la célebre dehesa. Quien desee información más am-

plia y detenida debe acudir a los *Anales* mentados.

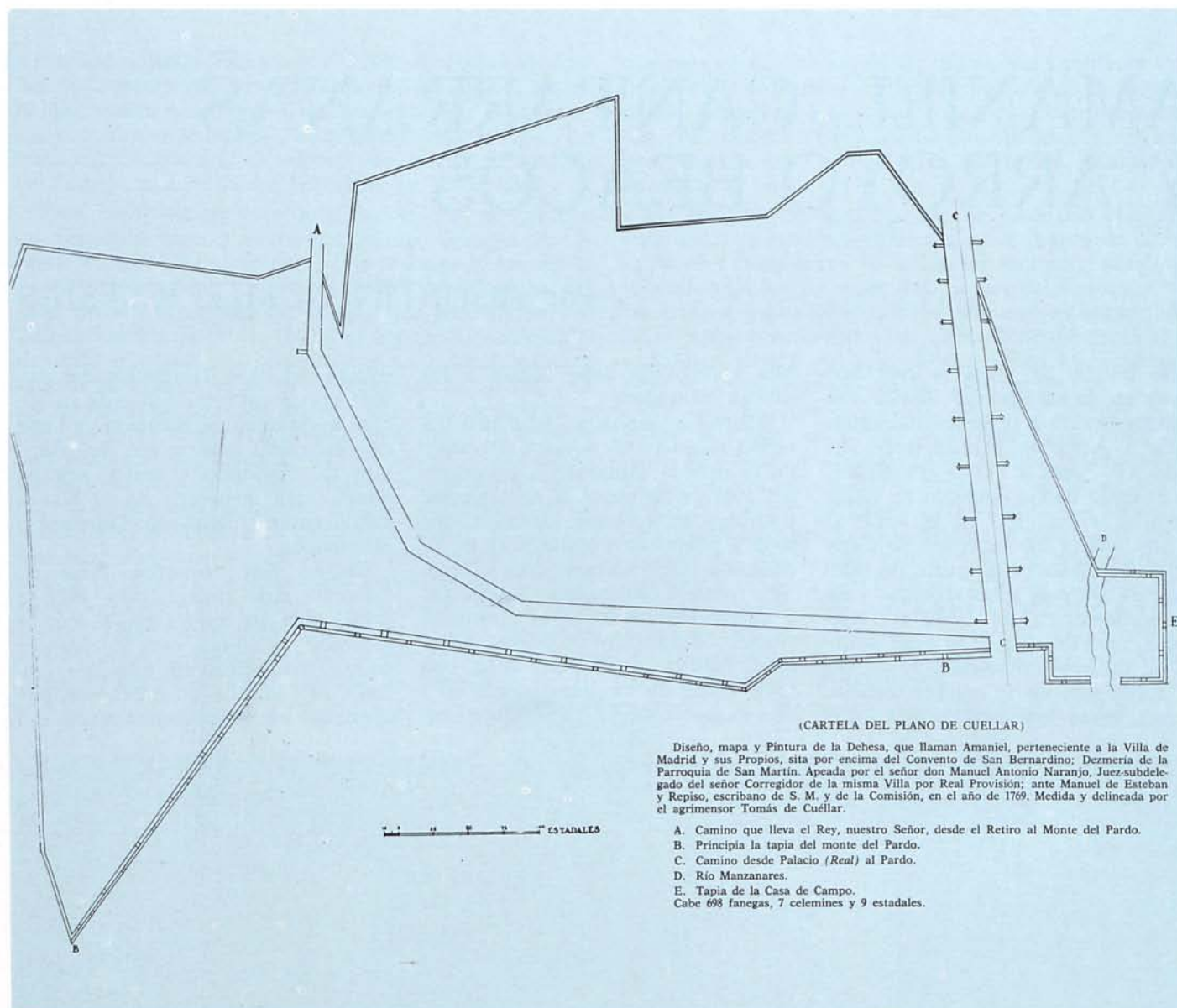
Habrá, sin embargo, aquí una novedad referente al nombre privativo de la dehesa, Amanuel, a propósito del cual ya destacué la «antigüedad y arraigo del apócope, extendida por toda la península y conservada en topónimos como Carabanchel y Leganiel, frente a Carabanzo y Leganitos; y antropónimos como el mozárabe Gudiel—diminutivo de Godo—y Burriel, Jardiel...» (2). Pues bien, con toda clase de cautelas, reservas y aún dudas: «parece, ignoro la proce-

dencia del dato, la crónica del primer Trastámara nada dice de su afición a montar...», mencioné a Lope de Amanuel, ballestero de Enrique II, siguiendo al autor seguramente más trapacero de la bibliografía entera madrileña, Capmani y Montpalau.

En los dos primeros libros de Acuerdos del Concejo (1464-1492), la grafía siempre es *Hamaniel*, con *h* aspirada, lo mismo para las fuentes de las *Hontanillas*; sin embargo, grafías con *f* nos las encontramos, por ejemplo, en la documentación del







convento madrileño de Santo Domingo el Real. Mencionaré algunas, que debo a la generosidad y gentileza de mi admirado y buen amigo, el profesor Julio González, medievalista eminente: «un documento de 1262 habla de una heredad en término de Leganés, *carrera de Famanié* (AHN, carp. 1354, doc. 15); otro, de 1283, sobre unas viñas en el pago de Leganés, en el de la *Fuente de Famanié* (ídem, 1355, doc. 20); y en otro documento de 1294 ocurre otra viña en el *pago de Hamanié, cab el monte*, junto a la dehesa de Madrid (íd., 1357, doc. 10). Es decir, era un término muy conocido con referencia a una fuente, un monte y un camino».

El paso de la *f* inicial a *h* es un fenómeno fonético de gran complejidad en toda la Romanía y, sobre todo, en nuestra península y la Gascona, tanto que don Ramón Menéndez Pidal le dedica, nada menos que treinta y cinco macizas páginas de su magistral obra, acabada de men-

cionar (3), más dos mapas, en que refleja el estado de la cuestión a fines del siglo XIII y a comienzos del siglo XVI. El foco principal de la *h* es Castilla del norte; mas la «tercera zona se extiende por Castilla la Nueva hasta Jaén, es decir, comprende los territorios reconquistados por Castilla a partir de la toma de Toledo en 1085 hasta la toma de Jaén en 1246 y de Albacete en 1242 (?). Recibe, sobre su habla mozárabe con *f*, una lengua reconquistadora puramente castellana, con alternancia *h-f*».

Cumplidos y en paz con la filología, ocupémonos, ahora ya, de la historia. Es erróneo decir que la dehesa de Amanié fue donada a Madrid por Alfonso VII el Emperador, ya que ella no se forma sino dentro del siglo XV y la donación de Alfonso VII ocurrió en 1152. Lo exacto es afirmar que, debido a esta donación, la Villa y sus Propios poseían suficientes terrenos hasta la sierra,

que llegaban al límite del Real del Manzanares en tal época (tras haber pasado al rey y después a la Casa de los Mendoza), situados dentro y fuera del monte de El Pardo y no sólo durante el siglo XV, sino hasta tres siglos después. No hubo, pues, necesidad de compra alguna, como en el caso de la Arganzuela, así como tampoco la hubo en ocasión de otras posesiones, sitas por aquellos lugares: Valdelomasa, Las Jarrillas, Dehesa Quemada, Valfrío, etc.

En la documentación más antigua conservada (1434), aparecen dos montes concejiles madrileños acotados: el monte de Cantarranas y más allá el denominado de Amanié. El límite entre el monte y la dehesa de Cantarranas, de propiedad particular, era el arroyo de Cantarranas, actualmente cegado; él discurría a través de la Moncloa y por el fondo de una tremenda barranquera, atravesaba el puente actual que la salva, denominado vulgar-



mente de los Catorce Ojos (carretera de Puerta de Hierro y La Coruña, a la parte trasera de la Escuela de Peritos Agrónomos y Casa de Velázquez) y desembocaba en el Manzanares por el Vado de los Harineros, que señala el comienzo de los Viveros de la Villa. El arroyo de Cantarranas era el límite: a la margen izquierda y hacia la Villa se extendería la dehesa; a la derecha el monte, hacia el arroyo de Beacos y hasta el monte de Amanuel (4). La

dehesa debía ser por aquel entonces, bien en todo o en parte, de Ivan de Vargas, quien tiene con el licenciado del Aguila cierto debate sobre el salario de su rentero; por cierto, que es la primera vez que me encuentro con un texto parecido, puesto que los jueces pesquisidores intervenían, solamente, en intrusiones y depreciaciones rústicas y urbanas, a fin de restablecer el derecho usurpado a la economía municipal madrileña (t. 1, 27). Se piensa en el término de

Cantarranas a fin de liquidar una deuda contraída con los frailes Jerónimos en compensación de otra tierra y lavadero, situado por bajo del molino de Diego González, propiedad de los frailes (t. 1, 321). Posteriormente, este monte se funde con el de Amanuel, a fin de constituir la dehesa de esta última denominación.

Años después, un acta del Concejo (1457, mayo) registra la Dehesa de Amanuel, en su acepción semán-





tica habitual, es decir, «tierra acotada y destinada a pastadero». Esta dehesa primitiva y según cálculos documentales míos sería de unas 2.529 fanegas. Por auto del Consejo de Castilla (1530, marzo, 29) y a petición de los vecinos labradores de Madrid, Fuencarral y otros pueblos limítrofes a la Villa, se detraen treinta yuntas de tierra, o sea, 1.570 fanegas para destinarlas a labranza. La operación de acotamiento la realizó el famoso corregidor de Madrid, Barrionuevo (1536). Gracias al acotamiento y operación del corregidor Barrionuevo y con la ayuda de documentación posterior nos ha sido posible hacer una conjetura razonable sobre la capacidad de la dehesa primitiva, anterior a la operación de Barrionuevo. Ella es la anteriormente fijada en 2.529 fanegas. La dehesa tuvo siempre forma cuadrilonga o rectangular hasta la segregación de la Moncloa. Abarcaba los altos de Amanuel, muy probablemente toda la extensa área del barrio de Bellas Vistas —sito a derecha e izquierda de la calle de Francos Rodríguez—, la calle entera de Villamil y la denominada vereda de Ganapanes —camino de Fuencarral— hasta casi su final en la carretera de la Playa, para volver a Poniente y, atravesando tal carretera, englobar la colonia del Pino, abarcar gran parte de Peña Grande, a derecha e izquierda de las calles de Beacos y del Fresno, perpendiculares entre sí hasta alcanzar el actual arroyo del Monte Carmelo y siguiendo el curso del arroyo del Fresno, continuación de aquél, desaguar en el río Manzanares; en el interior de este perímetro, poblado entonces de chaparros de encina y florecido en tomillares y retamas, quedaban también la colonia Ciudad Puerta de Hierro, Valdeconejos y el Club de Golf; y con seguridad, algunas otras tierras de El Pardo a la orilla derecha del arroyo Beacos (= Fresno), donde se hallaría Cabezamorena y la Fuente del Toro (5).

Quedan así descritos, someramente, casi todo el contorno oriental de la Dehesa de Amanuel, más el Norte íntegro. Los lados occidental y meridional los mencionaremos más tarde, al citar mojeneras posteriores, ya que apenas variaron hasta la apropiación—más bien que venta—de Carlos IV. Pues bien lo acordado por Barrionuevo y repartido a los labradores de Madrid, o sea el amplio término de Valdezarza, así









como el terreno situado también al Norte, pero más hacia Poniente, estaba labrado y ocupado totalmente por los vecinos labradores de Fuencarral, según la concienzuda mojonera de 1785; en virtud de esta operación fue denominado tal paraje Suertes de la Villa (*Suerte* en el sentido de lote de tierras). En cuanto a su utilización, la dehesa surge como d. comunal, destinada al pasto del ganado de labor propiedad de los vecinos de Madrid desde mediados del s. XV, al menos. Después fue dehesa carnicera a partir de marzo de 1485 (t. I, pág. 379); más hubo que reiterar en febrero de 1492 (t. II, pág. 320) la orden de que estaba dedicada, exclusivamente, al ganado del Abasto; y para mayor eficacia en el castigo a los infractores no se arriendan las penas (t. II, pág. 331). La licencia concedida a los frailes del Monasterio de San Jerónimo el Real, para traer 15 pares de bueyes a Amaniél, estaba justificadísima, puesto que el Monasterio construía «una puente ques cerca de su molino, la cual es muy provechosa a esta Villa y su tierra»; tales bueyes se destinaban al tiro de las carretas, que acarreaban piedra para la obra y los bueyes no tenían otro lugar donde pastar (t. II, página 139). O sea que su destino fue idéntico al de la Arganzuela, reservada al pasto del hato de muerte, que pasaba directamente al matadero. Así la registra, p. ej., el *Libro de Propios* de 1606: «está amojonada y es sólo de yerba, la cual pacen los ganados de la Obligación de Carnicerías de esta Villa. Por dárseles a los obligados sin que paguen por ella cosa alguna, no cobran nada los Propios». Tal fue su destino hasta la apropiación de Carlos IV ocurrida en 1804.

Respecto a su extensión conforme a las mojoneras más importantes, únicamente recogeremos las más claras y significativas. Como nota general cabe decir que, entre los múltiples apeos y amojonamientos de la dehesa, los únicos útiles y aclaratorios son los realizados por el corregidor Francisco Herrera (1667) y por otro Francisco, Zamora y Aguilar (1787), cuyo trabajo escrupuloso y metódico lo remató Dionisio de la Torre, el diligente mayordomo de Propios. Hasta el apeo de 1785 no se utilizan cotos de piedra; ni tampoco los instrumentos producidos en diligencias anteriores, a fin de que, una vez enterados los peri-

tos, señalasen las lindes con mayor acierto; las simples estacas de madera, utilizadas con anterioridad a tal fecha, favorecieron las innumerables intrusiones y detenciones habidas a través del tiempo. Por último, las grandes diferencias entre las cifras de apeos se deben a la imperfección de los útiles topográficos que se usaban antaño, imposibles para la exactitud en grandes extensiones; y en gran parte, debido a la falta de mención de la cabida en fanegas, celemines y estadales, sin especificar si pertenecen al Marco Real, o bien al marco de Madrid: esta especificación no fue obligatoria hasta la Orden de 2-VII-1853. Tal especificación es, más que necesaria, indispensable. Veamos: Marco Real, cuya fanega es de 9.216 varas cuadradas, o sea 82.944 pies; marco de Madrid, tiene su fanega de 44.100 pies cuadrados.

Así, en el acotamiento ejecutado por el corregidor Herrera (1666-1672), cuyo amojonamiento empieza en la misma orilla del Manzanares, hasta donde llegaba la dehesa de Amaniél, y se prosigue hacia Levante, se colocan setenta y tantos hitos, Herrera logra 8,568 varas de perímetro, es decir, una legua y tres cuartos, lo que daba 580 fanegas de los Propios madrileños, más 180 fanegas usurpadas. Después el diligente Dionisio de la Torre, mayordomo de Propios, obtiene 932 fanegas del Marco Real de 400 estadales. Por vez primera se establecen 26 cotos de piedra; ello ocurrió en 1785. La diferencia fundamental entre ambos acotamientos, idénticos en esencia, es que este último bordea las tapias de El Pardo, puesto que en su época se había establecido el denominado Cordón de El Pardo: Madrid vendió a Fernando VI, 28,327 fanegas y 10,5 celemines en seis millones de reales, pagados por Carlos III en 1764. Realizado un acotamiento tras esta operación, la dehesa de Amaniél había quedado reducida a 604 fanegas, un celemin y 27 estadales, según el agrimensor Narro, y 698 fanegas, conforme al cálculo del agrimensor Tomás Cuéllar.

Con esto llegamos al período más doloroso en la vida de la dehesa de Amaniél; ahora soportará amputaciones tan tremendas que comprometieron su destino de predio rural y concejil hasta anularlo por completo; incluso la nuda propiedad cambia de mano y el Concejo madrileño se vio en serios aprietos en

lo relativo al abasto de carne a la ciudad.

Carlos IV en su deseo de redondear el Real Sitio de la Florida, que con tesonería había logrado formar, resuelve tomar unas 418 fanegas del predio concejil, concretamente, la parte mejor de él, la irrigada con abundancia y la que permitía poseer para el ganado el abrevadero del Manzanares, que llegaba hasta la desembocadura del arroyo de Cantarranas, límite meridional de la dehesa de Amaniél, conforme hemos indicado. Tras la desdichada, en aquel momento, operación, que comprende los actuales terrenos de la Moncloa—que por la denominada Ley del Rasgo (1860) pasaron al Estado y es hoy nuestra Ciudad Universitaria—el Concejo acudió a dar en arriendo las 287 fanegas de tierra de tercera calidad valoradas en 13.500 reales; baja valoración que no llegó a cubrirse en la subasta, puesto que el terreno sólo era aprovechable para la labranza tras mucho esfuerzo: había quedado erial.

Después viene la compra de las 287 fanegas por el Estado, a fin de construir un manicomio; cuyo pago se realizó, *doscientos cincuenta mil reales vellón*, según escritura formalizada ante notario en 1861. Más el Estado no tomó posesión de la heredad y a causa de ello el Ayuntamiento de Madrid pidió la cesión en usufructo perpetuo de la finca. El Estado la concedió, según R. O. de 6 de febrero de 1901, con la obligación por parte del Ayuntamiento de dedicarla a *esparcimiento público*. Acerca de los varios avatares posteriores hasta 1942, véase el artículo mencionado en la nota 1.

Vale la pena, sin embargo, destacar algunos aspectos interesantes o simplemente curiosos, que ofrecerán remate adecuado a este trabajo, dada su amenidad.

Se inserta aquí el plano de Cuéllar (1769), para aclarar el punto A, esto es, el camino que lleva el Rey desde el Retiro al monte de El Pardo. Más, antes de inferirlo, conviene advertir que el plano segundo reproduce una copia, sacada en 1914, del plano de 1886, que a su vez reproduce y adapta a las circunstancias el fundamental de 1785 (6). Para el perfecto cotejo entre ambos planos (1769 y 1785), insertos en este artículo, debe invertirse el de 1769, a fin de que la tapia de El Pardo caiga al Norte; por lo demás, se ob-



serva algunas diferencias, incluso dentro de la tapia misma, cuyas hileras se encuentran en ángulo obtuso (1769), mientras que en el segundo de 1785 ocurren en ángulo agudo. Sin embargo, se ve perfectamente, contando los lados septentrional y oriental, a partir del muro, que la entrada de la vereda de Carabineros y, por lo tanto, el lugar de la Parada, son idénticos. El camino A (plano de 1769) desemboca en el C, Camino Nuevo del Palacio Real al Pardo, fue proyectado por Ventura Rodríguez, y partía del Puente de Segovia; su construcción debió ser contemporánea a aquella de la Puerta de Hierro (1753), acceso principal al monte y hoy todavía divisoria galana entre las carreteras de La Coruña y del Pardo. Su antecesor inmediato, fue el camino denominado de Migas Calientes, donde el corregidor Herrera dio comienzo a su deslinde en 1667. Mas no siempre debieron ser así las cosas, ya que la comitiva real debió franquear el muro del Cordón a través de la Puerta de Madrid, enclavada al Sudeste, junto a la Quinta del Duque, regalada a la Corona (1745) por la viuda del Duque del Arco, que la edificó.

Sabida es la afición de Felipe IV al Palacio del Buen Retiro, que había ordenado construir, «pretextando, entre otras causas, que las casas y alcázares de Madrid no eran de la templanza necesaria para la seguridad de su salud»; cuando este rey muere, el palacio y los jardines quedan abandonados y tan sólo cortas temporadas residieron allí doña Mariana de Austria y el rey Carlos II. Posteriormente, los Borbones se vieron obligados a habitarlo, desde 1734, año del incendio y destrucción del viejo Alcázar, hasta 1764, en cuyo 1 de diciembre lo habitó ya Carlos III a su regreso del Escorial, conforme a su régimen de vida metódica y saludable, basado en pasar algo más de dos meses en la Corte y repartir el resto del año entre El Pardo, Aranjuez, El Escorial y San Ildefonso; el monte de El Pardo era, sobre todo, la residencia invernal predilecta de los monarcas cazadores de esta dinastía, Carlos III y Carlos IV. Para los madrileños debía ser un hermoso espectáculo el contemplar el paso de sus reyes desde el Buen Retiro al monte de El Pardo y viceversa; de tan magnífica y duradera memoria, que incluso la prosa administrativa lo

menciona, bien que con su laconismo peculiar.

Mas ¿cuál sería el itinerario de la comitiva regia? Unos datos, pocos, nos permitirá definirlo. La dehesa de Amaniel, según consta del apeo, deslinde y amojonamiento con hitos de piedra ejecutado en el año de 1785, estaba situada entre la carretera nacional de Irún, al Naciente y a Poniente el Canalillo, que conduce las aguas desde la Puerta de Hierro al lavadero de la tropa, sito en la Virgen del Puerto, y la atravesaba la carretera nacional de Castilla. Para la diligencia del mentado apeo —consúltese plano segundo— se constituyó el Juzgado en la «Casa llamada de la Parada de los Guardias de Corps, sita en el camino alto, que lleva S. M. y se dirige desde el real Sitio del Buen Retiro al del Pardo»; y allí, junto al camino (que quedaba a la izquierda) y en la linde de una tierra (que disfrutaba Alfonso Muñoz y donde estaba construida la misma casa de la Parada), situada a la derecha, se fijó el primer coto. Otro dato no tan importante, pero sí esclarecedor, aparece donde menos cabía esperarlo. Hablando Aznar de Polanco acerca del agua de la Fuente Castellana, indica: «Prosigue este viaje por el campo y el Portillo de los Pozos de la Nieve, hasta que entra en las Eras de la Puerta de Fuencarral, en el de Contreras y Alcubilla, y se baja por un Pozo, en dichas Eras, a dicho viaje de Contreras; y hay un Arca en las Minas del viaje de Contreras». Y tras enumerar algunos repartos de agua, añade: «por dicha cañería de los Pozos de la Nieve va el agua de la Alcubilla y la de Contreras, hasta un Arca que ésta debajo de tierra y tiene un capirote de piedra encima, por donde pasan los Reyes al Retiro» (7).

Con tales datos no es difícil reconstruir el itinerario del cortejo regio, sin más que tener en cuenta la elemental consideración de que el derrotero se trazaría a través de las vías más espaciosas, esto es, buscando la amplitud que presta lucimiento y proporciona seguridad; y para ello nada mejor que el camino de las Rondas. Así, pues, siguiendo el Plano Parcelario de don Carlos Colubí (1884), arquitecto municipal (8), la ruta sería esta: Paseo de Recoletos, Rondas de Recoletos (C. de Génova), Santa Bárbara (C. Sagasta), Glorieta de Bilbao, Calle Real (y de ahí su nombre; actual Fuencarral

hasta Glorieta de Quevedo), Mala de Francia (Bravo Murillo hasta Cuatro Caminos), carretera de Francia (Bravo Murillo) hasta el comienzo de la Vereda de Carabineros, justamente enfrente, aunque algo más arriba de la calle de Juan de Olías. En definitiva, la vereda comenzaba en el sitio actual, denominado El Estrecho, y se unía a la de Leñadores o Leñeros —se dan ambos nombres— situada más abajo, ya dentro de Amaniel. La v. de Carabineros denominóse después Camino de la Dehesa de la Villa y en la actualidad calle Francos Rodríguez.

Vengamos ahora a las vías de penetración a la finca. Al contrario de lo ocurrido con la documentación referente a la Dehesa de Arganzuela (1), no aparece, ni una sola vez, la menor alusión al *esparcimiento público* en los abundantes fondos utilizados para elaborar el presente trabajo. Este destino acaece, por vez primera, en la cesión estatal del *usufructo perpetuo*; mas en esta ocasión trátase de un empleo de carácter único, específico, concreto. Ello no indica que con anterioridad a 1901 el pueblo madrileño no acudiera a la finca municipal en busca de solaz y alivio al trabajo cotidiano; pero el anhelo de Fernández de los Ríos (9) se cumplió tardíamente, casi veinte años después; varias circunstancias lo impidieron. Primeramente su dedicación a pastadero, acotado al servicio del ganado de labor y después del abasto de carne a la ciudad; luego su vecindad al Real Sitio del Pardo, que acaba por absorberla, a fin de formar un dilatado coto regio, vigilado y cercado por las tapias de la Moncloa, que perduran hasta finales del siglo XIX y, posteriormente, cuando el acercamiento o acceso hubiera sido ya posible, la carencia de comunicaciones.

En efecto, de las tres vías de penetración, que Amaniel tuvo desde el tiempo remoto, una de ellas, el camino de Migas Calientes —después Camino Real Carretero— era una vía de acceso al Pardo para los reyes y camino de paso hacia Castilla para los demás; para su expansión permanente, el pueblo madrileño no pasaría a Poniente de las praderas del Corregidor y la de la Teja, situada más arriba, y ambas a la margen derecha del Manzanares; más allá y a la margen izquierda, tampoco del Soto de Migas Caliente, arriba y abajo de la desembocadura del arroyo



de Cantarranas. La única vía de entrada al Mediodía era la vereda de Amanuel, a la cual se unía por la izquierda el camino de Aceiteros (10), prolongación a su vez del Camino de San Bernardino, pasada la tapia de la Moncloa; la vereda o camino de Amanuel ascendía de la actual calle de su nombre, atravesaba la de Vallehermoso y, tras dejar a la izquierda el cementerio de la Patriarcal y el de la Sacramental, perteneciente a las parroquias de San Martín y San Ildefonso, situado más arriba (11), entraba en el término de la Dehesa, pasado Cerropimiento. La vereda de Amanuel debía de ser poco frecuentada, tan sólo por labradores y ganaderos, ya que uno de los documentos del Archivo de Villa, el ASA 4-242-4, recoge una denuncia contra un señor que bonitamente había interceptado la vía, apropiándose de un trozo del camino situado en el cruce con el de Aceiteros. La prolongación de la calle de Amanuel hasta la de Conde Duque (1885-86) mediante el derribo del muro, expropiación y apropiación de parte del jardín del Baño de los Guardias de Corps —lugar destinado después al Laboratorio Central Militar— puso en comunicación directa el barrio de Vallehermoso con el interior de la ciudad y facilitó, por lo tanto, la penetración a la Dehesa de la Villa.

La única vía, verdaderamente practicable y utilizada, fue siempre el camino alto de El Pardo, o sea, la vereda de Carabineros, después denominada camino de la Dehesa y hoy calle de Francos Rodríguez, bien estudiada a propósito del itinerario seguido por el cortejo real. Buen Retiro al Pardo.

Durante la década 1880-90 el servicio municipal de Parques y Jardines había realizado ya importantísimas plantaciones en la Dehesa de Amanuel; y a ritmo acelerado continuaron en la siguiente. La ocasión era propicia de facilitar la concurrencia, a fin de que el vecindario pudiera esparcirse y aprovechar todos las beneficiosas ventajas que proporciona el arbolado. Preséntase entonces un proyecto de camino directo desde Amanuel al Hipódromo, camino que utilizaría bien la población del Norte y Noreste, pero que suponía un largo recorrido para toda la zona del Oeste. Para tan importante zona fue preciso abrir una vía de comunicación, que partiendo de la Escuela de Agricultura, termi-

nara en el ángulo de El Pardo; mas como los terrenos que debía atravesar pertenecían al Instituto Agrícola de Alfonso XII, se recabó la ayuda conveniente del Ministerio de Fomento, a fin de que por él se realizaran los trabajos necesarios. El proyecto facilitaba los servicios dentro del Instituto y a la vez su realización contribuía a remediar el paro obrero, muy sentido durante el invierno de 1892; era la carretera nueva, que registra el tan citado plano de Núñez Granés (1910) y que desde la Escuela de Agricultura atravesaba los campos de experiencias pertenecientes a la era vieja, Norte y Sur.

Finalmente, a fin de evitar dudas, o al menos conjeturas acerca de la exactitud de los cálculos, incluimos aquí el asiento de la finca en el Registro de Propietarios y Propiedades, levantado por el arquitecto don Carlos Colubí (1884).

*Dehesa de Amanuel, propiedad del Estado. Cabida en fanegas:*

Marco Real.

152 f., 9 cel., 36 estadales.

Marco de Madrid.

287 f., 4 cel., 30 estadales.

Son, hechos los debidos cálculos. 978.728 metros cuadrados.

El cálculo con arreglo al Marco de Madrid monta 1.847.993 metros cuadrados; mas es erróneo dada la diferencia en fanegas entre uno y otro marco.

(1) Gómez Iglesias, Agustín, *La Dehesa de Amanuel o de la Villa*, en «Anales del I. de E. Madrileños», C. S. I. C., tomo II (1967), págs. 33-81.

(2) Véase Menéndez Pidal, Ramón, *Orígenes del Español*, Espasa-Calpe, Madrid 1956, 4.<sup>a</sup> edición, párrafo 365.

(3) *Orígenes*, págs. 198-233.

(4) Trátase de un cuaderno, signatura ASA, 3-89-29, cuyo contenido recoge las indagaciones, realizadas dentro de 1434, por el juez pesquisador Rodríguez de Valladolid. Interesan las sentencias sobre la dehesa y monte de Cantarranas (fols. 3 r.-7 v.) y acerca de Amanuel y Zarzuela (fols. 9 r.-12 v.). La descripción del manuscrito, las sentencias del juez, etc., se encuentra recogido en las páginas 36 y 37 del artículo citado en la n. 1; el acta del Concejo en las páginas 39 y 40 del mismo.

(5) La grafía del Arroyo es vacilante, por ejemplo: *Veaces*, en la sentencia del juez pesquisador Valladolid de 1434; sin embargo, predomina dentro de la documentación vista por mí la grafía *Beacos* —una sola vez *Beacus*—, y nunca *Beatos*, como erróneamente se transcribe en el t. I. de Actas, págs. 234 y 235. Cerca de este arroyo los frailes del Paso piden un sitio en el monte de Amanuel, para hacer un colmenar. *Beacos* no ocurre en el texto correspondiente al tomo II. Desde el punto de vista filológico sólo cabe decir que es un topónimo premusulmán, pero, ¿romano, prerromano?; me inclino por lo último.

Cabe identificar el actual arroyo de las Batuecas, como el formado por el arroyo de los Pinos —nacido dentro del perímetro de 1785— y el Veguillas, que tras la unión desaguan en el nombrado arroyo del Fresno, y éste a su vez, en el Manzanares, debajo del paraje llamado todavía Casa de la Reina y frente a la parte alta del Hipódromo de la Zarzuela, dentro de El Pardo. El actual arroyo del Fresno sería los antiguos *Beacos*, Carpio y luego de la Reina; ya la identificación con el arroyo de las Batuecas sería más problemática. El arroyo del Fresno cruzaba la cerca de El Pardo cuando el cordón se establece a través de la verja de hierro, que había en la propia cerca para tal fin, conforme al testimonio de los apeadores de 1785.

(6) La fuente principal es el ASA 7-308-37, manuscrito de 138 pliegos, que contiene el testimonio sacado por el notario público García de la Lastra, de un libro en pergamino, desaparecido del archivo de Villa. Sobre las circunstancias, véase art. cit., pág. 29, nota 60.

(7) J. CLAUDIO AZNAR DE POLANCO: *Aritmética inferior... origen de los nacimientos de las aguas dulces y gordas de esta Coronada Villa...*, Madrid, 1727; pág. 271. El Portillo o Puerta de los Pozos de la Nieve estaba enclavado al final de la calle de Fuencarral Alta, actual Glorieta de Bilbao.

(8) CARLOS COLUBÍ: *Plano Catastral*, Cuartel del Norte, secciones 1, 3, 4, 5 y 6. Seguir este plano, permite fijar con precisión la Vereda de Carabineros, camino clave del itinerario.

(9) F. de los Ríos trataba de dar vida a la dehesa, acercándola al público madrileño, porque «para algo ésta, llamada a servir un área de cerca 3/4 de legua cuadrados, como la Dehesa de Amanuel». Hoy es mucho menos extensa, pero sus palabras tienen plena validez. Véase, *Guía*, páginas 397, 398 y 757, 38.

(10) Actual Paseo de San Francisco de Sales.

(11) El cementerio de San Martín fue el último construido (1848) entre los tres o cuatro que había en aquel paraje. Su solar lo ocupa hoy el moderno estadio de Vallehermoso. Véase también la nota 45 y, sobre todo, el Plano Catastral de Colubí, cuartel del Norte, sección 2.



# TRANSFORMACION DE LA DEHESA DE LA VILLA

Por MARIA LUZ NACHON





En sólo un año la Sección de Parques Forestales del Ayuntamiento de Madrid ha llevado a cabo una espectacular transformación en la Dehesa de la Villa, o antigua de Amaniel, convirtiéndola en un bello lugar de reposo y esparcimiento al que diariamente acuden los habitantes del populoso distrito de Tetuán y zonas limítrofes. En domingos y días festivos, rivalizando con la Casa de Campo si así puede decirse, millares de personas, procedentes de distintos sectores de nuestra ciudad, eligen la Dehesa para disfrutar del aire libre en las frescas umbrías que forma una densa masa arbórea en la que predominan los pinos.

## DOS FASES INICIALES

Los trabajos de transformación y remodelación se dividieron en fases de las que ya han sido realizadas e inauguradas el pasado 18 de julio, dos: una eminentemente forestal y otra de carácter funcional o parque público. Queda pendiente la ejecución de una tercera fase que determinará la completa transformación de la Dehesa.

Pero conozcamos la obra realizada. La primera fase, iniciada en el mes de julio de 1969, comprendía toda la zona que bordea la carretera M-600, que une la calle de Francos Rodríguez con la ciudad residencial de Puerta de Hierro, en una longitud de 750 metros y siete hectáreas de superficie. En esta zona abundaban los taludes muy erosionados y de gran pendiente y gran número de cárcavas o grandes hoyas, cubiertos de matorral y malas hierbas.

## PROTECCION DEL ARBOLADO

Efectuado el movimiento de tierras —entre las dos fases se han movido unos 40.000 metros cúbicos— la primera labor fue la de suavizar las fuertes pendientes de los taludes

que ofrecía grandes problemas de los que el principal era que si se actuaba a partir de la cota de la carretera había que profundizar en el pinar con grave peligro para los árboles que forzosamente quedarían afectados, aunque en pequeño número, por las obras.

Se optó por construir muros de contención, realizados en adoquín con la cara vista pulimentada, y rematados con piedras calizas al objeto de no alterar el aspecto rústico de la zona y no desentonar con la jardinería proyectada.

El segundo gran problema fue el proteger esos árboles que, situados en los taludes, al cambiar la pendiente de éstos presentaban al aire sus raíces expuestas a morir. Este hecho obligó a construir pequeños muros, de iguales características que los de los taludes, que sirvieron asimismo para contener las tierras y fundamentalmente, para proteger las raíces de los árboles.

Para fijar las tierras se efectuó una plantación de arbustos ornamentales y se sembraron de césped todos los taludes. En total, los trabajos afectaron a unos 9.500 metros cuadrados.

Trabajos importantes fueron también los de saneamiento y tratamiento de los árboles en defensa de la procesionaria, afectados por la situación de las zonas colindantes.

## LA «CURVA DE LA MUERTE»

En la zona conocida por la «curva de la muerte» —nombre dado por los madrileños por producirse en este punto de la carretera numerosos accidentes automovilísticos, mortales— la jardinería se interrumpió creando rocallas con plantas vivaces, arbustos y distintas variedades de coníferas bajas, dando así una nota de gran colorido.

En la parte alta de los taludes se construyó un amplio paseo a lo largo de los 750 metros lindantes con la carretera, protegido todo él con rústicas barandillas de rollizos para acentuar el carácter rústico de la zona.

Este paseo, a la altura de la «curva de la muerte», desemboca en un mirador desde el que se divisan bellas panorámicas de Madrid.

Se crearon otros paseos y, en general, se puso especial cuidado en conservar el carácter forestal de la Dehesa sin recargar la jardinería. Estos trabajos se completaron con la instalación de una red de riego con 1.400 metros de tuberías y 57 bocas, así como mesas, mesas-bancos y gran número de papeleras y fuentes para beber.

## PARQUE PUBLICO

La segunda fase de actuación tuvo lugar en la parte posterior del Colegio de La Paloma y la colonia de la Policía Armada, lindando con la línea de tranvías que va a Peñagrande y Colonia de Valdezarza de la que la zona está separada por la antigua calle del Quemadero, hoy de Alcalde Martín de Alzaga, calle esta última que habrá de prolongarse hasta salir a la de Sánchez Preciados en la Colonia de Villamil para empalmar con la de Ofelia Nieto y abrir nuevos accesos desde el distrito de Tetuán a la Dehesa.

El terreno era completamente distinto al de los de la primera fase. Desprovisto de arboleda sólo tenía en común la existencia de fuertes taludes y grandes socavones llenos de escombros.

Los trabajos, por tanto, fueron muy parecidos a los realizados en la zona forestal, esto es gran movimiento de tierras en toda la superficie —quince hectáreas y media— y suavizando los taludes.

En los grandes calveros se hizo una plantación de cinco mil árboles y, en líneas generales, se transformó esta zona en un parque público, si bien, con cierto predominio del carácter forestal del conjunto de la Dehesa.

Así se crearon rodales o pequeñas extensiones de terreno con plantas de monte olorosas, como el tomillo, lavándulas, jaras, romero, etc. y se





plantaron diversas variedades de vivaces.

También se construyeron una serie de escaleras rústicas para facilitar los accesos a esta parte de la Dehesa y muros de contención de tierra y por toda la meseta superior, o sector prácticamente pelado se verificó la plantación masiva de grandes pinos —escayolados en su mayo-

ría— y árboles de sombra: **acer**, plátanos, olmos, chopos, **arcés**, cupresus y arizónicas. Se crearon numerosos paseos perfilados con macizos de césped en los que se insertaron varias manchas de flor.

Al igual que en la zona forestal se instalaron 1.600 metros de tuberías para conducción de aguas de riego y 59 bocas; bancos rústicos, bancos-mesas y papeleras.

Las fuentes de beber en ambas zonas se elevan a doce y se instalaron por toda la Dehesa 139 aparatos de juegos infantiles en espacios adecuados para el recreo de los niños y, finalmente, se niveló un campo de fútbol existente que, también, fue cercado con una barandilla metálica.

M. L. N



# UNA MISION GASTRONOMICA de la Real Sociedad Matritense de Amigos del País

Por Joaquín de ENTRAMBASAGUAS

Doña Paula de Demerson, en un documentado artículo (1), aportando importantísimos datos de gran interés económico y social, ha estudiado prolijamente el problema del hambre en Madrid, que con el desorden nacional que padecía España se agudizó de 1803 a 1804, y hubo de resolverlo en gran parte la *Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*.

Pero no parece haber conocido —ya que no alude a él— un rarísimo librito donde se completa este estudio desde el punto de vista gastronómico, que voy a comentar aquí, creo que por primera vez (2).

Se trata de un volumen en octavo menor—15,10×10,50 cm.—, cuya portada—v. en b., págs. 1-2—se reproduce a continuación:

Sigue en el libro en cuestión sin encabezamiento, una advertencia —página 3—, que copio fielmente por ser tan breve como esclarecedora de lo que trato en estas páginas:

«Método que, después de varios ensayos, ha adoptado una Comisión nombrada al intento por la Real Sociedad patriótica de Madrid (3) para componer de modo que agraden al paladar del pueblo español, y sean al mismo tiempo sanas y nutritivas, las comidas económicas que inventó el conde de Rumford, y de Real Orden de S. M. se han de dar en esta Corte en el invierno próximo (4);

ENSAYOS  
DE COMIDAS ECONÓMICAS  
Á LA RUMFORD,  
HECHOS POR UNA COMISION  
NOMBRADA Á ESTE FIN  
POR  
LA REAL SOCIEDAD  
ECONÓMICA MATRITENSE.

MADRID:  
EN LA IMPRENTA DE PACHECO,  
1803.



con expresión de su coste, arreglado a los precios que tenían, comprados por menor los simples de que se componen, en el invierno próximo pasado (5), que fue cuando se hicieron los ensayos» (6).

Como se ve, se llamaban oficialmente *comidas económicas* y no *sopas económicas* las preparadas «a la Rumford», lo cual les daba un tono de alta cocina francesa, si no fuese pura casualidad, no falta de humorismo.

Quizá la palabra *sopa*—aunque era más conforme a la realidad de la mayoría de estas *comidas*—no se empleó por evitar el recuerdo de la *sopa boba* que los conventos y otras instituciones piadosas daban a los menesterosos, supliendo con anterioridad el problema para el que ya no bastaban para aportar su solución.

Nótese que como a los pobres a los que se daba la sopa fueran trocándose en holgazanes, que con ella se alimentaban, dio lugar a la designación aludida y a frases tan expresivas como «Comer la *sopa boba*» y «Andar a la *sopa boba*», de las que acaso ha derivado, por su semántica, la popular y actual «Cobrar la *pasta gansa*»—*ganso* y *bobo* son sinónimos—, esto es cobrar los dineros sin esfuerzo.

En cuanto al inventor de tan humanitarios recursos tuvo una vida extrañamente agitada, aunque interesante. No fue alemán, como cree la señora de Demerson (7), ni siquiera europeo, sino norteamericano, como confirman su concepto de la gastronomía y su buen deseo de ayudar a todos espontáneamente, aunque, como en el caso de España, fracasara por idiosincrasia particularísima de sus indígenas. Benjamín Thompson, luego conde de Rumford, nacido en Massachusetts el 26 de marzo de 1753, tomó parte muy activa en la guerra por la independencia de su país, pero contra ella, del lado de Inglaterra, adonde se trasladó en 1776 para comunicar nada menos la ingrata noticia de que Boston había caído en poder de los sublevados contra la metrópoli, y, como consecuencia, se había tenido que evacuar a la población inglesa.

En Londres, el ministro de Colonias, que percibió la viva inteligencia de Thompson, le incorporó a su departamento, y por sus hazañas militares defendiendo los derechos de Inglaterra en los que habían de

ser al fin los Estados Unidos, logró que fuera justamente premiado nombrándole teniente coronel de Dragones.

En 1783 hizo una visita rápida a su país natal, y a su regreso, a pesar de su rápida carrera militar y política en Inglaterra, abandonó esta nación—llevado, sin duda, de un deseo ambicioso de escalar mayores alturas—para ponerse al servicio del elector de Baviera, el duque Carlos Teodoro, que seguramente vio en Thompson, decidido y eficaz, al que podía realizar cuanto su débil carácter no le permitía en aquellos momentos difíciles para su país, asediado por Austria esencialmente, y le ofreció amplio poder político y militar.

Le designó consejero de Estado y le encargó la organización del ejército bávaro, nombrándole asimismo ministro de la Guerra y concediéndole no mucho después el título de conde de Rumford.

La preocupación del nuevo conde de Rumford por los necesitados—que no debían de ser menos, proporcionalmente, que en España y los demás países de Europa—logró que se suprimiera en su nuevo país la mendicidad.

Fue presidente del Consejo de Regencia en 1796, mostrando, como siempre, talento y energía, y director general de Policía, quedando prácticamente bajo su dominio gubernamental toda Baviera.

A pesar de este agitado y fecundo vivir, político y militar, el conde de Rumford había dedicado mucho tiempo de su vida al estudio de la física y la química, adquiriendo en ambas justo renombre, y llegó a ser una notabilidad mundial por sus teorías sobre el calor y la luz, e inventó un termoscopio y un calorímetro, que fueron aceptados por el célebre naturalista francés Cuvier, sosteniendo Rumford desde entonces continuas relaciones con él, con Loivisier y otros hombres de ciencia de Francia, nación adonde se trasladó a la muerte de su protector el duque Carlos Teodoro, acaecida en 1799.

El conde de Rumford en Francia fue nombrado por sus indiscutibles méritos miembro de su Instituto en 1803, y dos años después de esta fecha, que es la del libro que comento, se casó, en 1805—un año después de fracasar en Madrid sus *Sopas o comidas económicas*—, con Ana María Paulsé, viuda del famo-

sísimo Loivisier, muerto, con su suegro, en el cadalso popular durante la Revolución francesa.

La viuda de Loivisier vino a ser condesa de Rumford, pero por poco tiempo. No debió de ser feliz en su segundo matrimonio con el inquieto norteamericano, ya que en 1809 promovió la separación de él, que le fue concedida.

El conde de Rumford después de su divorcio pudo ya entregarse exclusivamente a sus estudios científicos, que, por otra parte, nunca había abandonado, y murió en Auteil el 21 de agosto de 1814.

Respecto de sus *comidas económicas*, no sólo fue el creador de ellas, sino también de los fogones o *cocinas económicas*, destinados a hacerlas, evolucionando constantemente, pero con el nombre de su inventor, Rumford, durante el siglo pasado, mientras que las comidas fueron olvidadas después de ser ensayadas en Alemania, en Francia y en España, sin éxito, como se ha visto, refiriéndonos a nuestro país, a pesar de que no puede negarse su valor alimenticio a base de proteínas, de hidratos de carbono, grasas e, insospechadamente para la época, de vitaminas diversas.

En cuanto a la indicación de que se intentaba adaptar las tales comidas «al paladar del pueblo español», se deduce, por los «simples» o componentes, que lo harían empleando el pimentón, que había de freírse «un poco»—por menos de nada lo quemarían—y en parte era picante (8); los cominos, tan árabes; los ajos y las cebollas, muy mediterráneos, pero universales, que odiaba Don Quijote y la cocina francesa emplea tan discretamente; la hierbabuena, andalucísima, como el clavo, que aún tiene en Andalucía una variedad más aromática que llaman «madre clavo»; los arenques secos, típicos de Levante, que al parecer costaron la vida a Comella, la caricatura ridícula de Lope de Vega; el laurel, que, a través del *Mare Nostrum*, abandona las poéticas sienes de Apolo para ahogarse en el prosaico y sabroso estofado, y, en fin y sobre todo, el vinagre, que, como consecuencia fácil de nuestra riqueza vinícola, se ha desbordado desde antiguo de los escabeches y los adobos para inundar la ensalada—menos mal que lo aminora el agua en que popularmente suele nadar, sin admitirse el jugo de limón, no menos asequible, con sus poderosas



vitaminas—, a pesar de los ciertos versos que preconizan su aderezo o aliño:

«La ensalada, bien salada;  
poco vinagre y muy aceitada.»

que tienen numerosas variantes, aunque siempre con el mismo sentido.

Ese abuso del vinagre entre el pueblo español, tan grato a su paladar, singularmente en Castilla, Extremadura y Andalucía, es la causa de que ya en la juventud misma de esas regiones haya tantas dentaduras decalcificadas—y no por la finura del agua, a que lo achacan—y tantos estómagos estragados, que han impuesto, como si fuera un condimento cotidiano, el bicarbonato en la mayoría de las mesas, costumbre tan extraña como característica del comer popular español, desgraciadamente (9).

Tal era lo esencial, para los organizadores de las *comidas a la Rumford*, al gusto del pueblo español—y lo peor es que sería verdad—, bien distinto del «buen gusto», al que propugnó siempre en otras cosas, porque es innato en él.

Sigue a esta advertencia que he comentado, acaso largamente por creerlo necesario para lo que se expone aquí, el *texto* de la obra propiamente dicho—páginas 4-19+1 en b.—donde se dan las recetas de las *Comidas* o sopas, que son dos, así como las de otras comidas que son *Menestra*, *Albondiguillas*—árabes hasta en el nombre—y *Pudding*—recuerdo de la sangre inglesa del inventor—; en total, cinco, a las que siguen unas Advertencias.

Las recetas de las dos *Comidas*—la «número primero», págs. 4-5, y la «número segundo», págs. 6-7—son impresionantes desde el punto de vista gastronómico, y se comprende que los madrileños, más excitados por ellas que alimentados—pese a sus indiscutibles componentes nutritivos—tuvieran arrestos, aun después de cuatro años, para organizar el Dos de Mayo.

La verdad es que las dos comidas—dando de lado su valor dietético—, a base de *almortas* (10) o de *guisantes*, secos por añadidura, respectivamente, son dos benéficas bazofias en las que entran, además, patatas, cebollas, pimentón molido dulce y picante, ajos, cominos, sal, aceite, vinagre y agua, naturalmente, que estaba en proporción doble

a todo lo demás, tanto en la primera como en la segunda, salvo que en ésta se añadía además un poco de harina de cebada.

Entre las recomendaciones de las recetas, para su buena ejecución—algunas dignas de Pero Grullo, reveladoras de que en la Corte pocos sabrían guisar—merece citarse la de que «La cebada es de mucho alimento y muy sana»... para los caballos, y los ingleses y norteamericanos que la comen, en copos, al desayuno, pero no para los infelices madrileños, cuyos chistes sobre todo esto no nos han llegado.

La *Menestra*—páginas 8-9—es digna compañera de las comidas anteriores. Venía a tener los mismos componentes, sólo que las almortas y guisantes—éstos, ignoro la razón, siendo tan *menestrables*—se sustituían por acelgas, lechugas, habas y hierbabuena. Lo único gracioso de este desastre gastronómico es que se echaban en la *menestra*, no sé por qué, seis partes de patatas cocidas y dos crudas, a no ser que las primeras, como en el *pote gallego*, formaran la consistencia del caldo.

La receta de las *albondiguillas*—plato popularísimo en España y más aún en Madrid—merece copiarse íntegra como muestra de los métodos innovadores de los *Comidas a la Rumford*, «al paladar del pueblo español», pues no hay más que pedir sino el no llegar al trance de comerlas, pues parecen recordar la alimentación de los madrileños en la época roja de nuestra guerra de Liberación, en un día de alguna suerte (11):

Se cuecen las patatas, y luego que lo estén se dejan enjugar, se pelan, y machacan bien en un almirez, o en un mortero, que es mejor para el caso, hasta que formen una pasta correosa como la de buñuelos. En tal estado se les echa la mitad del perejil bien picado: los ajos, los clavos, y la mitad de la pimienta y del pimentón; pues la otra mitad es para la salsa, bien que en esto puede hacerse cualquiera variación según el gusto de quien lo haya de comer, aumentando o disminuyendo las porciones de dichas especies, como mejor parezca, y lo mismo sucede en cuanto a la sal. Teniendo el punto que se desea, respecto del sabor, se revuelve muy bien todo ello con un cucharón, hasta que se haya mezclado perfectamente. Conseguido esto se le echa una corta porción de harina, como una cuarta parte de onza, con corta diferencia, por libra de patata: se revuelve nuevamente, y en estando bien mezclada se echa a la pasta otra corta porción de agua hirviendo para que tome consistencia, y se mezcla con ello. Las albóndigas se harán mejor entre las manos que con dos cucharas, como algunos acostumbran. Si se hiciesen con las manos se untarán las palmas con un poco de vinagre y aceite, para que rueden y tomen la figura de globo; si con las cucharas, también se untarán éstas con lo mismo. Formada la albóndiga se echa a rodar sobre la harina, para que no la penetre el agua al tiempo de cocerse. Hecho todo esto se ponen en agua hirviendo, y se tienen en ella, sin quitarlas de la lumbre, hasta que naden por encima, que es la prueba de estar

#### ALBONDIGUILLAS

	Libras	Onzas	Adarmes	Reales	Maravedís
Patatas ... ..	9	—	—	2	17 3/5
Harina de trigo ... ..	1	—	—	2	—
Pimienta ... ..	—	—	3	—	6 2/5
Pimentón dulce ... ..	—	—	12	—	4 1/2
Id. picante ... ..	—	—	6	—	2
Clavos ... ..	—	—	1	—	2 1/2
Ajos ... ..	—	—	12	—	4 1/2
Perejil ... ..	—	1	—	—	16
Sal ... ..	—	4	—	—	4 2/3
Cebolla ... ..	—	3	—	—	3
Aceite ... ..	—	8	—	1	4
Vinagre ... ..	—	4	—	—	5 1/3
Agua ... ..	12	—	—	—	—
	23	6	2	7	2 1/2



cocidas. El agua se sazona con la otra mitad del perejil, la cebolla, la sal, la pimienta y el pimentón. La cebolla ha de ser frita, y no se echará hasta que hayan de apartarse las albóndigas; pero el perejil ha de cocer con ellas.

También se echará en esta salsa el aceite y el vinagre que haya quedado de la porción que sirvió para untarse las palmas de las manos, o las cucharas.

A la pasta se la puede añadir huevo, y cualquiera otra cosa que se quiera, especialmente anchoas o arenques, donde cuesten poco, en cuyo caso saldrá un plato delicado.

Resultan 20 libras, con corta diferencia, de estas porciones, y viene a salir cada una a 11 maravedís.»

Realmente no le falta a la tal receta más que mezclar con los *ingredientes*—como ahora se dice, norteamericanamente—el sistema métrico decimal, socorrismo de los malos cocineros sin paladar, e ilustrarla con una magnífica fotografía en color para que parezca una página de algunos de esos desvergonzados libros de cocina, que con vista al turismo, pero con ignorancia ciega para la gastronomía, nos marean ahora con sus títulos rimbombantes, sus pedanterías y errores históricos, y su oquedad de buen guisar y buen comer.

En lo que atañe al *Pudding*—exceptuando la perfecta ortografía, que conservó la comisión renovadora de Rumford para los españoles, ya que no lo demás—bastaría enumerar los «simples»—nunca mejor dicho—de la receta para erizar los cabellos de la más humilde ama de casa británica, por poca sensibilidad que tuviere. Y si no al canto: patatas, queso, clavos, hojas de laurel, aceite, harina de trigo, sal y agua, en proporción de dos libras menos que las patatas. Y el modo de hacerlo no desdice nada:

«Se cuecen las patatas, se pelan, y se machacan en un mortero. Se ralla el queso. Se muele el laurel y los clavos. Se mezcla esto con la patata y lo mismo la harina. Luego que todo está bien trabado, se echa en una tartera o cazuela, con el aceite frito. Se pone ésta entre dos fuegos, no muy fuertes, el uno encima y el otro debajo, hasta que se tueste. También puede cocerse en el horno» (12).

Esta receta debió de ser sin duda la mayor innovación realizada con la mejor intención y el peor paladar,

por la comisión de la *Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*—y enemigos de la gastronomía en esta dura ocasión—y quizás la que dio al traste con todo lo mucho que, aquella magnífica institución hizo por los madrileños hambrientos, con el cierto optimismo que revela este párrafo que sigue a las recetas y precede a las *Advertencias*.

«Por los métodos indicados podrán hacerse otras muchas comidas con diferentes semillas. En Madrid no se ha hecho uso de ellas por ser muy caras. La menestra también puede variarse, añadiendo unos simples y quitando otros, según las estaciones los produzcan y los pueblos donde se hagan. Y en cuanto a las dosis de pimentón, sal, &, pueden también hacerse variaciones, arreglándose al gusto del país donde han de comerse» (13).

Las *Advertencias*—nueve en total—que van a continuación—páginas 14-19—se refieren principalmente a las cuestiones económicas y técnicas, salvo la sexta y la novena, que vienen a ampliar el párrafo transcrito y nos aclaran algo más las innovaciones realizadas en las *Comidas a la Rumford* y dan datos de la carestía de Madrid—que no ha variado, al menos desde entonces—y otros de interés sobre alimentos:

«La Sociedad puso toda su atención en sus experimentos, en ver cómo conseguía que dichas comidas económicas, fuesen nutritivas, sanas, baratas y agradables al paladar español. Para esto necesitó substituir a varios artículos usados por Rumford, que son sumamente caros en mucha parte de la Península, otros que reuniesen su poco coste con la general aceptación, y contando con las legumbres más baratas en Madrid, no ha podido adoptar por comidas económicas más que las que se expresan, y con especialidad las tres primeras. Pero no duda que en las provincias se podrán inventar otras muchas por la facilidad de usar de infinitos artículos que son bien costosos en la Corte» (14).

«Donde no hubiese patatas se podrán substituir [por] los nabos, la calabaza encarnada, conocida en algunas provincias con los nombres de *totanera* o *patatera*, o cualquiera otra raíz harinosa.»

Quizás en estos textos está la clave del fracaso gastronómico, que fue unido al económico, por otras razones (15), pese a la magnífica voluntad de los organizadores de esta be-

néfica labor, para la que quizás no estaban capacitados por la falta que demuestran de conocimientos culinarios los redactores del libro.

El error esencial, nació, sin duda, de esta misma ignorancia; de seguir un sistema, modificándolo en lo fundamental de tal suerte que perdió sus más firmes peculiaridades, que, en vano podía sustituir el intento de complacer «al paladar del pueblo español», muy diferente de lo que creían seguramente, pues las tales *Comidas* resultaron «menús empalagosos, más empalagosos aún por su monotonía y hechos más bien para fastidiar el estómago que para colmarlo de satisfacción» (16).

No ofrece duda el que con los mismos elementos alimenticios, que han ido saliendo en estas páginas, y la gracia que siempre tuvo el pueblo madrileño para aderezar y guisar—hasta lo más humilde como los caracoles, por ejemplo—las *Comidas Económicas*, sin dejar de serlo, hubieran sido también apetitosas, pues sólo aquellos momentos tremendos de hambre en Madrid, explican que se devoraran.

Todo esto «no resta mérito a los celosos inventores», como ha dicho la señora Demerson (17) y yo suscribo totalmente cambiando el «celosos» por «ignorantes» que fue la verdadera causa de que fracasara en Madrid el sistema de *Comidas Económicas a la Rumford*, que había triunfado en varios países de Europa.

J. de E.

(1) *La distribución de sopas económicas por la Real Sociedad Matritense en 1803-1804.* (En *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Enero de 1969 (páginas 118-135).

Para tan paciente trabajo ha utilizado la autora los documentos administrativos que «se encuentran prolija y desordenadamente esparcidos en veintisiete legajos del Archivo» de dicha Sociedad.

La señora de Demerson exagera no poco al afirmar «el problema de la miseria endémico en España», que de modo tan absoluto pudiera extenderse a cualquier país, ya que ninguno ha tenido siempre la misma prosperidad. No creo que a estas alturas en el estudio de la realidad social de la novela picaresca, por ejemplo, tome, como datos reales, lo que en este sentido aparece, con claroscuro de aguafuerte, en nuestra lite-



ratura clásica, sobre todo en la prodigiosa invención novelística de la picaresca.

En España, como en Francia, como en Italia, por no citar sino los países románicos de mayor cultura, ha habido en la historia épocas de miseria, como de esplendor, sin que se pueda afirmar que la una o el otro son endémicos, esto es periódicos, cuando están sujetos al azar histórico y no pueden preverse.

El momento de miseria en España, a comienzos del siglo XIX, se explica por la situación gubernamental a que había llegado, con el desdichado trío del cretino de Carlos IV, su inverecunda cónyuge y el favorito Manuel Godoy, incalificable por falta de epítetos.

No obstante, el pueblo español había de demostrar, no mucho después, que en esa miseria en que le habían puesto, sus gobernantes, no carecería de vitaminas ni de grandeza para mantener su independencia.

(2) No tengo noticia de otro ejemplar que el que figura en la colección gastronómica, de mi biblioteca, pues no he dado con él ni en la biblioteca de la Real Sociedad Matritense de Amigos del País, que lo editó, ni en la Biblioteca Nacional de Madrid, ni en otras que he consultado.

La señora de Demerson, en su citado artículo —pág. 120—, alude a una traducción que se hizo de la obra *Essais politiques, économiques et philosophiques*, del conde de Rumford —Ginebra, 1798-1806, tres tomos, por el señor Agüero, miembro de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, en 1800, «y el 7 de junio del mismo año, ya iba bastante adelantada la versión del primer cuaderno. Unos meses después, el público, enterado, por un prospecto, pudo leer la obra entera, repartida en seis cuadernos». Lo que subrayo implica un error, bibliográfico, que no alcanzo a esclarecer, teniendo en cuenta que la obra original no estuvo acabada y publicada, en su totalidad, como se indica más arriba, hasta 1806.

En el librito, objeto de estas páginas, se descubre que su autor o autores conocían la obra de Rumford en su original, pues no aluden a la traducción española, que debió de quedar manuscrita, si es que se hizo, como parece.

Debo dar las gracias a mi amigo y compañero don Guillermo Gustavino, director de la Biblioteca Nacional de Madrid, y al bibliotecario de la misma, señor Polo, quienes me comunican que no existe ninguna traducción española de la obra de Rumford en ese centro ni tampoco en la Biblioteca Nacional de París ni en el British Museum. De la edición original de los *Essais*, de Rumford, an-

teriormente aludidos, hay un solo ejemplar, incompleto, en la Biblioteca Nacional.

En todo caso no hay entre esto y el librito que ha motivado este trabajo más relación que la puramente temática.

(3) Creo inútil aclarar que se trata de la Real Sociedad Matritense de Amigos del País, que bien podía definirse de esa suerte.

(4) El de 1804.

(5) El de 1803.

(6) Para los componentes de la Comisión nombrada por la Sociedad, los ensayos realizados, la cuestión económica y la Real Orden a que se alude, véase el citado artículo de la señora de Demerson (páginas 120-121; 122-125 y 127-130).

(7) Artículo citado, pág. 120.

(8) Creían con este condimento acertar «per suppositio», afirmando, con respecto a las comidas creadas por Rumford, que el paladar del pueblo madrileño, «acostumbrado siempre a comidas fuertes y de viva sensación (i), no era creíble admitiese otras carentes por completo de aquellos requisitos». Y en ello empezaron a equivocarse, pues se reconoció que la comida concebida con estas prevenciones «tenía un sabor demasiado picante». Bien es verdad que los mismos innovadores de Rumford creían que los alemanes —sin tener la menor idea de su cocina, tan rica en especias y mostaza cuando menos —«acostumbrados a comer maíz, centeno y cebada (ii) eran gente fácil de alimentar». (Demerson, artículo citado, págs. 128 y 123, respectivamente.)

(9) Una de las secciones donde se hacían las Sopas, como resultaban insípidas sugirió a la Sociedad la idea de sustituir el vinagre por huesos de vaca y cabezas de carnero, para darle más sabor. El gasto sería mínimo. Cada sección necesitaría cuatro cabezas al día, que representaban la cantidad de ocho reales, o sea, medio real más que el aceite que venía a templar la acidez del vinagre.

Por otra parte, para suplir la insipidez de las Comidas, que debió de ser la madre del cordero, que no había, cierta sección «daba pescado y garbanzos y que había extrañado esta novedad», según denuncia de otra.

Asimismo, se fabricó un «pan de patatas», de influencia alemana, segura-

mente que gustó mucho, aunque cualquiera hubiera preferido —con el buen gusto que tiene siempre el pueblo— «un pedazo de pan solo, si les diese a elegir entre él y la vianda más deliciosa», que dicho sea de paso no aparece ni aún en la mitad por ninguna parte. (Cfr. Demerson, artículo citado, págs. 128 y 129 y 130, y 123-124, respectivamente).

(10) En el libro se anota: «Esta semilla se conoce en otros pueblos de España con los nombres de *guijas*, *muelas* y *alverjas* (sic) *cuadradas*». En cambio no dice el anónimo anotador que la harina de ellas ha sido empleada, desde tiempo inmemorial, con sabrosos acompañantes, en las famosas y típicas *Gachas Manchegas*, que un colega y paisano mío, me definía como «una cataplasma muy rica», según recordé en otra ocasión.

(11) No obstante, aunque eran unas *albondiguillas* sin carne, que es lo esencial de ellas, y de la mala traza que se verá, «gustaban mucho a los soldados y demás gente» (Demerson, artículo citado, págs. 128-129). No acierto a determinar qué grupo social constituían los «soldados y demás gente», que se equiparan, pero sí a suponer qué comería —o mejor cómo ayunaría— aquel pobre y extraordinario ejército que no tardaría en demostrar su enorme potencia, junto con el pueblo—acaso esa «demás gente» unida a él—, aunque comieran *albondiguillas* de pega.

(12) Páginas 13-14. Lo increíble es—después de conocer la receta del *Pudding*— que, según datos hallados por la señora Demerson, «resultó sumamente sabroso» (Artículo citado, pág. 129). Tal vez pareciera así a los hambrientos «soldados y demás gente», como a nosotros nos revela la medida del hambre que se padecía en Madrid.

(13) Página 14.

(14) Página 17. Una prevención semejante constaba, previendo censuras, en las actas de la Comisión. (Cfr. Demerson, artículo citado, pág. 132.)

(15) Véase el tantas veces citado artículo de la señora Demerson, donde se detallan todos los innegables errores de todas clases y algunas irregularidades que cometieron los organizadores.

(16) Cfr. Demerson, artículo citado, páginas 127-128.

(17) Artículo citado, pág. 135.



# EL ARCHIVO MUSICAL DE LA BANDA MUNICIPAL DE MADRID

Por RODRIGO A. DE SANTIAGO

Director de la Banda Municipal

*"Es un elemento de cultura artística. No todo ha de ser construir alcantarillas, y estoy decidido a crear la Banda Municipal."*

CONDE DE PEÑALVER

(Pleno del Ayuntamiento del día 4 de agosto de 1909.)

Al regreso de Valencia — donde asiste a las tradicionales fiestas de julio de 1907 como invitado de honor representando al Ayuntamiento de Madrid—el concejal del mismo don Luis Casanueva, en su mente germina una sola idea al recuerdo de lo visto y escuchado; idea o proyecto que pronto habría de ser una feliz realidad al contar con el valioso apoyo—además de la autoridad moral y del cargo—del conde de Peñalver, alcalde-presidente de la capital de España: la creación de la Banda Municipal madrileña.

Toda la belleza de lo contemplado y escuchado en la hermosa capital del Turia por el señor Casanueva—exquisito melómano por antonomasia—se resume en un principal elogio: al gran concurso de bandas de música civiles y a la colaboración especial de las bandas *Republicana de París* y la de la *Municipalidad de Beciers*.

Ese, y no otro, fue el antecedente de nuestra Banda Municipal.

Con la Banda Municipal madrileña se inician, aparte de sus cualidades artísticas, ya apreciadas en su concierto de presentación, las educativas del pueblo en cuanto a la buena música se refiere, y otra

importante faceta que a lo largo de sesenta años ha ido creciendo sin pausa alguna; un binomio que, si bien dispar (arte y crematística, es decir, valor intrínseco de las obras), discurre por un mismo sendero y se complementan: el valioso archivo musical de la Banda Municipal de Madrid.

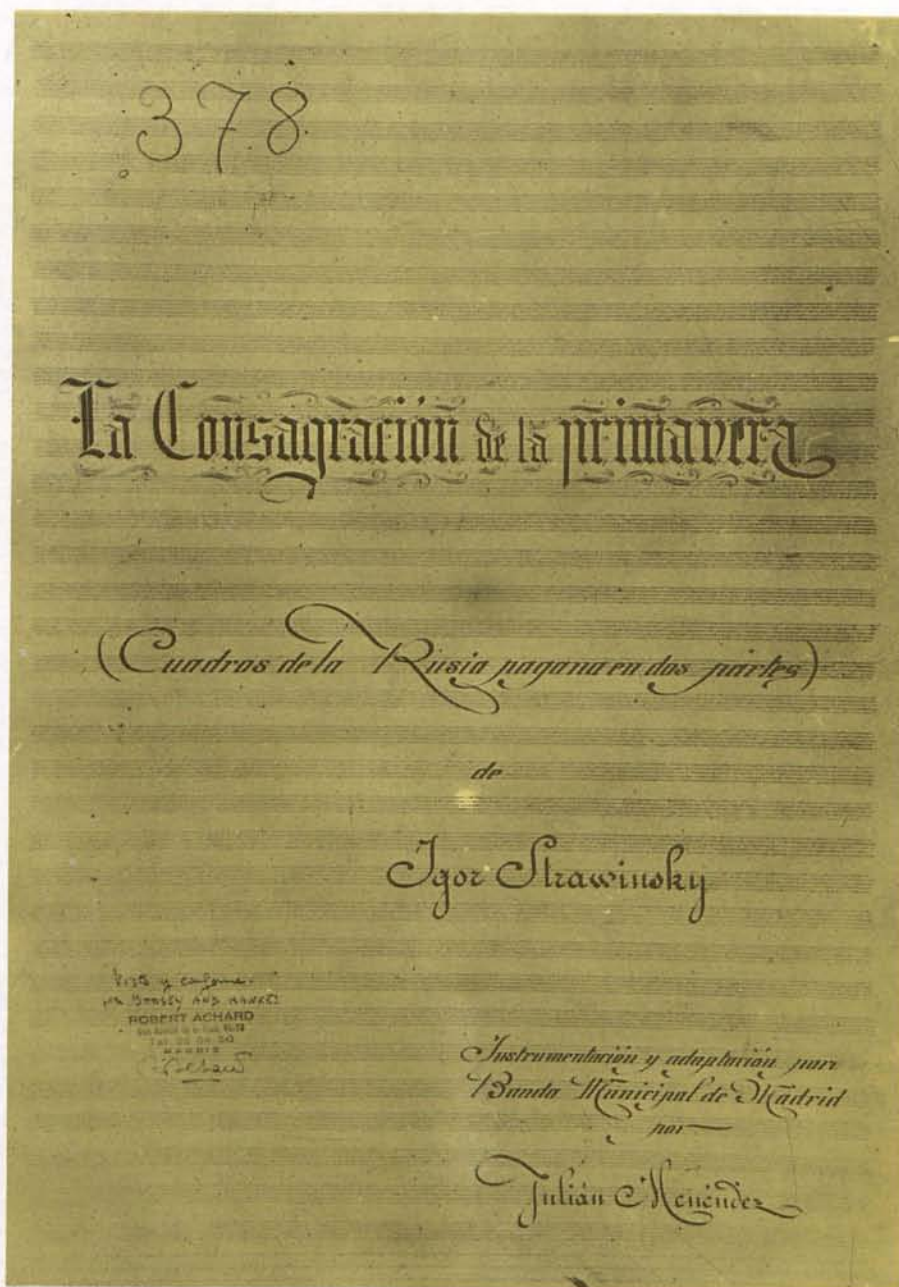
Entre donaires y leves quejas, el admirado y siempre recordado don Mariano de Cavia señala en su ya famoso artículo «Entrada de los dioses en Lavapiés o la Walhalla de la Chinche» (28-VI-1909): «Ciertamente que en el programa figuraban un delicioso pasacalle de Chapí y una admirable jota de concierto de Fernández Caballero. Pero..., pero los honores de la casa debe hacérselos al forastero el dueño de la misma, y ha sido de gran lástima que los dioses wagnerianos hayan entrado en Lavapiés sin que el autor de «El barberillo de Lavapiés» les haya dicho, venciendo añejas diferencias de doctrina: ¡Pasen ustedes adelante, que esta casa es muy de ustedes! Más adelante señala: ¿Que el repertorio español, y por añadidura madrileño, de la Banda Municipal no está completo todavía? Pues hay que completarlo pronto, a

la española y a la madrileña, que para eso la Banda es de Madrid, capital de España.»

Por el año en que hace su aparición y presentación pública la Banda (año 1909) no podía ser tarea fácil el habilitar un programa en el que la música española (Albéniz, Falla, Turina, etc.) pudiera oírse por un conjunto bandístico, y solamente la zarzuela grande y el género chico—en arreglos principalmente para bandas militares de plantilla instrumental mediana—comenzaban a subir a los atriles de los citados conjuntos, así como en alguna que otra banda municipal de cierta categoría.

Por otro lado, la plantilla especial de la Banda Municipal madrileña—uno de los principales *caballos de batalla* de los maestros Villa y Garay—exigía un repertorio *ad hoc*, por lo que no hubo otro remedio que *echar mano a partituras de plantilla extranjera*, hasta poner en marcha y exigir del esfuerzo personal de los directores y de algunos de los profesores del conjunto las adecuadas transcripciones para tan compleja combinación instrumental cual la de nuestra Banda Municipal.





¡Ahí es nada! Irrumpir en Lavapiés, pura esencia del casticismo madrileño, con la «Entrada de los dioses en la Walhalla», de Ricardo Wagner. ¿Propósito intencionado del maestro Villa al enfrentar dos sentimientos antagónicos cual el mensaje artístico-sonoro wagneriano y el humano receptor del mismo, es decir, los vecinos del barrio de Lavapiés? ¿Quién pudiera saberlo! Pero si hubo o no propósito, el resultado fue la aceptación, en olor de multitud y de éxito, de la página wagneriana.

El maestro Villa fue un convencido y obstinado defensor de la verdad artística que el mensaje wagneriano aportó a la música dramática, de ahí su enfervorizado afecto a la música-novedad y a la persona genial que la instauró. No olvidemos, por otra parte, su puesto de director de la orquesta del Teatro Real, donde preferentemente subían a la escena las obras más representativas del genial coloso de Leipzig.

En el concierto de presentación de la Banda en el Teatro Español

(llamado ensayo general) figuraron las siguientes obras: una sola española—la «Marcha solemne», del propio director, maestro Villa, en la que concurría el hecho de ser su primera instrumentación para banda—; el «Andante cantabile» del cuarteto en *re*, op. 11, de Tschai-kowsky, y tres obras de autores y transcritores extranjeros: «Rapsodia húngara» núm. 2, de Liszt, en instrumentación de C. Hellmann; obertura de «Oberón», de Weber, instrumentada por G. Witmann, y la «Gran fantasía de la Walkiria», de R. Wagner, en instrumentación del maestro A. Seidel.

Desde ese momento el repertorio de la Banda aumentó sin obstáculo alguno y la música española—sinfónica, de zarzuela y la especialmente compuesta para banda, como suites, rapsodias, fantasías, etcétera, de carácter regional, fueron valorando en número y calidad artística el fondo musical del conjunto hasta llegar a su espléndida realidad actual, la que sin sonrojo alguno podemos considerar de inigualable en su característica bandística, en lógica correspondencia a la composición instrumental del conjunto madrileño.

En él—al archivo musical nos referimos—puede seguirse paso a paso la evolución profesional en el arte de la transcripción de maestros como Villa, Vega, López Varela, Yuste, Echevarría, Martín Domingo, Menéndez, Linares, Gómez, San Miguel, Pérez Monllor, Méndez, Urizar, Molina, Hidalgo, López Juarranz, Martos, Gaona, Santamaría, Franco (R.), López Fernández, Esquembre, Gómez de Arriba y un numeroso etcétera, por no hacer interminable la relación.

En la actualidad figuran en el archivo de la Banda Municipal obras y autores españoles como Albéniz, Granados, Falla, Turina, Rodrigo, Gómez (J.), Sorozábal, Moreno Gans, Villa, Pérez Casas, Vega, Echevarría (V.), Fernández Arbós, Arriaga, Del Campo, De Santiago, Palau, Calés, Esplá, etc., así como los compositores líricos Chapí, Chueca, Barbieri, Oudrid, Vives, Moreno Torroba, Díaz Giles, Guridi, Rosillo, Guerrero, Rebollo, Alonso, Sorozábal, Usandizaga, Balaguer, Soutullo, Vert, Valverde, Bretón, Villa, etc.

En el aspecto de música menor, exclusivamente en el pasodoble español, está todo lo mejor del género, comenzando por Álvarez, Lope, Juarranz, Roig, Esquembre, Cebrián,



Alonso, Pérez Chovi, Zabala, Marquina (Pascual y Santiago), Martín Domingo, Ledesma, Franco (R. y J.), Soutullo, Freire, Javaloyes y un buen cortejo de nombres, como final de la relación parcial escrita.

El catálogo en obras y autores extranjeros—género sinfónico—es de una calidad y número impresionantes; puede decirse que están presentes todos los autores y estilos musicales, a excepción de la música dodecafónica, la aleatoria, electrónica, etc. (si bien figura en el archivo el creador del dodecafonismo, el austriaco *Schoenberg*), pues son géneros musicales difíciles de llevar con propiedad a los conjuntos musicales banda.

Auber, Bach, Beethoven, Berlioz, Bizet, Borodin, Boccherini, Brahms, Casella, Chabrier, Chopin, Cherubini, Champertier, Dukas, Debussy, Dvák, Delibes, Elgar, Enesco, Franck, Flotow, Glinka, Gottschalk, Glazounow, Gounod, Grieg, Humperdinck, Haendel, Haydn, Honegger, Ivanow, Ibert, Kachaturian, Kodály, Lalo, Liadow, Liszt, Mascagni, Massenet, Mancinelli, Mendelssohn, Messager, Meyerbeer, Moussorgsky, Mozart, Mosolow, Orff, Parés, Prokofiev, Ponchielli, Puccini, Rossini, Rachmaninoff, Rameau, Ravel, Rimsky-Korsakoff, Respighi, Saint-Saëns, Schubert, Suppé, Strauss, Straus (J.), Stravinsky, Schumann, Sibelius, Smetana, Schoenberg, Thomas, Tchaikowsky, Verdi, Weber, Wagner, por citar los más importantes.

Las más renombradas sinfonías, oberturas, poemas sinfónicos, suites, rapsodias, fantasías, scherzos, etcétera, figuran en el archivo musical de la Banda madrileña, y puede decirse *que no es un archivo muerto*, sino vivo, pues todas las obras han sido interpretadas y siguen interpretándose ininterrumpidamente.

Entre los numerosos testimonios de admiración, de elogios tributados a la Banda por personas técnicas, hay dos hechos en el transcurso de la ya dilatada vida del organismo que no deben ser silenciados, siquiera como testimonio de subido valor.

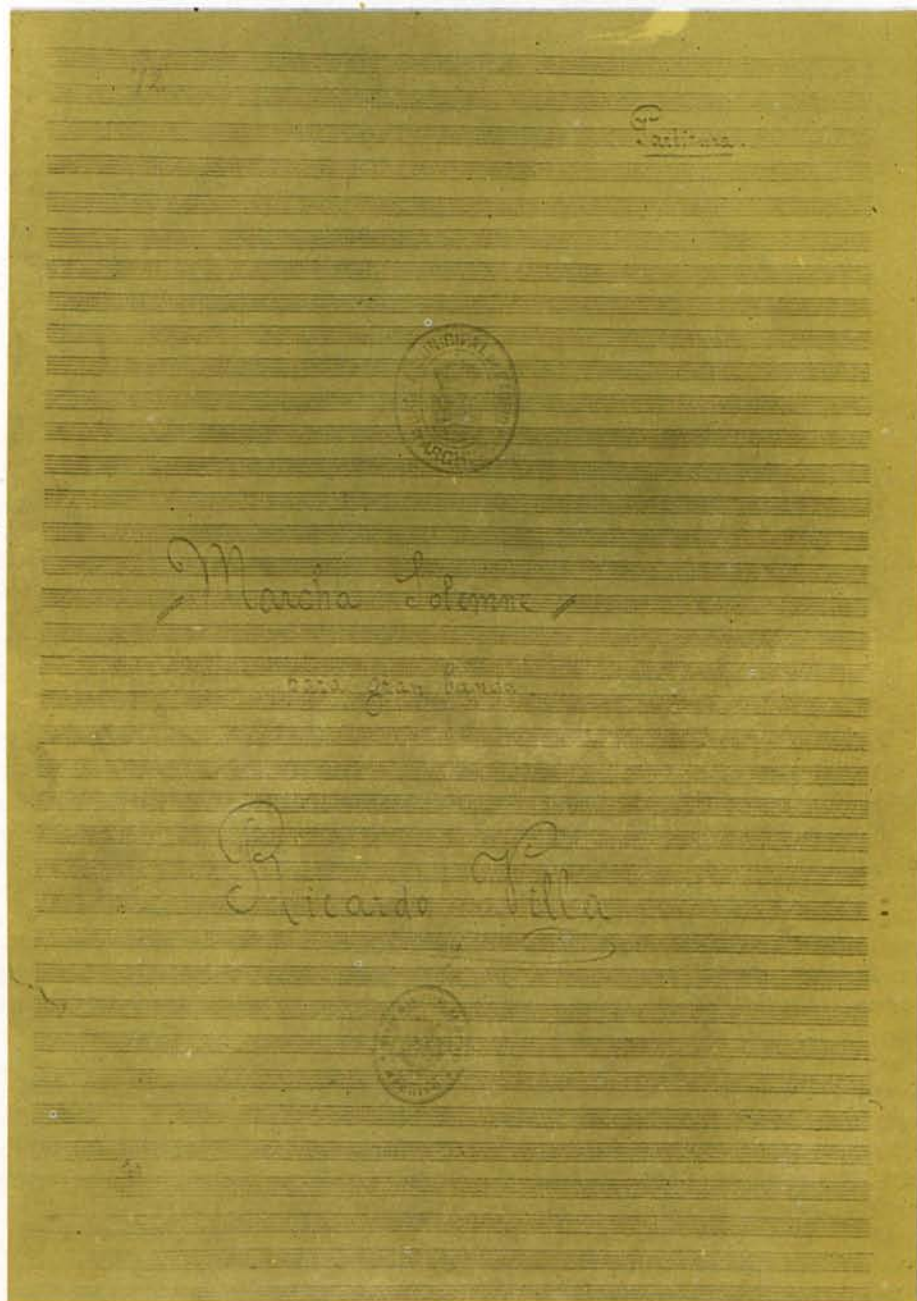
El 23 de marzo de 1955 se celebró un concierto de carácter extraordinario en el Teatro Español de nuestra capital con motivo de la estancia en la misma del insigne compositor Igor Strawinsky, quien, invitado por el Excmo. Ayuntamiento, habría de asistir al mismo y escu-

char a nuestra Banda, en cuyo programa figuraba—en versión instrumental realizada por el profesor de clarinete y solista del conjunto madrileño don Julián Menéndez—la «Consagración de la primavera», del genial compositor—una de las obras cumbre del siglo XX—, que como obra de honor figuraba en la histórica audición.

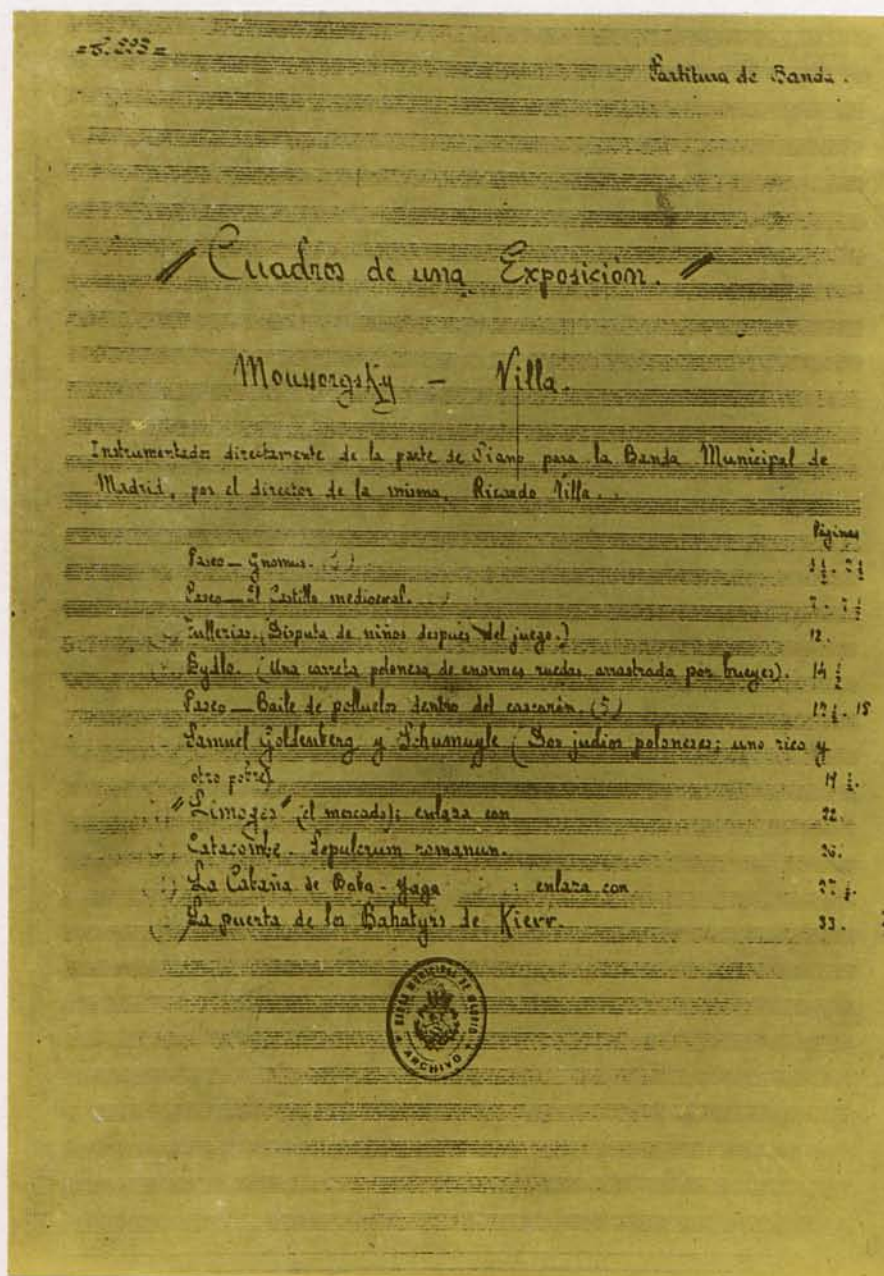
Cuando Strawinsky tuvo conocimiento del acto programado en su honor aceptó el mismo, y solamente expresó un temor al respecto en cuanto a su obra: ¿Qué pasaría con los «pizzicatos» de la cuerda que esmaltan continuamente la partitura de la «Consagración» cuando éstos fueren llevados a instrumentos

de viento? El temor de Strawinsky estaba justificado, pues, a mayor abundamiento, desconocía la plantilla instrumental de la Banda, la categoría de sus profesores y la veteranía de su director, maestro Arámbarri; de ahí su preocupación por la calidad del trabajo y por el resultado del mismo ante el público madrileño.

El maestro ruso, por una indisposición repentina, no pudo acudir al concierto, pero su persona de confianza, representante de los editores de la mencionada obra, señor Rober Achard, asistió al mismo, y al término de la audición felicitó a los profesores y a su director, haciendo grandes elogios de la alta







calidad del conjunto, así como de su delicada musicalidad, a la notable interpretación de la obra y al transcriptor de la misma, para quien tuvo elogios sin tasa. Con la plena autorización del maestro Igor Strawinsky y de la casa editora de la obra, escribió en la primera página de la partitura lo siguiente: «Visto y conforme por Boosey And Hawkes. Rober Achard. Don Ramón de la Cruz, 96-98. Teléf. 35-64-50. Madrid.»

En 30 de septiembre de 1925 el maestro Villa instrumenta «Petrouschka», y salta bruscamente nuestra agrupación instrumental de nuestros castizos ritmos, de lo simplista de

la «Danza macabra» de Saint-Saens y de las opulencias sonoras de Wagner a la grandilocuencia y complejidad y gigantismo orquestal—por lo tanto, gigantismo instrumental bandístico—de R. Strauss con su «Sinfonía alpina», para pasar de lleno «a la simultaneidad de figuras rítmicas con el cortejo de oposiciones de compases binarios-ternarios y otras particularidades donde Strawinsky revela la originalidad de su genio y su incesante sentido de invención», y, por último, a la sutilidad armónica, sabrosa, y el gusto por el ritmo impar de Ravel, genial autor de Daphnis y Cloé.

Es un hecho de gran trascenden-

cia en la música bandística, carente hasta ese momento de un pleno dominio de las enormes dificultades rítmicas, tímbricas, armónicas y de escritura que presenta toda obra strawinskyana, que abre paso, a su vez, a los «Cuadros de una exposición», de Moussorgsky, instrumentada también por don Ricardo, directamente de la parte de piano original.

Desde ese momento se abre un período de interpretación de las obras por aquel entonces llamadas modernas, que continúa en la actualidad.

Es muy difícil que banda de música alguna en el mundo haya abordado las obras—mejorándolas, desde luego—que constituyen el rico archivo musical de la Banda Municipal de Madrid, y que las versiones que se ajustan a su plantilla instrumental tengan parangón posible, corroborado este último dato en la última reunión—a escala mundial—de directores de bandas de música civiles y militares celebrado en Ginebra, donde la plantilla instrumental de nuestra banda, que representaba a la nación española, fue considerada y posteriormente aprobada «como la plantilla ideal para las grandes bandas de música del mundo».

¿No sería posible—es una sugerencia a nuestra dignísima Corporación municipal—usar de un sistema de fácil reproducción, como con los que en la actualidad se cuenta, para formar un fondo de obras transcritas—las más importantes desde el punto de vista artístico—por los especialistas más responsables, que las resguarde de posibles accidentes de destrucción, en particular del fuego?

Aparte el valor artístico, el crematístico también cuenta, aparte también del esfuerzo personal de los transcriptores.

No olvidemos que el día y año en que se quiera escribir la historia de las bandas de música en España, Europa o en el mundo, no será posible realizarlo sin contar con la valiosa aportación del archivo musical de nuestra primera agrupación musical española: la Banda Municipal de Madrid, por antonomasia la que representa a España.

R. A. DE S.



# A LA SOMBRA DEL ESCORIAL

EL PADRE SOLER

EN LA MÚSICA ESPAÑOLA

Por ENRIQUE FRANCO

Nuestro siglo XVIII, en música como en todo, presenta vivo un problema: nacionalismo frente a universalismo. Casticismo contra cosmopolitismo. Deseo de abrir de par en par todas nuestras ventanas junto a empecinadas decisión de encastillamiento.

Cuando los Borbones se instalan en el trono brotan incontenibles una visión pequeña del concepto europeizante, y una oposición tenaz y no menos pequeña de los castizos. Un divo italiano, Farinelli, que llegó a la corte con la respetable misión de atenuar las melancolías de Felipe V, tendrá respuesta en un pintoresco español de aire tan fácil como Manuel García. Y hasta las presencias de mayor vuelo, tal la de Domenico Scarlatti, tomarán entre nosotros acentos de peculiar popularismo, que se harán cada vez más firmes en sus herederos españoles desde el padre Soler hasta Mateo Albéniz, padre de otro compositor y pianista que nos introduce ya en el siglo XIX: D. Pedro Albéniz.

En una corte como la de Fernando VI, a la que diera garbo su augusta esposa que muy bien podría ser calificada con el célebre título de una comedia de los Quintero—«Fea y con gracia»—, Farinelli continuó su melódica labor. La ópera italiana había entrado en Madrid el año 1703, a partir del cual impuso unos usos y maneras de los que todavía sufrimos algunas resonancias. Compositores como Nebra, Literes y Rodríguez de Hita pudieron poco en pro de un teatro nacional que bien analizado, no lo era tanto. En cambio, otros españoles funcionaron como verdaderos compositores italianos y hasta llevaron por el mundo, bajo su apellido español, una música teatral que poco tenía de española. El valenciano Bartín y Soler en las cortes de Viena y San Petersburgo y el barcelonés Domingo Torradellas en Inglaterra y la misma Italia, son cima, resumen y ejemplo. No olvidemos que la cosa llega hasta el Teatro Real de la Reina castiza: Emilio Arrieta escribe sus óperas en italiano.

Mientras tanto el panorama musical de la Europa dieciochesca nos dá en Austria, Alemania o Francia un fondo mucho más trascendental y del que, por supuesto, poco queríamos saber aquí. Mozart lleva ya muy avanzada su manera de hacer sonatas cuando Soler nos dá desde El Escorial una música en cierto modo paralela: sus sonatas en tres y cuatro tiempos que si tienen el mérito de haberse creado, probablemente, desde el desconocimiento absoluto por parte del español de las formas vienesas, son confirmación, una vez más, de la pereza con que, tantas veces, seguimos lo europeo.

## SCARLATTI EN MADRID

De todas formas, la presencia de Scarlatti y los españoles que le siguieron, nos da para la música instrumental, una cierta tónica capaz de consolarnos de la trivialidad de otras corrientes. El hecho de que haya sido necesario agudizar la investigación, aún hoy no conclusa, de esa corriente instrumental, nos revela cómo estuvo preferida bajo el lirismo italianizante. Y acaso no quedase nada de ella si no se hubiese centrado, cultivado y guardado, en iglesias y monasterios. Y aún así, sobre esa herencia, cayeron unas cuantas catástrofes nacionales que han impedido su fácil continuidad, estudio y redescubrimiento. Higinio Anglés señala esas catástrofes: «La falta de una imprenta musical generosa, el incendio del palacio real de Madrid en 1734, el del conservatorio a mediados del siglo XIX, el de los archivos de Montserrat durante las guerras napoleónicas y los de otros teatros como el de Santa Cruz de Barcelona a más de la desidia nacional en todo cuanto concierne al patrimonio musical.»





En retirada, dentro del terreno religioso, unos cuantos músicos españoles tratan de salvar la tradición de la polifonía clásica, misión harto más difícil cuanto que se encuentran muy alejados ya del espíritu que la animó. Si unimos a lo anterior no sólo la producción para tecla del padre Soler sino lo escrito en el terreno de la música de cámara, tendremos trazadas de una manera muy sucinta las líneas generales de nuestro siglo XVIII musical en el momento en que el padre Soler va definiendo la importancia de su figura como compositor y como teórico, siglo en el que Italia lo domina todo, tanto en las voces como en la música instrumental.

A la presencia de Scarlatti en nuestra corte seguirá la de los Bocherini, los Brunetti y tantos otros. Y si ante lo francés la resistencia se hace más fácil—recordemos una figura como la del Marqués de la Ensenada en la que pueden condensarse todos los sentimientos antigalicistas—ante lo italiano la cosa cambia. Desde antiguo la historia de nuestra música viene demasiado pegada a Italia y desde antiguo también, los compositores han podido ver en esa influencia, junto al peligro, la vía de salvación. Haber mantenido la filiación italia-

nista durante la época en que en ese país la gran música instrumental perdió todo vuelo y trascendencia, fue sin duda una de las causas de nuestro pobre siglo XIX musical.

#### *SOLER, TEORICO Y COMPOSITOR*

El padre Antonio Soler nace en Olot el año 1729, justamente el mismo que Scarlatti llegaba a Madrid para ponerse al servicio de la corte. Niño de coro en Montserrat, fue también muy pronto maestro de Capilla en la catedral de Lérida. Durante sus años de estudio y después de su venida al Escorial, es muy probable que Soler conociese a Scarlatti y casi seguro que llegasen a sus manos las obras clavecinísticas de los franceses, con Couperín «el Grande» en primer plano. Couperín muere cuatro años después del nacimiento de Soler, así es que su estilo le llegaría a nuestro



# LLAVE DE LA MODULACION, Y ANTIGUEDADES DE LA MUSICA,

En que se trata del fundamento necesario para saber Modular : Theorica , y Práctica para el mas claro conocimiento de qualquier especie de Figuras , desde el tiempo de Juan de Muris , hasta hoy , con algunos Canones Enigmaticos , y sus Resoluciones.

SU AUTOR

*EL P. Fr. ANTONIO SOLER,*  
*Monge del Orden de San Geronymo , Organista , y Maestro*  
*de Capilla en su Real Monasterio de San Lorenzo*  
*(vulgò) del Escorial.*



CON LICENCIA.

---

MADRID. En la Oficina de Joachin Ibarra , calle de las Urosas.  
M. DCC. LXII.



músico ya consagrado y tenido como maestro. Soler estudia los problemas teóricos de la música. En 1762 ve la luz en la capital española la «Llave de la modulación y antigüedades de la música, teoría y práctica para el más claro conocimiento de cualquier especie de figuras, desde el tiempo de Juan de Muris hasta hoy». Buen revuelo produjo el tal tratado en el que establece un principio de relaciones y prelaciones entre los términos constitutivos de la cosa musical: «Del sonido nace la monodía y de la monodía viene la melodía. Esta consta a su vez de oración, armonía y ritmo. De la melodía viene la armonía y de ésta la modulación.»

José de Nebra, Roel del Río y Juan Bautista de Bruguera intervienen en la polémica, a la que contesta Soler con nuevos argumentos. El último de los impugnadores acusa a nuestro compositor: «Su «Llave» abre y rompe, pero no cierra.» ¿Cuántas veces a lo largo de la historia de la música se han dicho cosas análogas a los que trataron de reformar y vislumbrar nuevos caminos? El asunto nos llevaría hasta hoy mismo.

### VILLANCICOS Y SAINETES

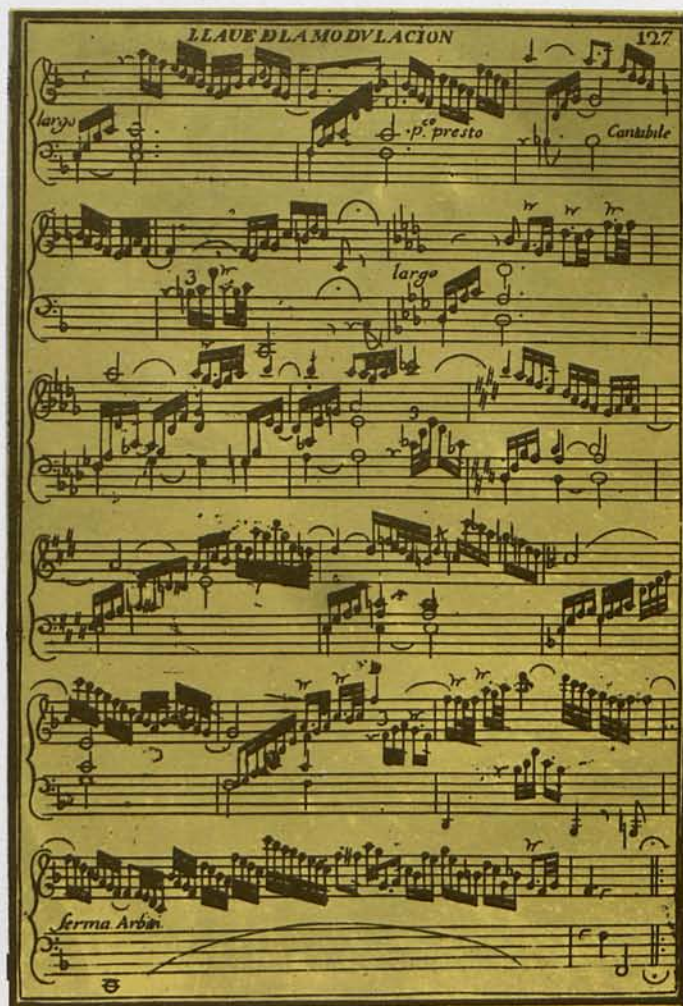
En cuanto a la obra musical, al lado de su colección de sonatas, quintetos y otras obras de cámara, se sabe de lo hecho en otros géneros como son el religioso y el teatral, gracias a los trabajos del organista de El Escorial José Cosme de Benito que redactó un catálogo a petición de Barbieri, que hoy se conserva en la Biblioteca Nacional. Subirá cita algunos títulos de música religiosa y teatral que ofrecen matices de gran curiosidad. Así al enumerar obras de carácter religioso como villancicos para diversas festividades compuestos en castellano, sus mismos títulos apuntan hacia un sentimiento casticista: «Bartolillo», «Un sacristán y un monago», «Predicador y astrólogo», «Un monaguillo y un Papa», «Un cojo y un ciego», «Los serradores», «Asturiano», «Vizcaíno», «Dos manchegos», «Andaluz», «Gitanos», «Indiano», denominaciones y asuntos pintorescos colindantes con la tonadilla y herederos de un espíritu popular que podemos encontrar en Lope y en nuestros grandes saineteros. Cosa que no es de extrañar, pues entre la obra de Soler figuran músicas para el teatro—comedias, loas, sainetes, entremeses—tales como «Afectos de odio y amor» y «El defensor de su agravio», «El general degüello», «El robo con maña» o «La boda deshecha».

### SONATAS Y EJERCICIOS

Mas con todo, la gran herencia de Soler son sus sonatas y diversos ejercicios para teclado. De ellas se estamparon en Londres hasta veintisiete y otras fueron publicadas hace años por Joaquín Nin. Con la labor de éste puede decirse que comienza todo el movimiento soleriano español, que encuentra ahora gran resonancia en España y fuera de ella. Los quintetos editados

por Robert Gerhard y comentados por el P. Anglés, no alcanzaron gran difusión hasta fechas más recientes. Y es que acaso ha sido la música viva de nuestro siglo XX, que trató de entañar con nuestro clasicismo, la que ha descubierto las bellezas y atractivos de los modelos de antaño. Desde Falla, cuyos primeros acentos clavecinísticos los podemos encontrar en la primera parte de «El sombrero de tres picos» hasta la última obra de Rodolfo Halffter, pasando por Esplá, Ernesto Halffter, Joaquín Rodrigo y otros, la música de nuestro renacimiento contemporáneo ha descubierto al mundo nuestro clasicismo, o, como Rodrigo le denomina, nuestro casticismo, por diferenciar precisamente lo que Soler y todos los seguidores de Scarlatti ya diferenciaron: el añadido español a lo italiano aprendido. Es decir, que de esta manera el propio Scarlatti fue muchas veces casticista después de su venida a España, pues que cedió a nuestros aires populares, a los giros melódicos y a los ritmos característicos de nuestras canciones y nuestras danzas.

Es evidente que según transcurre el tiempo de la vida de Soler, su personalidad va evolucionando en un sentido que lo aleja progresivamente de Scarlatti. Si durante los 1752 al 1757—afirma Kastner—fue discípulo del napolitano, más tarde trató de reconocerse en una autenticidad que le venía empujada en primer lugar





por sus maestros Elías y Cabanilles, y por el contacto con sus coetáneos españoles y portugueses. Y aún ejerció en él notable influjo, desde un punto de vista compositivo, su relación epistolar con el P. Martini. El tiempo que transcurre de la madurez de Scarlatti a la juventud de Soler—el primero es cuarenta y cuatro años mayor que el español—viene a significar en cierta medida el tránsito del barroco, con los acentos peculiares que cobra en Italia, al llamado «estilo galante», que tiene su fundamento en tres valores: la levedad, la voluntad de cantar y la ornamentación. Probablemente Soler atiende en un momento de su carrera la llamada de esta manera musical, pero no es menos cierto que muchas veces encontramos en sus sonatas una austeridad ornamental mayor que la del italiano. En contraposición con éste, el estilo cantábile de Soler es más seco y cortante que el de Scarlatti. La montaña catalana y la piedra de la arquitectura escurialense restaron dulzura lírica al mensaje venido de Nápoles. Soler, bajo los muros del monasterio castellano, y en un instrumento de su invención denominado «afinador o

templante», tañe una música que si todavía parece en exceso alegre y juguetona para la decoración en que es escuchada, significa más de una vez la búsqueda de una cierta gravedad expresiva. No olvidemos lo escrito sobre Soler como teórico. Todas sus inquietudes apuntan ya hacia una precisa ampliación cromatista.

«En sus sonatas — escribe Kastner — el padre Soler cultiva una traza muy personal de la estructura, de períodos súmamente cortos y ensarta en fila grupos de motivos con sus respectivas repeticiones, lo que da lugar a una forma y aspecto melódico mucho más desmembrado, de aliento algo más corto y de urdimbre menor orgánica y constante que los moldes y perfiles melódicos de Scarlatti. En lugar de la expansión lírica de la melodía italiana, el maestro catalán prefiere los motivos concisos y graciosos de elementos de danzas españolas, lo que da frecuentemente a la música de Soler un cuño nacional y castizo. De vez en cuando la música del fraile jerónimo roza cuerdas cuyas vibraciones aparecen como anuncio de Mozart.»







*Los alcaldes de Atenas y Madrid se saludan, después del acto inaugural de la plaza de Madrid.*

# ATENAS Y MADRID CIUDADES HERMANAS

A TENAS, a través de su Corporación Municipal, tuvo la gentileza de invitar al alcalde de Madrid para que fuese huésped de aquella ciudad y aprovecharse su estancia para dar estado oficial a un pacto de hermandad entre Atenas y Madrid, de acuerdo con el convenio existente entre Grecia y España desde el 5 de octubre de 1966, que permitiera dar un paso más, firme y decidido, en esa aproximación entre dos ciudades mediterráneas unidas por una civilización, en tantos aspectos afín y que bien justifica una colaboración de futuro que mejor sirva al afianzamiento de esos principios de civilización clásica y cristiana.

El viaje, programado para los primeros días de noviembre, ha tenido un perfecto desarrollo; el programa muy inteligentemente trazado por la Corporación Municipal de Atenas, se cumplió con exactitud, y durante ocho días (del 4 al 11 de noviembre) el alcalde de Madrid, su distinguida esposa y otros miembros de la Corporación de nuestra Villa pudieron establecer amplios con-





*La misión municipal madrileña en el Partenón.*

tactos y perfilar los detalles de este pacto, del que Grecia y España han de beneficiarse.

El acuerdo, preparado conjuntamente por las dos Corporaciones Municipales y firmado con toda solemnidad en el Ayuntamiento de Atenas el día 5 de noviembre, establece el que al afianzar estos tradicionales lazos de amistad entre Atenas y Madrid se creará una liga integrada por diez miembros de cada Consejo Municipal y que de una manera permanente decidirá sobre las múltiples cuestiones que justifican esta hermandad entre ambas ciudades: Desde aquellos problemas de carácter administrativo, cuyo intercambio de puntos de vista puede ser de interés, así como las manifestaciones de tipo cultural, artístico, deportivo, etc., que ambas ciudades acuerden desarrollar, se centrarán en un programa de manifestaciones que anualmente deben realizarse en cada una de las dos capitales y en forma rotativa para que Madrid celebre su «Día de Atenas» y Atenas, su «Día de Madrid».





*El señor Arias Navarro, en un momento de su discurso.*

La celebración de estos «días oficiales» tendrá como base una amplia manifestación popular, que dé a conocer en Madrid y en Atenas lo más característico de ambas ciudades y, de forma tal, que unas culturas que son cuna de civilización clásica permita en cualquier momento situar la temática de cada ciudad en el momento actual para que en el concierto de los pueblos europeos sigan siendo Atenas y Madrid dos puntos de los que irradie ese deseo de paz y auténtica hermandad que debe inspirar la política de los pueblos.

La delegación madrileña en tierras griegas no se limitó al conocimiento y contactos en Atenas, pues aquella Corporación preparó un interesante recorrido de tres días que, iniciado en Delfos y tras navegar por el Golfo de Corinto, nos llevó al Peloponeso, cruzado de occidente a oriente y de forma tal que aquellas hermosas regiones de la Argólida, Arcadia, Corinto, etc., nos fueron familiares durante unos días, apreciando así la gran similitud que existe entre Grecia y España, no sólo en cuanto a paisajes o geografía, sino en cuanto al espíritu que anima a sus ciudadanos. El recorrido tuvo momentos de alto interés, como por ejemplo el detenernos en Patrás, en la basílica que se levanta en el mismo lugar del martirio del apóstol San Andrés...; Olimpia, con sus antiguas y modernas instalaciones deportivas, en las que el Comité Olímpico Internacional distingue y concede puesto de honor a la representación española; la vieja Micenas, con vestigios de aquella tan alta civilización, y un anochecer en Corinto para rendir viaje de nuevo al Pireo, y esa colosal ciudad de la antigüedad que es Atenas.

La delegación madrileña espera que en el próximo mes de abril de 1971 el alcalde de Atenas y miembros de aquella Corporación devuelvan esta visita para que mejor puedan recibir nuestra gratitud por las múltiples atenciones que con nosotros tuvieron.

No cabe la menor duda que esa estancia en Madrid de aquel digno alcalde y los miembros de la Corporación nos ha de deparar momentos felices, en los que estas culturas, griega y española, podrán de nuevo confrontarse y ofrecerse a otros pueblos como ejemplo de eficaz y acertada colaboración.



*El vicepresidente del Gobierno y ministro del Interior, señor Patakós, durante la audiencia que concedió al alcalde de Madrid, señor Arias Navarro, a quien acompañaban el embajador de España, señor Aniel-Quiroga y el alcalde de Atenas.*



*El alcalde de Madrid, ante la tumba del Soldado Desconocido.*



*Los señores de Arias Navarro, fotografiados en la plaza de Madrid, en Atenas.*







*Los alcaldes de Atenas y Madrid, en el momento de firmar el Protocolo de Amistad.*

## FIRMA DEL PACTO DE AMISTAD ENTRE ATENAS Y MADRID

El día 5 de noviembre, en el Palacio Municipal de Atenas, se procedió a la firma del protocolo de hermandad entre las capitales de Grecia y España. El alcalde de Madrid, don Carlos Arias Navarro, y los miembros de la Comisión municipal madrileña fueron recibidos por el presidente del Consejo Municipal de la Alcaldía de Atenas, señor M. Coronopulos; el alcalde de la ciudad, señor Dimitrio Ritsos, y la Corporación municipal en pleno. Acompañaba al alcalde de Madrid el embajador de España en Atenas, don José Manuel Aniel Quiroga.

El señor Coronopulos pronunció unas afectuosas palabras de bienvenida, en las que calificó la visita de la representación madrileña con una calurosa y cordial

demostración de cariño fraternal por Grecia y Atenas. «Estos mismos sentimientos—dijo—brotan de nuestro corazón hacia su bello país, que es España, y Madrid, su maravillosa capital.»

### DISCURSO DEL ALCALDE DE ATENAS

El alcalde de Atenas, señor Ritsos, pronunció el siguiente discurso:

«Amigo señor alcalde:

La ciudad de Atenas, el Ayuntamiento y su alcalde les recibimos hoy con sincera cordialidad. Den-



tro de poco firmaremos un acuerdo por el que dos ciudades, Atenas y Madrid, van a hermanarse. La decisión es histórica y creemos que será muy provechosa para la futura colaboración de nuestros pueblos. Amigo señor alcalde, nuestros países son las llaves del Mediterráneo, y por ello el acto de hermanamiento de nuestras ciudades y la amistosa colaboración de nuestros pueblos tienen singular importancia para la conservación de la paz en dicha región. Ciertamente los lazos de amistad y colaboración de los pueblos de Grecia y España son muy antiguos, y, por consiguiente, cualquier futuro desarrollo será de gran provecho.

Tenemos la seguridad de que la decisión del Ayuntamiento de Atenas y del Ayuntamiento de Madrid, que hoy tenemos el honor de consolidar firmando el Acuerdo, será el comienzo de una colaboración más amplia que podrá extenderse a todos los ramos de la actividad humana.

Tenemos también la certeza de que esta decisión nuestra animará a otros países europeos para que tomen decisiones iguales a fin de hermanar a todas las ciudades de Europa.

Tenemos el deber y la obligación de desarrollar tales lazos de amistad y de colaboración para ofre-



*Plaza de Madrid, en Atenas.*



cer a los pueblos de nuestras ciudades la posibilidad de desarrollos sociales y de relaciones culturales y comerciales, y para ofrecer a los gobiernos de nuestros países servicios positivos.

Los pueblos de nuestro planeta podrán vivir libres y sin el miedo de una guerra destructora solamente cuando se haga dogma el respeto de la libertad de los otros. Y nosotros, amigo señor alcalde, tratamos de hacerlo con el acuerdo de hermanar nuestras ciudades. Y con este espíritu se deben hacer diligencias para que se unan entre sí las ciudades. Porque creemos que la estrecha y amistosa colaboración de los pueblos lleva a la coexistencia pacífica, y, por el contrario, el aislamiento lleva a la guerra.

Consideramos necesario de animar nuestros pueblos a tener fe en un mañana mejor, disipando cualquier incertidumbre las luchas de nuestros pueblos por su independencia y libertad son antiguas, y el Acuerdo que hoy firmamos se construye sobre bases morales de cristiandad, de paz y de dignidad que corresponden a sus tradiciones históricas.

Nobles amigos españoles: Comuniquen al pueblo de Madrid y de toda España los sentimientos de amor y de amistad de Atenas y de toda Grecia.

Anuncien a su país que Atenas y Madrid se hicieron hermanas y que sus pueblos, hermanados, seguirán por el bello sendero de desarrollo y progreso, en libertad e igualdad.

Como prueba de nuestro amor y confianza en usted, amigo señor alcalde, y en el pueblo de Madrid, le entrego la llave de oro de la ciudad de Atenas, que le ruego la considere como llave de nuestro corazón.»

Seguidamente, entre los aplausos de los asistentes, el señor Ritsos hizo entrega al señor Arias Navarro de la llave de oro de la ciudad.

## DISCURSO DEL ALCALDE DE MADRID

El señor Arias Navarro contestó a las palabras del alcalde de Atenas con el siguiente discurso:

Un famoso historiador español afirmó, con talante apodíctico, que Atenas y Jerusalén son las ciudades a las que más bienes debe la Humanidad. Si Jerusalén significa la culminación del milagro de fe, Atenas es el símbolo del milagro de la razón, el origen y fuente permanentes e inagotables de nuestra cultura.

Durante dos milenios, la civilización occidental y cristiana ha bebido en esas dos fuentes maravillosas; cada vez que se han intentado nuevos caminos, orientaciones nuevas, no se ha hecho —acaso no pudo hacerse otra cosa— más que intentar una distinta interpretación de la cristiana creencia o de la idea griega. Si las iglesias buscan hoy nuevas vivencias de la Fe, lo hacen pretendiendo volver a los más puros caminos evangélicos; cuando los rectores de los pueblos y los filósofos de la política creen haber alumbrado originales ideologías, vemos que és-

tas significan una adecuación del pensamiento político de Aristóteles o de Platón. Y cuando las Artes se refugian en la serenidad nutricia de la imaginación sujeta a la razón, vuelven a la norma, al clasicismo, de los poetas, de los trágicos, de los pintores y escultores de la Grecia inmortal.

En estos últimos tiempos se habla mucho de la Humanidad como sumergida en una nueva cultura, en una galopante civilización. Esa cultura en trance de alumbramiento, se califica como ciudadana, como estilo de vida de las grandes urbes; la civilización es consecuencia de la ciencia del átomo. Parece seguro, sin embargo, que esa cultura que ha de tener su desarrollo en las grandes ciudades, en las modernas megalópolis ha de buscar su modelo en mutuos aspectos de la polis griega; como también es cierto que la ciencia del átomo tiene sus primeros atisbos en los filósofos atomeístas de la Grecia inmortal.

Ninguna ciudad del mundo aportó tanto, en cantidad y calidad, a la cultura universal como Atenas. Por ello, nosotros, al firmar este pacto amistoso de cooperación, lo hacemos con un tremendo respeto y un natural orgullo. Vemos unidas a las dos ciudades en un afán de esfuerzo común por la creación, promoción y coparticipación de los bienes del espíritu. Madrid, que es una ciudad moderna, la más joven de las capitales europeas, ha sido desde los tiempos de su constitución como capital de una nación y de un imperio, un foco permanente de cultura.

Como Atenas tuvo su siglo de Pericles, Madrid, capital de España y del nuevo mundo, alumbró y llevó hasta los más alejados confines las maravillosas realidades de un prolífico Siglo de Oro. La pintura, la novela, el teatro y los nobles oficios tuvieron en Madrid fecunda tierra de cultivo y clima propicio. Y surgieron aquellos nombres, patrimonio de la cultura universal, que por siempre serán ejemplares: Lope de Vega, Calderón, Cervantes, Velázquez y otros muchos genios que tuvieron continuación en una larga e ininterrumpida nómina. Porque hoy son igualmente universales los nombres que formaron la generación del 98 —Menéndez Pidal, Unamuno, Baroja, Azorín—. Madrid, universidad abierta a todos los pueblos hispánicos, tiene como su más legítimo timbre de orgullo su permanente, fecunda, sacrificada a veces, aportación al progreso de las artes, de las letras, de las ciencias, de las ideas que hacen más beneficiosa y fácil la convivencia entre los hombres y los pueblos.

Tal es el espíritu con que en nombre de Madrid queremos estampar nuestra firma al pie de este documento valioso por cuanto significa una segura esperanza: que de esta colaboración han de seguirse beneficios permanentes para estas dos ciudades, gloriosas por su historia, ejemplares por su estilo de vida, dignas de imitación por su afán de prosperidad y progreso.

Las palabras de los señores Ritsos y Arias Navarro fueron premiadas con nutridos aplausos.

A continuación los dos alcaldes firmaron el protocolo de amistad, cuyo texto publicamos en las páginas siguientes.



TEXTO DEL PACTO DE AMISTAD

entre

ATENAS

y

MADRID





ΣΥΜΦΩΝΙΑ  
ΜΕΤΑΞΥ ΤΩΝ ΠΟΛΕΩΝ ΑΘΗΝΩΝ - ΜΑΔΡΙΤΗΣ  
ΠΡΟΣ ΙΔΡΥΣΙΝ  
ΣΥΝΔΕΣΜΟΥ ΑΘΗΝΩΝ - ΜΑΔΡΙΤΗΣ

ΑΙ ΠΟΛΕΙΣ ΑΘΗΝΩΝ ΚΑΙ ΜΑΔΡΙΤΗΣ

Ἐν τῷ πνεύματι τοῦ κοινοῦ Μεσογειακοῦ Πολιτισμοῦ εἰς τὸ ὅποιον συνέβαλον οὐσιωδῶς κατὰ τὸ παρελθὸν ἐμπλουτίζεται δὲ κατὰ τὸ παρὸν παρὰ δύο Μητροπόλεων καὶ δύο χωρῶν ἐν πλήρῃ ἀναπτύξει διὰ τὴν ἐδραίωνσιν τῶν δεσμῶν πατροπαραδότου φιλίας,

διαπιστοῦσαι τὴν θέλησιν ἀμφοτέρων νὰ συνεργασθοῦν ἀμοιβαίως ἐπ' ἀγαθῷ τῶν Ἑθνῶν τῶν, ὧν τὸν λαὸν τῆς Λεκάνης τῆς Μεσογείου τῆς Εὐρώπης καὶ τοῦ κόσμου ὁλοκλήρου συναποφασίζουσιν τὴν ἰδρυσιν Συνδέσμου Ἀθηνῶν-Μαδρίτης ἐν τῷ πνεύματι τοῦ ὑφισταμένου συμφώνου Ἑλλάδος-Ἰσπανίας ἰσχύοντος ἀπὸ 5/10/1966 καὶ ὑπὸ τοὺς κάτωθι εἰδικότερους ὁρους :

- 1) Ὑπὸ τὴν πρωτοβουλίαν τῶν Δήμων Μαδρίτης καὶ Ἀθηνῶν, συνιστᾶται Σύνδεσμος Ἀθηνῶν-Μαδρίτης, σκοπὸς τοῦ ὁποίου εἶναι πνευματικαὶ ἀνταλλαγαὶ ὡς καὶ ἀνταλλαγαὶ ἀπόψεων καὶ πληροφοριῶν ἐπὶ διοικητικῶν θεμάτων.
- 2) Ὁ Σύνδεσμος ἀποβλέπει εἰς τὴν σύσφιγξιν τῶν ἠθικῶν καὶ πνευματικῶν σχέσεων μεταξὺ τῶν δύο Πρωτευουσῶν, ἐντὸς τοῦ πλαισίου τοῦ ἐνδόξου παρελθόντος τῶν καὶ ὑπὸ τὸ πρῖσμα τῶν συγχρόνων Ἑθνικῶν καὶ Διεθνῶν δραστηριοτήτων τῶν.
- 3) Ὁ ἀνωτέρω σκοπὸς θὰ ἐπιδιωχθῇ διὰ τῆς ἀνταλλαγῆς ἐπισκέψεων ἐπιστημόνων, σπουδαστῶν, δημοσιογράφων, τεχνιτῶν,

διὰ τῆς ὁργανώσεως ἐκθέσεων καὶ συνεδρίων πνευματικοῦ καὶ καλλιτεχνικοῦ περιεχομένου

διὰ τῆς ἀναπτύξεως δραστηριοτήτων ἐντὸς τοῦ πλαισίου τῆς δημοσιότητος καὶ τῶν πληροφοριῶν

διὰ τῆς ἀνταλλαγῆς πληροφοριῶν καὶ συνεργασίας διοικητικοῦ χαρακτήρος

διὰ τῆς ἀναπτύξεως τουριστικῆς κινήσεως κατ' ἀμφοτέρας τὰς κατευθύνσεις

καλλιτεχνικοῦ, ἐκπαιδευτικοῦ, ἀθλητικοῦ, τουριστικοῦ καὶ πληροφοριῶν. Δύνανται, ὡσαύτως, νὰ

— καὶ ἐν ἀμοιβαίᾳ συνεργασίᾳ διὰ τὸ ἐξωτερικὸν μὲ περισσότερον ἐντατικὸν ρυθμὸν — τὰς πνευματικὰς ἐκδηλώσεις πρὸς ἐξυπηρέτησιν τῶν ἀρχῶν τοῦ κλασσικοῦ καὶ τοῦ Χριστιανικοῦ Πολιτισμοῦ.

- 4) Ὁ Σύνδεσμος θὰ προεδρεύεται παρὰ τῶν ἐκάστοτε Δημάρχων τῶν δύο Πόλεων οἱ ὅποιοι θὰ ἐκπροσωποῦν ἀλληλοδιαδόχως τὸν Σύνδεσμον.
- 5) Θὰ συγκροτηθῇ 10μελὲς Συμβούλιον, ἀνὰ 5 ἐξ ἐκάστης Πόλεως. Τὰ μέλη τοῦ Συμβουλίου, δέον νὰ κέκτηνται ἀπαραιτήτως τὴν ιδιότητα τοῦ Δημοτικοῦ Συμβούλου τῆς Πόλεως τῶν, ἥ δὲ θητεία τῶν διαρκεῖ ὅσον καὶ ἡ Δημοτικὴ περίοδος.
- 6) Εἰς ἐκάστην ἐκ τῶν δύο πόλεων θὰ συγκροτηθῇ Ἐπιτροπὴ τοῦ Συνδέσμου Ἀθηνῶν-Μαδρίτης εἰς, τὴν ὁποίαν θὰ καλοῦνται, κατόπιν ἀποφάσεων τῶν οἰκείων Δημοτικῶν Συμβουλίων, νὰ λαμβάνουν μέρος ἀντιπρόσωποι Συλλόγων, Ἐνώσεων, ἢ Σωματείων τῆς Πόλεως, χαρακτήρος πνευματικοῦ, καλλιτεχνικοῦ, ἐκπαιδευτικοῦ, ἀθλητικοῦ, τουριστικοῦ καὶ πληροφοριῶν. Δύνανται, ὡσαύτως, νὰ κληθοῦν καὶ ἰδιῶται ἵνα συμμετάσχουν τῆς Ἐπιτροπῆς ὡς ἐμπειρογνώμονες. Ὁ χρόνος τῆς θητείας τῶν μελῶν τῆς Ἐπιτροπῆς, ὡς καὶ τῶν ἐμπειρογνώμωνων θὰ καθορίζεται ὑπὸ τῶν οἰκείων Δημοτικῶν Συμβουλίων, δὲν δύναται, ὅμως, νὰ ὑπερβαίῃ τὴν δημοτικὴν περίοδον, μὴ ἀποκλειομένης τῆς ἐπανεκλογῆς.
- 7) Γενικὴ Γραμματεία ἐξηρητημένη διοικητικῶς ἀπὸ τὸ Συμβούλιον τῆς Προεδρίας καὶ ἀπαρτιζομένη ἀπὸ ἑνα ἐπιτετραμμένον καὶ ἑνα βοηθὸν τούτου δι' ἐκάστην τῶν δύο πόλεων, θὰ ἐποπτεύῃ διὰ τὴν συγκεκριμένην πραγματοποιήσιν τῶν προγραμμάτων, τὰ ὅποια θὰ συντάσσῃ ἡ Προεδρία καὶ θὰ διατηρῇ τὰς ἀπαιτούμενας εἰς τὸ ἐσωτερικὸν τοῦ Συνδέσμου τακτικὰς ἐπαφάς.  
Ἡ Γραμματεία δύναται νὰ συμπληροῦται διὰ τῆς χρησιμοποίησεως ἐμπειρογνώμωνων.
- 8) Καθ' ἑκάστον ἔτος θὰ καταρτίζεται μὲ τὴν ἐγκρίσιν τοῦ Συμβουλίου τῆς Προεδρίας καὶ κατόπιν προτάσεως τῶν δύο Ἐπιτροπῶν, πρόγραμμα συγκεκριμένων ἐκδηλώσεων, αἱ ὁποῖαι θὰ ἐπιστεγάζονται δι' ἑτήσιας ὁργανώσεως εἰς ἐκάστην τῶν δύο Πρωτευουσῶν ἐκ περιτροπῆς «Ἡμέρας Ἀθηνῶν» καὶ «Ἡμέρας Μαδρίτης».
- 9) Ἐπ' εὐκαιρίᾳ τοῦ ἑορτασμοῦ τῶν δύο ἐπιστημῶν «Ἡμερῶν» θὰ καταρτίζεται ἀπολογισμὸς τῶν ἐπιτευχθέντων ἀποτελεσμάτων καὶ τῶν ὑφισταμένων δυνατοτήτων εἰς τοὺς διαφόρους τομεῖς τῆς Πόλεως διὰ τὴν συνεχεῖ βελτίωσιν τῶν πνευματικῶν σχέσεων, πέραν δὲ τούτου θὰ ἀναλαμβάνωνται πρωτοβουλίαι ἐπὶ εὐρυτάτης λαϊκῆς βάσεως διὰ νὰ κινηθῇ ὅσω τὸ δυνατόν περισσότερον τὸ ἐνδιαφέρον τῆς κοινῆς γνώμης ἐπὶ τῶν θεμάτων τῶν ἀναφερομένων εἰς τὰς σχέσεις Ἀθηνῶν-Μαδρίτης
- 10) Διὰ τὸν τρόπον τῆς ἐν γένει λειτουργίας Συνδέσμου εἰς ἐκατέραν τῶν δύο Πόλεων, ὡς καὶ διὰ τὴν ἐγγραφὴν τῶν ἀπαιτούμενων κονδυλίων εἰς τοὺς προϋπολογισμοὺς τῶν Δήμων Ἀθηνῶν καὶ Μαδρίτης ἐφαρμόζεται ἡ ἰσχύουσα εἰς ἐκάστην χώραν Νομοθεσία.

Ὑπεγράφη ὑπὸ τὴν ἐπιφύλαξιν τῆς ἐπικυρώσεως παρὰ τῶν Δημοτικῶν Συμβουλίων.

Ὁ Δήμαρχος Ἀθηναίων  
ΔΗΜΗΤΡΙΟΣ Ν. ΠΙΤΣΟΣ

Ὁ Δήμαρχος Μαδρίτης  
CARLOS ARIAS NAVARRO





A C U E R D O  
ENTRE LAS CIUDADES DE ATENAS Y MADRID  
PARA LA FUNDACION  
DE UNA LIGA ENTRE ATENAS Y MADRID

LAS CIUDADES DE ATENAS Y MADRID

De acuerdo con el espíritu de la Civilización Mediterránea común, a la que ambas capitales tanto aportaron durante el pasado y enriquecen en el presente con sus países en pleno desarrollo, y para el estrechamiento de los tradicionales lazos de amistad,

comprobada la voluntad de ambas partes en colaborar conjuntamente para el bien de sus países, de todos los países de la región del Mediterráneo, de Europa y del Mundo entero, DECIDEN de común acuerdo la fundación de una Liga entre Atenas y Madrid dentro del espíritu del Convenio existente entre Grecia y España desde el 5 - 10 - 1966 y bajo las siguientes condiciones especiales :

- 1) Las Alcaldías de Madrid y Atenas deciden organizar una Liga entre Atenas y Madrid, cuyos fines son los intercambios espirituales, así como intercambios de puntos de vista y de informaciones relativas a temas de administración.
- 2) La Liga tiene como fin el estrechamiento de las relaciones morales y espirituales entre ambas capitales, en el marco de su glorioso pasado y bajo el prisma de sus actuales actividades Nacionales e Internacionales.
- 3) Este fin se logrará mediante el intercambio de visitas de científicos, estudiantes, publicistas, técnicos, mediante la organización de exposiciones y congresos de índole espiritual y artístico,  
mediante el desarrollo de actividades en el marco de la publicidad y de las informaciones, mediante el intercambio de informaciones y colaboración de carácter administrativo, mediante el desarrollo del movimiento turístico hacia ambas direcciones y mediante cualquier acto que pueda acentuar en el interior de las dos ciudades, y para el exterior, en ritmo más rápido y en colaboración conjunta, manifestaciones espirituales que sirvan a los principios de la Civilización clásica y Cristiana.
- 4) La presidencia de la Liga la tendrán ambos Alcaldes, quienes representarán alternativamente a la Liga.
- 5) Se formará un Consejo de 10 miembros, cinco de cada ciudad. Los miembros del Consejo deben tener imprescindiblemente la función de Consejero Municipal de su ciudad y el plazo de sus actividades durará tanto como su función de Consejero Municipal.
- 6) En cada una de las dos ciudades se formará un Consejo de la Liga entre Atenas y Madrid, en el que tomarán parte, después de una decisión de los Consejeros Municipales de la ciudad, representantes de Federaciones, Uniones y Corporaciones de la ciudad de carácter espiritual, artístico, de atletismo, turístico e informativo. También se podrá invitar a formar parte del Consejo a personas privadas en calidad de expertos. El plazo del servicio de los miembros de la Comisión, así como el de los expertos no podrá sobrepasar el período de función municipal, sin excluir la reelección, y será fijada por los respectivos Consejeros Municipales.
- 7) Un Secretariado General, dependiendo administrativamente del Consejo de la Presidencia, y compuesto por un apoderado y un ayudante para cada una de las dos ciudades, vigilará la realización de los programas, que expedirá la Presidencia, y conservará los necesarios contactos habituales en el interior de la Liga.  
Al Secretariado General se le podrán añadir expertos.
- 8) Cada año, y con la aprobación del Consejo de la Presidencia y después de propuesta de ambas Comisiones, se fijará un programa de manifestaciones que se realizarán anualmente en cada una de las dos capitales durante el «Día de Atenas» y el «Día de Madrid».
- 9) Con motivo de los festejos de los dos «Días» oficiales se hará una revisión de los resultados conseguidos y de las posibilidades existentes en los diferentes sectores de la ciudad para el continuo mejoramiento de las relaciones espirituales ; además se tomará la iniciativa sobre una amplia base popular para fomentar aún más el interés de la opinión pública en los temas citados de las relaciones entre Atenas y Madrid.
- 10) Para la forma de funcionamiento de la Liga en cada una de las dos ciudades y para la inscripción de las sumas necesarias en los presupuestos de las Alcaldías de Atenas y Madrid regirá la legislación que esté en vigor en el respectivo país.

He firmado, reservándose los Consejos Municipales su aprobación.

EL ALCALDE DE ATENAS  
Dimitrios N. Ritsos

EL ALCALDE DE MADRID  
Carlos Arias Navarro











